

Tras  
la máscara

Un «domestic noir» victoriano

*Louisa May Alcott*

se

Lectulandia

Inglaterra, 1866.

La joven y recatada Jean Muir llega a la aristocrática mansión de los Coventry para trabajar como institutriz. Gracias a su astucia y sus múltiples habilidades, tras solo una jornada de trabajo consigue ganarse el afecto de la señora Coventry, su hija Bella, el hijo menor, Edward, y *sir* John, el anciano y acaudalado tío. No ocurre lo mismo con Gerald, el hermano mayor, y Lucia, su prima, quienes desconfían de la institutriz y comienzan a espiar sus pasos. Pero Jean es una superviviente; su objetivo es asegurarse un esposo con riqueza y posición, y no dudará en utilizar todas las armas femeninas a su alcance como máscaras tras las que ocultarse para alcanzar sus objetivos.

Lectulandia

Louisa May Alcott

# Tras la máscara (Ed. ilustrada)

o el poder de una mujer

Delicatessen - 2

ePub r1.0

Titivillus 11.01.2019

Título original: *Behind a mask, or a Woman's power*

Louisa May Alcott, 1866

Traducción: Rosa Sahuquillo Moreno & Susanna González

Introducción: Blanca Briones González

Posfacio: Juan Mari Barasorda

Ilustraciones: Cassell's Magazine

Editor digital: Titivillus

Colaboración: Grupo LDS

ePub base r2.0



---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---



Tras la máscara,  
*o el poder de una mujer*



## Índice de contenido

Cubierta

Tras la máscara

Introducción

I: Jean Muir

II: Un buen comienzo

III: Pasión y resentimiento

IV: Un descubrimiento

V: Cómo lo hizo

VI: En guardia

VII: La última oportunidad

VIII: Suspense

IX: *Lady Coventry*

Posfacio

Notas



## INTRODUCCIÓN





**D**ebido al éxito arrollador de la celeberrima *Mujercitas*, el nombre de Louisa May Alcott a menudo se asocia de manera automática a la literatura juvenil. Sin embargo, la extensa obra de esta prolífica autora va mucho más allá, y una buena muestra de ello es el libro que el lector tiene en las manos.

La escritora estadounidense nació el 29 de noviembre de 1832 en Germantown, Pensilvania, como la segunda hija del trascendentalista Amos Bronson Alcott y Abigail May. Las cuatro hijas del matrimonio crecieron en un hogar muy poco convencional en el que se daba prioridad a la lectura, la creatividad y el ejercicio al aire libre. Aunque se educaron principalmente en casa, eran animadas a cultivar sus intereses profesionales. Louisa escribiría: «Jamás fui a la escuela, solo tenía a mi padre y a alguna institutriz que venía de vez en cuando... Así que cada mañana teníamos clase en su estudio. Y eran horas muy felices para nosotras, pues las enseñanzas de mi padre se basaban en el sabio método que extrae lo que hay en la naturaleza del niño, como una flor que se abre, en lugar de atiborrarlo con más de lo que puede digerir como si fuera un ganso relleno».

Resulta imposible comprender la trayectoria y las motivaciones de Louisa May Alcott sin detenerse en la figura fundamental de su padre. Pese a sus humildes orígenes y su condición de autodidacta, Amos Bronson Alcott fue un filósofo y profesor reformista que llegó a convertirse en uno de los trascendentalistas más prominentes. Defensor del abolicionismo, el antimaterialismo y el vegetarianismo, sus métodos de enseñanza se basaban en el desarrollo del «yo» del niño mediante el diálogo socrático. En una época en la que imperaba el rigorismo calvinista, sus radicales experimentos educativos fracasaron repetidamente, lo que, unido a su ineptitud en cuestiones financieras, llevó a su lamilla a un empobrecimiento cada vez mayor. Esta circunstancia hizo que su esposa Abigail se ocupara del sustento familiar, y que las hijas tuvieran que trabajar desde muy jóvenes realizando labores de costura, tareas domésticas o dando lecciones a niños. Cuando la salud de Abigail empezó a resentirse, Louisa le tomó el relevo y dedicó el resto de su vida a mantener a flote «el fondo de amortización Alcott», como ella misma lo llamaba.

Aunque la joven Louisa solía sentir frustración ante el utópico idealismo de su padre, gracias a él entró en contacto con algunos de los principales escritores y pensadores de su época, como Ralph Waldo Emerson, Nathaniel Hawthorne y Henry David Thoreau. Los dos primeros fueron durante años vecinos de los Alcott en Concord, donde las cuatro hermanas eran bienvenidas a participar en las conversaciones de los poetas, filósofos y reformistas que integraban el círculo de sus padres. En los años de su adolescencia, Louisa disfrutaba leyendo libros de la biblioteca de Emerson y conversando con «el erudito de Concord». Este entorno intelectual influyó de manera decisiva en su carácter e inquietudes, como se pondría de manifiesto en sus trabajos más serios. Por otro lado, la combinación de riqueza intelectual y pobreza material contribuiría al desarrollo de su sentido del humor.

Acuciada por la ruinoso situación que sufría la familia, Louisa decidió probar suerte como escritora. Así, durante años compaginó empleos ocasionales con sus modestos inicios en la literatura. En 1848 escribió su primer relato, que tardaría cuatro años en ser publicado. Su primer libro de relatos, llamado *Flower Fables*, se publicó en 1855. En esta época escribió también dramas teatrales que no llegaron a ser representados. A la altura de 1860, sus relatos y poemas eran publicados en la revista *The Atlantic Monthly*.

Tras el estallido de la Guerra Civil (1861-65), se alistó como enfermera voluntaria y fue destinada a un hospital de Washington. Allí pasó únicamente seis semanas — entre diciembre de 1861 y enero de 1862—, pues a mediados de enero contrajo fiebres tifoideas. En aquellos días esta peligrosa enfermedad era tratada purgando al paciente a base de un compuesto de mercurio. Su estado empeoró, y desde el hospital telegrafiaron a Amos Bronson Alcott para que llevara a casa a su debilitada hija. Louisa nunca se recobró por completo, y durante el resto de su vida arrastraría las consecuencias de la enfermedad y el tratamiento. Pese a todo, la experiencia dio lugar a su primera publicación importante, *Hospital Sketches* (1863), cuya gran aceptación hizo que comenzaran a sucederse los encargos literarios. En esta etapa escribiría una serie de relatos comerciales, publicados por periódicos o revistas populares, que abordaban aspectos más sórdidos de la vida y el amor que la mayoría de sus obras posteriores. Estas narraciones, a las que la autora se refería como relatos «de sangre y truenos», eran recibidas con gran entusiasmo por el público y, lo que era más importante, proporcionaban a la señorita Alcott unos ingresos muy necesarios para aliviar los problemas financieros de su familia.

Entre 1865 y 1866 Louisa vio cumplido un anhelo que había perseguido durante mucho tiempo: viajó a Europa como dama de compañía de Anna Weld, hija de uno de los comerciantes más ricos de Boston. Por primera vez en su vida tuvo la oportunidad de disfrutar de unas largas vacaciones lejos de las cargas familiares, y visitó numerosos lugares sobre los que había leído en su niñez. Regresó a Boston en julio de 1866, y se entregó en cuerpo y alma al trabajo para compensar la falta de ingresos que había sufrido su familia en su ausencia. En septiembre de 1867 le ofrecieron editar una revista infantil llamada *Merry's Museum* y, por otro lado, el editor Thomas Niles le pidió que escribiera una novela «para chicas». Aceptó ambos encargos, si bien, como hizo notar en su diario, ninguno de ellos le agradaba. Siempre había preferido la compañía y los juegos masculinos, pero la necesidad de pagar las deudas que acumulaba su familia hizo que su respuesta a la petición de Niles fuera: «Lo intentaré, señor». Terminó la novela en julio de 1868, y fue publicada en octubre de ese mismo año con el título *Mujercitas*. La obra, en gran medida autobiográfica, cosechó un éxito inmediato que sorprendió a la propia autora. Louisa se puso a trabajar inmediatamente en la continuación que reclamaba el público, y terminó la segunda parte el 1 de enero de 1869. Las aventuras y desventuras de la familia March cautivaron a una legión de lectores dentro y fuera de Estados Unidos, y supusieron el

fin de las penurias económicas<sup>[1]</sup>. Con el tiempo, *Mujercitas* adquiriría por méritos propios la categoría de clásico de la literatura juvenil.

A partir de ese momento, Louisa May Alcott fue víctima de su propio éxito. Ansiaba escribir ficción de tono más serio, pero sus lectores esperaban que continuara escribiendo historias para niños. Consciente de que su familia dependía de ella económicamente, se vio obligada a acceder a dichas exigencias durante el resto de su vida. Por desgracia, la alargada sombra de *Mujercitas* y sus secuelas eclipsó la parte de su producción literaria no destinada al público juvenil. Esta circunstancia no pasó inadvertida para Madeleine Stern, biógrafa y erudita en la obra de Alcott que, tras investigar los diarios y la correspondencia de la autora, descubrió que también había escrito una serie de narraciones con tintes góticos de manera anónima o bajo el misterioso seudónimo de A. M. Barnard. Estos relatos denotan una experiencia y una visión de la vida adulta de las que la autora no podía hacer gala en el ámbito de los clásicos infantiles. Su biógrafa reveló además que Alcott había admitido en alguna ocasión que el estilo «de sangre y truenos» respondía a una necesidad psicológica, y que le irritaba su forzoso abandono del género del suspense una vez que el éxito de *Mujercitas* provocó que estuviese demasiado ocupada para cultivarlo. Louisa llegó a escribir: «Creo que mi ambición natural es el estilo escabroso». No en vano, estas narraciones proporcionaban a Louisa un modo de dar rienda suelta a emociones que se veía obligada a reprimir en su vida cotidiana.

Stern supervisó la publicación de estos atrevidos relatos en distintas antologías a lo largo de la década de 1970. Una de ellas, titulada precisamente *Tras la máscara*, compiló cuatro de los *thrillers* de Alcott: *Pauline's passion and punishment*, *The mysterious key and what it opened*, *The abbot's ghost* y la historia que da nombre a la publicación, *Tras la máscara*. Publicado por primera vez en un solo volumen en 1975, suscitó una reevaluación de la obra de Alcott, hasta entonces considerada el epítome de la moralidad victoriana.

La obra que nos ocupa fue originalmente publicada en 1866 en *The flag of our Union*, un semanario de Boston. En ella la autora traslada al lector a la Inglaterra del siglo XIX, donde una joven llamada Jean Muir llega al hogar de una acaudalada familia para trabajar como institutriz. Aunque la premisa inicial pueda recordar a *Jane Eyre*, este intrigante relato subvierte el retrato de las heroínas pasivas al estilo de aquella. Esta es la historia de una mujer fuerte, inteligente y no siempre buena, en guerra con un mundo donde el hombre ostenta todo el poder. Como en otras novelas suyas, Louisa May Alcott aborda las diferencias sociales a través de su protagonista, de clase social inferior a la distinguida familia Coventry. La novedad que encontramos en esta novela es que, a través de sus personajes, la autora desafía las nociones decimonónicas sobre el modo en que las mujeres eran percibidas y tratadas, y realiza una crítica a la sociedad en que se desenvuelven. En el siglo XIX se esperaba que las féminas se limitaran a la esfera privada; debían permanecer en el hogar, atender la casa y criar a los niños. No se las incitaba a encontrar un empleo, ni a tener

conocimientos mundanos, ni a hacer nada por sí mismas. Jean Muir rompe con el orden establecido al erigirse como una mujer decidida e inteligente que no depende de nadie. Estos rasgos ponen de relieve otro tema común en las novelas de Alcott: el feminismo. La figura central de *Tras la máscara* es una persona extremadamente capaz que hace lo que considera necesario sin ayuda de ningún hombre. En esta obra afloran de manera manifiesta los valores que Abigail Alcott había inculcado a sus hijas. La matriarca de la familia, abolicionista y sufragista ferviente, había trabajado como «misionera de los pobres», y siempre quiso asegurarse de que sus hijas podían mantenerse por sí mismas. En su madurez, Louisa demostró que las lecciones vitales de su madre no habían caído en saco roto. Defensora de la igualdad entre todos los seres humanos, luchó por la abolición de la esclavitud y por el sufragio femenino. De hecho, Louisa May Alcott fue la primera mujer en Concord que se registró para votar el 29 de marzo de 1880. Se trataba de un sueño que había compartido con Abigail, quien tristemente no vivió para verlo cumplido.

Otro tema muy presente en la obra es el ensalzamiento del mundo teatral. La llegada de Jean Muir a la residencia de los Coventry se describe como una escena sobre las tablas: reunidos en la sala de estar, los miembros de la familia recuerdan a un público a la espera de que se alce el telón y dé comienzo el espectáculo. A lo largo de la narración, la autora se sirve de símiles y términos empleados en el teatro, e incluso la institutriz representa una serie de funciones para entretener a sus señores. El retrato positivo del teatro y de los intérpretes obedece con toda seguridad a la fascinación que la propia Alcott sentía por los escenarios. Escribió numerosas piezas para ser representadas, y hasta interpretó pequeños papeles, aunque nunca se dedicó a ello profesionalmente. En palabras de su «hermano adoptado», Frederick Llewellyn Hovey Mills<sup>[2]</sup>: «Lo que más le entusiasmaba era interpretar áridas representaciones. Se le ocurría una idea, escribía una pequeña obra dramática sobre esa idea, nos asignaba a cada uno un papel con mucho acierto y dirigía, con su hermana Anna, una función infantil bastante respetable».

*Tras la máscara* impulsó el reconocimiento de su autora cuando fue publicada con su nombre verdadero más de un siglo después de que viera la luz por primera vez. Su calidad ha sido reconocida por medios tan respetados como *The New York Times* o *The Washington Post*, que han alabado su humor cáustico y la han descrito como «una interpretación brillante sobre la capacidad de una mujer para hacer que los hombres coman de su delicada mano». La opinión unánime de la crítica es que se trata del mejor trabajo de Alcott en el género del *thriller*.

Cabe preguntarse cuán diferente habría sido la percepción de esta obra por parte del lector familiarizado con *Mujercitas* si hubiera sabido que las iniciales del señor o la señora Barnard no eran sino otra máscara tras la que se ocultaba Louisa May Alcott. Es probable que la escritora viera con buenos ojos esta vindicación póstuma de su lado más «perverso» y mundano, que representa su tan ansiada liberación del papel de modelo ejemplar. Lo que sí es seguro es que la revelación de la verdadera

identidad de A. M. Barnard en la década de 1970 resultó ser una gran noticia para el legado de la audaz autora de *Tras la máscara*.

*Blanca Briones González*<sup>[3]</sup>  
*Madrid, mayo de 2018*



# I

## JEAN MUIR

**H**a llegado?

—No, mamá, todavía no.

—Desearía que todo hubiera terminado ya. Pensar en ello me preocupa y me altera. Acércame un cojín para la espalda, Bella.

La pobre y malhumorada señora Coventry se acomodó en un sillón con un suspiro nervioso y aspecto de mártir, mientras su hermosa hija revoloteaba a su alrededor con afectuosa solicitud.

—¿De quién están hablando, Lucia? —preguntó el lánguido joven que pereceaba en un sofá cercano a su prima, mientras esta se inclinaba sobre su obra de tapicería con una sonrisa feliz en su rostro por lo general altivo.

—De la nueva institutriz, la señorita Muir. ¿Quieres que te hable de ella?

—No, gracias. Siento una enorme aversión por toda esa tribu de mujeres. A menudo doy gracias a Dios por tener solo una hermana, y que además sea una niña tan mimada, lo que me ha permitido librarme de la imposición de una institutriz durante mucho tiempo.

—¿Y cómo lo soportarás ahora? —inquirió Lucia.

—Ausentándome mientras ella esté en casa.

—No, no lo harás. Eres demasiado perezoso, Gerald —gritó un hombre más joven y enérgico desde el recoveco donde jugueteaba con sus perros.

—Le concederé tres días de prueba y, si resulta soportable, no me preocuparé; pero si es una pesada, como estoy seguro de que será, me apartaré lejos de su camino.



—Jovencitos, os ruego que no habléis de un modo tan deprimente. Temo tanto como vosotros la llegada de una desconocida, pero no se *debe* descuidar la educación de Bella; de modo que me he armado de valor para soportar a esa mujer, y Lucia ha sido tan amable de ofrecerse a atenderla a partir de mañana.

—No se preocupe, madre. Seguro que es una buena persona, y una vez que nos acostumbremos a ella, no tengo ninguna duda de que estaremos encantados con su presencia. Está todo tan aburrido por aquí en este momento... *Lady Sydney* comentó que era una joven tranquila, competente y amable que necesitaba un hogar, y que sería de gran ayuda para una pobre estúpida como yo, de modo que tratad de agradecerla por mí.

—Lo haré, querida, pero ¿no se está haciendo tarde? Espero que no haya pasado nada. ¿Les dijiste que enviaran un carruaje a la estación para recogerla, Gerald?

—Lo olvidé. Pero no está lejos, no le hará daño caminar —respondió con languidez.

—Sé que fue indolencia, no olvido. Y lo lamento mucho; pensará que es muy descortés dejarla abandonada tan tarde buscando el camino a casa. Ve y encárgate, Ned —dijo Bella.

—Demasiado tarde, Bella, el tren llegó hace tiempo. La próxima vez dame instrucciones. Madre y yo nos encargaremos de que sean obedecidas —dijo Edward.

—Ned está en la edad de hacer el ridículo por cualquier jovencita que se cruce en su camino. Ocúpate de la institutriz, Lucia, o le embrujará.

Gerald habló en una especie de susurro satírico, pero su hermano le oyó y respondió con una animada sonrisa.

—Ojalá pudieras hacer tú el ridículo de esa manera, viejo amigo. Predica con el ejemplo, y prometo seguirlo. En cuanto a la institutriz, es una dama, y debe ser tratada con la cortesía de costumbre. Yo diría que un poco de bondad añadida tampoco estaría de más, porque es pobre y no conoce a nadie.

—¡Ese es mi querido y bondadoso Ned! Apoyaremos a la pobre Muir, ¿no es así?

Y corriendo hacia su hermano, Bella se puso de puntillas para ofrecerle un beso que él no pudo rechazar, pues fruncía sus rosados labios de forma coqueta y sus ojos brillaban colmados de afecto fraternal.



—Espero que haya llegado ya, pues, cuando me esfuerzo por recibir a alguien, detesto hacerlo en vano. La puntualidad es una virtud, y se ve que esta mujer no la tiene, porque prometió estar aquí a las siete y ya será mucho más tarde —comenzó la señora Coventry en tono de lamento.

Antes de que pudiera recuperar el aliento para emitir otra queja, el reloj dio las siete y sonó el timbre de la puerta.

—¡Ahí está! —gritó Bella, y se volvió hacia la puerta para recibir a la recién llegada.

Pero Lucia la detuvo, y le indicó con autoridad:

—Quédate ahí, niña. Es ella quien debe dirigirse a ti, y no tú a ella.

—La señorita Muir —anunció una criada, mientras una pequeña figura vestida de negro permanecía parada en el umbral de la puerta. Por un instante nadie se movió, y la institutriz tuvo tiempo de ver y ser vista antes de que fuera pronunciada una palabra. Todos la miraron, y ella, a su vez, lanzó una penetrante mirada al grupo familiar que les dejó asombrosamente impresionados; entonces bajó los ojos y, haciendo una ligera reverencia, entró. Edward se adelantó unos pasos y la recibió con una sincera cordialidad que nadie podía desalentar ni contener.

—Madre, esta es la dama que esperaba. Señorita Muir, permítame pedirle disculpas por nuestra aparente desatención al no enviar a buscarla. Hubo un error en lo referido al carruaje o, mejor dicho, el holgazán a quien se le dio la orden se olvidó de transmitirla. Bella, ven aquí.

—Gracias, no son necesarias las disculpas. No esperaba que enviaran a buscarme.

Y la institutriz se acomodó dócilmente sin levantar la mirada.

—Me alegro de verla. Déjeme tomar sus cosas —dijo Bella con cierta timidez, pues Gerald, que seguía recostado, observaba al grupo reunido junto a la chimenea con indolente interés, y Lucia ni siquiera se movió.

La señora Coventry hizo una segunda inspección de la muchacha y, seguidamente, indicó:

—Ha sido usted puntual, señorita Muir, lo cual me complace mucho. Espero que *lady* Sydney le haya informado de que soy una triste inválida, de modo que las lecciones de la señorita Coventry serán supervisadas por mi sobrina, y será a ella a quien deba pedirle instrucciones, pues conoce mis deseos al respecto. Discúlpeme si le hago algunas preguntas, pues la nota de *lady* Sydney fue muy breve, y dejé todo a su criterio.

—Pregúnteme lo que quiera, señora —respondió la joven con voz suave y afligida.

—Creo que es usted escocesa.

—Sí, señora.

—¿Viven sus padres?

—No me queda ningún pariente en el mundo.

—¡Dios mío, qué desdicha! ¿Le importaría decirme su edad?

—Tengo diecinueve años.

Se dibujó una sonrisa en los labios de la señorita Muir mientras cruzaba sus manos con cierto aire de resignación, pues el interrogatorio se presumía largo.

—¡Es usted muy joven! Creo que *lady* Sydney comentó que tenía veinticinco años, ¿no es así, Bella?

—No, madre, solo mencionó que le parecía que tenía esa edad. No haga tales preguntas, no resulta agradable delante de todos nosotros —susurró Bella.

La señorita Muir, levantando repentinamente sus ojos, le dirigió una fugaz y brillante mirada agradecida, mientras decía en voz muy baja:

—Desearía tener treinta años, pero, como no es así, hago todo lo posible por aparentar tener más edad.

Todas las miradas se posaron sobre ella, como es natural, y todos sintieron un toque de lástima al ver a la joven de pálido rostro con su sencillo vestido negro, sin adorno alguno, excepto por la pequeña cruz de plata que lucía al cuello. Era una muchacha menuda, delgada y demacrada, de cabellos rubios y rasgos marcados e irregulares, aunque muy expresivos. La pobreza parecía haber dejado huella en ella, y la vida le había deparado más días de escarcha que soleados; no obstante, las comisuras de su boca revelaban fortaleza, y su voz clara y susurrante presentaba una curiosa combinación de mando y súplica en sus diversas tonalidades. No era una mujer atractiva, aunque tampoco ordinaria y, viéndola allí acomodada con sus delicadas manos tendidas sobre su regazo, la cabeza inclinada y una amarga mirada luciendo en su delgado rostro, resultaba más interesante que muchas jóvenes alegres y florecientes. El corazón de Bella se conmovió al instante y acercó su silla a la de ella, al tiempo que Edward regresaba con sus perros para evitar que su presencia la avergonzara.

—Tengo entendido que ha estado usted enferma —prosiguió la señora Coventry, quien consideraba este hecho el más interesante de todos los que había escuchado sobre la institutriz.

—Así es, señora, salí del hospital hace solo una semana.

—¿Y está segura de que puede empezar a enseñar tan pronto?

—No tengo tiempo que perder, y pronto repondré fuerzas aquí en la campiña, si finalmente desean que me quede.

—¿Está capacitada para enseñar música, francés y dibujo?

—Pondré todo mi empeño en demostrarle que lo estoy.

—Si tiene la amabilidad de tocar una o dos piezas, podré juzgar su talento. Solía tocar muy bien cuando era niña.

La señorita Muir se levantó, miró a su alrededor en busca del instrumento y, al verlo al otro lado de la habitación, se dirigió hacia él, pasando junto a Gerald y Lucia como si no advirtiera su presencia. Bella la siguió, y en un momento sintió tanta admiración hacia la joven que se olvidó de todo lo demás. La señorita Muir tocaba como una auténtica apasionada de la música, y dominaba su arte tan a la perfección que conquistó a todos los presentes con la magia de su hechizo; incluso el indolente Gerald se sentó a escucharla, y Lucia dejó a un lado la costura, mientras Ned

observaba teclear los delicados y pálidos dedos, y se asombraba ante la fuerza y habilidad que poseían.

—Por favor, cante —suplicó Bella cuando la joven terminó de tocar una brillante obertura.

Con la misma dócil sumisión, la señorita Muir obedeció, y comenzó una breve melodía escocesa, tan dulce y triste, que los ojos de la niña se llenaron de lágrimas, y la señora Coventry tuvo que hacer uso de uno de sus muchos pañuelos de bolsillo. Pero la música cesó de pronto, pues, en un vano intento por mantenerse sentada la cantante se resbaló de su asiento y, tan blanca y rígida como golpeada por la muerte, cayó tendida ante los sorprendidos oyentes. Edward acudió a levantarla y, ordenando a su hermano que dejara libre el diván, la acomodó sobre él, mientras Bella le frotaba las manos y su madre llamaba a la criada. Lucia aplicó compresas frías sobre las sienes de la pobre muchacha, y Gerald, con inusitada energía, le acercó una copa de vino. Pronto los labios de la señorita Muir comenzaron a temblar, suspiró, y luego murmuró tiernamente con un bonito acento escocés, como si vagara por el pasado:

—Quédese conmigo, madre, porque estoy muy enferma y triste, aquí sola.

—Tome un sorbo de esto; le hará bien, querida —dijo la señora Coventry, muy conmovida por sus afligidas palabras.

La voz desconocida pareció revivirla. La joven se incorporó, miró a su alrededor por unos instantes un poco extrañada y, seguidamente, se tranquilizó y dijo, con una mirada y un tono patéticos:

—Perdónenme. Me he pasado todo el día de pie y, en mi afán por llegar puntual a la cita, me olvidé de comer desde esta mañana. Ya estoy mejor; ¿desean que termine de cantar la melodía?

—Un primer acto muy bien interpretado —susurró Gerald a su prima.

La señorita Muir se encontraba justo frente a ellos, prestando atención en apariencia a los comentarios de la señora Coventry sobre los desvanecimientos; pero escuchó las palabras del joven, y le miró por encima del hombro con un gesto similar al de Rachel<sup>[4]</sup>. Tenía los ojos azul grisáceos, pero en ese instante parecieron ennegrecerse poseídos por un intenso sentimiento de ira, orgullo o desafío. En su rostro se dibujó una extraña sonrisa mientras hacía una leve reverencia y decía, con penetrante voz:

—Gracias. La última escena será todavía mejor.

El joven Coventry era un hombre frío e indolente que rara vez sentía algún tipo de emoción o pasión, ya fuera esta placentera o de cualquier otro tipo; sin embargo, ante la mirada y el tono de la institutriz, experimentó una nueva sensación indefinida, aunque muy intensa. Se ruborizó y, por primera vez en su vida, se mostró avergonzado. Lucia se percató de ello, y comenzó a aborrecer a la señorita Muir con un odio repentino, pues, en todos los años de convivencia con su primo, ninguna mirada o palabra suya había gozado de un poder semejante. Coventry recuperó la compostura en apenas un instante, sin rastro alguno de aquel cambio pasajero salvo

por una mirada de interés en sus ojos generalmente soñadores, y cierto toque de ira en su sarcástica voz.

—¡Qué joven tan melodramática! Me iré mañana.

Lucia se echó a reír, y se sintió muy complacida cuando él se alejó para traerle una taza de té de la mesa donde estaba teniendo lugar una pequeña escena. La señora Coventry había vuelto a acomodarse en su butaca, exhausta por la vorágine del desmayo; Bella se ocupaba de ella, y Edward, ansioso por alimentar a la pálida institutriz, trataba de hacer el té torpemente, tras dirigirle una suplicante mirada a su prima que ella optó por ignorar. Cuando volcó la cajita del té y lanzó una exclamación desesperada, la señorita Muir ocupó discretamente su lugar tras la tetera, al tiempo que con una sonrisa y una tímida mirada le decía al joven:

—Permítame que asuma mi deber de inmediato y les sirva a todos ustedes. Conozco el arte de hacer que las personas se sientan cómodas de esta manera. La cuchara, por favor. Puedo ocuparme muy bien de todo yo sola si me dice cómo le gusta el té a su madre.

Edward acercó una silla a la mesa y bromeó sobre sus contratiempos, mientras la señorita Muir realizaba su pequeña tarea con tal habilidad y gracia que resultaba muy agradable contemplarla. Le ofreció una humeante taza a Coventry, quien se quedó un rato para observar a la joven más detenidamente, al tiempo que le formulaba una o dos preguntas a su hermano.

La señorita Muir no le prestó más atención que si se hubiera tratado de una estatua y, en mitad de la única observación que el joven le dirigió, ella se levantó para acercarle el azucarero a la señora Coventry, quien para entonces ya se había rendido a la humildes virtudes domésticas de la nueva institutriz.

—En verdad, querida, es usted un tesoro; no había probado un té tan delicioso como este desde que murió mi pobre doncella Ellis. Bella nunca lo hace bien, y la señorita Lucia siempre olvida la crema. Haga lo que haga, parece hacerlo todo bien, y ese es un *gran* consuelo.

—En ese caso, permítame prepararle siempre el té. Será un placer para mí, señora.

Y la señorita Muir regresó a su asiento con un ligero rubor en las mejillas que mejoraba notablemente su aspecto.

—Mi hermano ha preguntado si el joven Sydney se encontraba en casa cuando usted se marchó —dijo Edward, pues Gerald no iba a tomarse la molestia de repetir la pregunta.

La señorita Muir miró fijamente a Coventry y respondió con un ligero temblor en los labios:

—No, se marchó de casa hace unas semanas.

El joven regresó junto a su prima y se sentó a su lado.

—No me iré mañana; esperaré a que pasen los tres días —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Lucia.

—Porque tengo la impresión de que ella es la responsable del misterio de Sydney. Últimamente se ha comportado de un modo muy extraño, y ahora se ha ido sin decir una palabra. Me gustan los romances en la vida real, si no son demasiado largos o difíciles de entender —respondió bajando la voz, con una significativa inclinación de cabeza hacia la institutriz.

—¿Crees que es bonita?

—Lejos de eso; es una criatura de lo más extraña.

—Entonces, ¿por qué crees que Sydney la ama?

—Es un imprudente, y le gustan las emociones y todas esas cosas.

—¿Qué quieres decir, Gerald?

—Haz que la señorita Muir te mire como me ha mirado a mí, y lo entenderás.

¿Quieres tomar otra taza, diosa Juno<sup>[5]</sup>?

—Sí, por favor.

A Lucia le gustaba que Gerald le sirviera, pues no lo hacía con ninguna otra mujer excepto su madre.

Antes de que pudiera levantarse paulatinamente, la señorita Muir se deslizó hacia ellos con otra taza en la bandeja y, mientras Lucia la tomaba con un frío asentimiento, la muchacha dijo en voz baja:

—Creo que es honesto por mi parte decirles que tengo buen oído, y que no puedo evitar escuchar lo que se dice en cualquier parte de la sala. Lo que digan de mí no tiene importancia, pero tal vez podrían hablar de cosas que prefieran que no escuche; por lo tanto, permítanme advertirles.

Y se fue de nuevo tan silenciosamente como había llegado.

—¿Qué te parece eso? —susurró Coventry, mientras su prima se sentaba mirando a la muchacha con expresión perturbada.

—¡Qué criatura tan incómoda de tener en casa! Siento mucho haberla instado a que viniera, porque a tu madre le ha encantado y ahora será difícil deshacerse de ella —dijo Lucia, tan enojada como divertida.

—Silencio, escucha cada palabra que dices. Lo sé por la expresión de su cara, pues Ned está hablando de caballos y ella luce más arrogante de lo que tú hayas lucido jamás, y eso es decir mucho. Hay que tener fe, esto se está poniendo interesante.

—Presta atención, que está hablando; quiero escuchar lo que dice —y Lucia puso su mano en los labios de su primo. Él se la besó, y luego se entretuvo distraídamente girando los anillos de un lado a otro de los finos dedos.

—He estado en Francia varios años, señora, pero mi amiga murió y volví para estar con *lady* Sydney, hasta que... —Muir hizo una pausa por un instante, y luego añadió, lentamente—... hasta que enfermé. Era una fiebre contagiosa, así que acudí por mi propia voluntad al hospital para evitar ponerla en peligro.

—Muy acertado, pero, ¿está segura de que no hay peligro de infección ahora? —preguntó la señora Coventry con ansiedad.

—Ninguno, se lo aseguro. Estoy bien desde hace tiempo, pero no me marché porque preferí quedarme allí a regresar con *lady* Sydney.

—Espero que no haya habido ninguna discusión. ¿Algún problema de cualquier tipo?

—No hubo discusiones, pero... en fin, tiene derecho a saberlo, y no haré un tonto misterio de una cosa tan simple. Como su familia es la única que está presente, puedo decir la verdad. No volví a causa del joven caballero. Por favor, no me pregunte nada más.

—Ah, ya veo. Muy prudente y apropiado por su parte, señorita Muir. Nunca aludiré a este tema de nuevo; gracias por su franqueza. Bella, tendrás cuidado de no mencionárselo a tus amigas; por desgracia las jovencitas cotillean, y a *lady* Sydney le molestaría mucho que se hablara de ello.

—Muy amable por parte de *lady* S. enviarnos a la peligrosa señorita aquí, donde hay *dos* jóvenes caballeros para ser cautivados. Me pregunto por qué no se quedó con Sydney después de haberlo atrapado —murmuró Coventry a su prima.

—Porque sentía el mayor de los desprecios por un tonto con título nobiliario.

La señorita Muir dejó caer las palabras casi en su oído, mientras se inclinaba a recoger su chal de la esquina del diván.

—¿Cómo demonios llegó aquí? —exclamó Coventry, como si hubiera experimentado una nueva sensación—. No obstante, tiene coraje, y por mi honor que compadezco a Sydney si trató de deslumbrarla, pues debe haber obtenido un espléndido rechazo.

—Ven a jugar al billar. Lo prometiste, y te tomo la palabra —dijo Lucia levantándose con decisión, pues Gerald mostraba demasiado interés en otra mujer como para satisfacer a la señorita Beaufort.

—Soy, como siempre, tu más devoto servidor. Mi madre es una mujer encantadora, pero encuentro nuestras reuniones vespertinas un poco aburridas cuando solo está presente mi familia. Buenas noches, mamá.

Estrechó la mano de su madre —quien idolatraba a su hijo y se sentía muy orgullosa de él— y, saludando a los demás, se marchó tras su prima.

—Ahora que se han ido, podemos acomodarnos a gusto y hablar tranquilamente, pues Ned no me preocupa más de lo que me preocupan sus perros —dijo Bella, tomando asiento sobre el reposapiés de su madre.

—Únicamente quiero añadir, señorita Muir, que mi hija nunca ha tenido institutriz y va tristemente retrasada para lo que resulta habitual en una jovencita de dieciséis años. Quiero que pase las mañanas con ella, y que comience a progresar lo más rápido posible. Por la tarde saldrán a pasear juntas a pie o en carruaje, y por la noche podrá acompañarnos aquí, si lo desea, o entretenerse como guste. En el campo llevamos una vida muy tranquila, pues no soporto mucha compañía y, cuando mis hijos quieren diversión, salen a buscarla. La señorita Beaufort supervisa a los criados y ocupa mi lugar en la medida de lo posible. Mi estado de salud es delicado, y suelo

permanecer en mi habitación hasta la tarde, excepto por un rato para tomar el aire al mediodía. Lo pondremos a prueba durante un mes, y confío en que podamos entendernos bien.

—Lo haré lo mejor que pueda, señora.

Nadie habría podido creer que la débil y sumisa voz que pronunció estas palabras fuera la misma que había estremecido a Coventry unos minutos antes, ni que aquel pálido y paciente rostro hubiera podido encenderse con un fulgor tan repentino como el que había mirado por encima de su hombro cuando contestó al discurso de su joven anfitrión.

Edward pensó para sus adentros: «¡Pobre mujercita! Ha tenido una vida muy dura. Trataremos de facilitársela mientras se encuentre aquí». Y seguidamente comenzó su obra de caridad sugiriendo que tal vez se sintiera cansada. La joven reconoció que así era, y Bella la condujo a una luminosa y confortable habitación donde, tras un bonito discurso y un beso de buenas noches, dejó que se acomodara.

Una vez a solas, la conducta de la señorita Muir fue decididamente peculiar. Su primera acción consistió en estrechar sus manos y murmurar entre dientes, con una fuerza apasionada: «¡No fracasaré de nuevo si cuento con el poder del ingenio y la voluntad de una mujer!». Se quedó inmóvil durante un instante, con una expresión de casi fiero desprecio en su rostro, y a continuación agitó su puño como si amenazara a algún enemigo invisible. Luego se echó a reír y se encogió de hombros con un auténtico estilo francés, mientras murmuraba: «Sí, la última escena *será* mejor que la primera. ¡*Mon dieu*, qué cansada y hambrienta estoy!».

Arrodillándose ante el pequeño baúl que contenía sus posesiones mundanas, lo abrió y sacó de él un frasco; seguidamente lo mezcló con un vaso de algún ardiente licor que pareció degustar con deleite mientras se sentaba en la alfombra, meditando, al tiempo que sus rápidos ojos examinaban cada rincón de la estancia.

—¡No está mal! Será un buen terreno en el que trabajar, y cuanto más difícil sea la tarea, más me complacerá. *Merci*, vieja amiga. Me infundiste ánimo y coraje cuando nadie más lo hacía. Vamos, el telón ha caído, de modo que puedo ser yo misma por unas horas, si es que las actrices son ellas mismas alguna vez.



Todavía sentada en el suelo, soltó y deshizo las largas y abundantes trenzas postizas de la cabeza, limpió el colorete de su rostro, se extrajo varios dientes nacarados y se quitó el vestido, revelando así a una mujer demacrada, cansada y malhumorada de unos treinta años al menos. La metamorfosis fue extraordinaria,

pero el disfraz estaba más en la expresión que en cualquier tipo de vestimenta o falso adorno. Ahora que se encontraba sola, sus cambiantes rasgos se acomodaron en su expresión natural, cansada, dura y amarga. Había sido encantadora en el pasado, una criatura feliz, inocente y tierna; pero nada de todo aquello perduraba ya en la sombría mujer que se inclinaba sobre sí misma meditando sobre alguna desgracia, pérdida o desengaño que había oscurecido toda su vida.

Permaneció sentada durante una hora, en ocasiones jugando distraídamente con los escasos mechones que colgaban de su rostro, en otras levantando el vaso hasta los labios como si el ardiente fuego pudiera calentar su sangre helada; y, en una ocasión, descubrió a medias su pecho para contemplar con una terrible mirada la cicatriz de una herida recién curada. Por fin se levantó y se arrastró hasta la cama, exhausta por la fatiga y el sufrimiento mental.

## II

# UN BUEN COMIENZO

**T**an solo se habían levantado las criadas cuando la señorita Muir salió de su habitación a la mañana siguiente y, en silencio, encontró el camino hacia el jardín. Mientras caminaba, aparentemente concentrada en los parterres, su perspicaz mirada escudriñó la hermosa casa vieja y sus pintorescos alrededores.

«No está mal», se dijo a sí misma, añadiendo al pasar por el parque contiguo, «pero la otra quizá sea mejor, y yo quiero la mejor».

Caminando a paso ligero, desembocó finalmente en el vasto jardín que se extendía ante la antigua mansión donde *sir* John Coventry vivía en solitario esplendor. Se trataba de un viejo caserón señorial, poblado de robles, arbustos bien cuidados, coloridos jardines, terrazas soleadas, hastiales labrados, habitaciones espaciales, criados con librea y todo el lujo que corresponde al hogar ancestral de un linaje rico y honorable. Los ojos de la señorita Muir se iluminaron mientras observaba, su paso se tomó más firme, su porte más orgulloso, y una sonrisa se dibujó en su cara; era la sonrisa de una persona muy complacida ante la perspectiva de éxito de una anhelada esperanza. De pronto, toda su actitud cambió; echó hacia atrás su sombrero, cruzó las manos suavemente ante ella, y pareció absorta en la admiración de aquella hermosa escena que no podía dejar de cautivar a ningún amante de la belleza. La causa de este repentino cambio apareció enseguida. Un hombre saludable y apuesto, de entre cincuenta y sesenta años, atravesó la portezuela que daba al jardín y, al ver a la joven desconocida, se detuvo para observarla. Pero solo tuvo tiempo para echar un vistazo; ella aparentó darse cuenta de su presencia enseguida, se volvió con mirada sorprendida, pronunció una exclamación de sorpresa y pareció dudar si debía huir o hablar. El galante *sir* John se despojó de su sombrero y dijo, con una anticuada cortesía que le favorecía mucho:



—Excúseme si la he perturbado, señorita. Permítame expiar mi culpa invitándola a pasear por donde usted prefiera, y a recoger las flores que le gusten. Veo que son de su agrado, de modo que, por favor, siéntase libre de servirse de cuanto la rodea.

Con un aire encantador de timidez virginal e ingenuidad femenina, la señorita Muir respondió:

—¡Oh, gracias, señor! Pero soy yo quien debe pedir perdón por entrar sin permiso. Nunca me hubiera atrevido a hacerlo de no haber sabido que *sir* John estaba ausente. Siempre he querido ver este hermoso y antiguo lugar, y lo primero que hice fue correr para satisfacer mi deseo.

—¿Y ha *quedado* usted satisfecha? —preguntó él, con una sonrisa.

—Más que satisfecha... estoy encantada, porque es el lugar más hermoso que he visto en mi vida, y he visto muchos lugares famosos, tanto aquí como en el extranjero —respondió con entusiasmo.

—La mansión Hall se siente muy halagada, y también lo estaría su dueño si la escuchara —comenzó el caballero, con una expresión extraña.

—No debería elogiarla ante él, al menos no tan libremente como lo he hecho con usted, señor —dijo la muchacha, con los ojos todavía huidizos.

—¿Por qué no? —preguntó su acompañante, muy divertido.

—Me daría miedo. No es que tema a *sir* John; pero he oído tantas cosas hermosas y nobles sobre él, y lo respeto tanto, que no me atrevería a hablar demasiado para que no advirtiera cuánto le admiro y...

—¿Y qué, jovencita? Termine, por favor.

—Iba a decir... *le amo*. Pues bien, lo diré porque es un anciano y una no puede evitar amar la virtud y la valentía.

La señorita Muir parecía muy seria y bonita mientras hablaba, allí parada, con el sol brillando en su rubio cabello, su rostro delicado y sus ojos alicaídos. *Sir John* no era un hombre vanidoso, pero le agradó sentirse elogiado por aquella joven desconocida, y sintió una redoblada curiosidad por conocer su identidad. Demasiado educado para preguntarle, o para avergonzarla confesando lo que parecía ignorar, dejó ambos descubrimientos al azar. Y cuando ella se giró, como para volver sobre sus pasos, le ofreció el puñado de flores del invernadero que sostenía en sus manos, añadiendo, con una galante reverencia:

—En nombre de *sir John*, permítame entregarle mi pequeño ramillete en agradecimiento a su buena opinión, que, puedo asegurarle, no es del todo merecida, pues le conozco bien.

La señorita Muir levantó la vista al momento, le observó un instante y, entonces, bajando la mirada y sonrojándose profundamente, tartamudeó:

—No tenía ni idea... disculpe... Es usted muy amable, *sir John*.

Se rio como un niño, preguntando con malicia:

—¿Por qué me llama *sir John*? ¿Cómo sabe que no soy el jardinero o el mayordomo?

—Nunca había visto su rostro, y nadie más que usted diría de sí mismo que toda alabanza era inmerecida —murmuró la señorita Muir, aparentando estar aún abrumada por la confusión propia de las jovencitas.

—Bueno, bueno, dejémoslo pasar, pero la próxima vez que venga seremos debidamente presentados. Bella siempre trae a sus amigas a la mansión, pues me gusta estar rodeado de gente joven.

—No soy una amiga; solo soy la institutriz de la señorita Coventry —dijo, al tiempo que hacía una leve reverencia.

La actitud de *sir John* cambió de forma ligeramente perceptible. Pocos lo habrían advertido, pero la señorita Muir lo captó de inmediato y se mordió los labios con un sentimiento de rabia en su corazón. No obstante, con un curioso aire de orgullo mezclado con respeto, aceptó el ramillete de flores que aún le ofrecía, devolvió a *sir John* la reverencia de despedida, y se alejó, dejando al anciano caballero preguntándose dónde habría encontrado la señora Coventry una institutriz tan atrevida.

«Ya está hecho, y ha ido muy bien para ser el comienzo», se dijo a sí misma mientras se acercaba a la casa.

En un verde prado cercano pastaba un hermoso caballo, que levantó la cabeza y la miró inquisitivamente como si esperara un saludo. Siguiendo un impulso repentino, se adentró en el prado y, arrancando un puñado de tréboles, invitó al animal a que se acercara a comer. A decir verdad, aquel era un gesto insólito para una dama, y el

caballo se abalanzó en su dirección como si estuviera empeñado en asustar a la recién llegada.

—Ya veo —dijo en voz alta, riéndose para sus adentros—. Te rebelas porque no soy tu dueña; pero acabaré conquistándote, mi delicada bestia.

Sentada en la hierba, comenzó a arrancar margaritas cantando ociosamente, ajena en apariencia a los enérgicos brincos del caballo. Al instante, el animal se acercó, olfateándola con curiosidad y observándola con asombro. Ella no solo no se inmutó, sino que se puso a trenzar margaritas y siguió cantando como si no advirtiera su presencia. Esto pareció disgustar al mimoso animal, pues, aproximándose lentamente, se acercó hasta que pudo olfatear sus piecitos y mordisquear su vestido. Entonces ella le ofreció el trébol pronunciando cariñosas palabras en tono tranquilizador, hasta que poco a poco, y con mucha coquetería, el caballo le permitió alisar su crin y acariciar su brillante cuello.

Era un bonito espectáculo: la esbelta figura sobre la hierba y el animoso caballo inclinando su orgullosa cabeza hacia la mano de ella.

Edward Coventry, que había observado la escena, no pudo contenerse por más tiempo y, saltando el cercado, se unió al grupo mientras exclamaba con una mezcla de asombro y admiración que se delataban en su semblante y su voz:

—Buenos días, señorita Muir. Si no hubiese comprobado con mis propios ojos su habilidad y su coraje, estaría preocupado por su seguridad. Héctor es una bestia salvaje y rebelde, y ha herido a más de un mozo de cuadra que ha intentado dominarlo.

—Buenos días, señor Coventry. No cuente fábulas sobre esta noble criatura, que no conseguirá defraudar mi fe en ella. Sus mozos de cuadra no han sabido ganarse su corazón, ni someter su espíritu sin quebrantarlo.



Mientras hablaba, la señorita Muir se levantó y acarició el cuello de Héctor al tiempo que este comía la hierba que la joven había recogido en la falda de su vestido.

—Ha descubierto el secreto, y ahora Héctor es su súbdito más fiel, aunque siempre haya rechazado a todo el mundo excepto a su amo. ¿Le dará su festín

matutino? Siempre le traigo pan y juego con él antes del desayuno.

—Entonces, ¿no está celoso? —inquirió ella; y le miró con ojos tan brillantes y hermosos que el joven se extrañó de no haber reparado antes en ellos.

—En absoluto. Acarícielo cuanto quiera; le hará bien. Es un animal solitario que desdeña a los suyos y prefiere la soledad... al igual que su amo —añadió, casi en un susurro.

—¿Solo, en un hogar tan dichoso, señor Coventry? —preguntó la joven, y una mirada suavemente compasiva asomó a sus brillantes ojos.

—Fue una frase desagradecida por mi parte, y me retracto por el bien de Bella. Los hijos menores no tienen más posición que la que puedan procurarse, y yo aún no he tenido la oportunidad.

—¡Hijos menores! Pensaba que... Discúlpeme...

Y la señorita Muir se detuvo, como recordando que no tenía derecho a preguntar.

Edward sonrió y respondió con franqueza.

—No, no se preocupe por mí. Quizá pensó que yo era el heredero. ¿Y quién creyó que era mi hermano anoche?

—Un invitado que admiraba a la señorita Beaufort. No escuché su nombre, ni pude fijarme lo suficiente como para descubrir quién era. Solo me fijé en su amable madre, en su encantadora hermanita, y...

Se detuvo ahí, con una mirada medio tímida y medio agradecida en dirección al joven, quien imaginó el final de la frase mejor aún que si lo hubiera escuchado.

Todavía era un niño, a pesar de sus veintiún años, y sus mejillas morenas se sonrojaron discretamente cuando los elocuentes ojos de ella se encontraron con los suyos antes de bajar la mirada.

—Sí, Bella es una jovencita estupenda, y uno no puede evitar quererla. Sé que la hará progresar, pues, en honor a la verdad, es una cabecita hueca de lo más encantadora. La mala salud de mi madre y la devoción que Bella le profesa nos han impedido ocuparnos antes de su educación. El próximo invierno, cuando vayamos a la ciudad, será presentada en sociedad, y debe estar preparada para ese gran evento —dijo, eligiendo un tema no comprometido.

—Haré todo lo que pueda. Y eso me recuerda que debo presentarme ante ella en lugar de divertirme aquí. Cuando uno ha estado enfermo y recluso por mucho tiempo, el campo le parece tan hermoso que puede ser propenso a descuidar el deber por el placer. Le ruego que me lo haga saber si observa que me muestro negligente, señor Coventry.

—Ese apelativo le pertenece a Gerald. Aquí solo soy el señor Ned —respondió cuando regresaban caminando a la casa, mientras Héctor les seguía hasta el cercado y les enviaba una sonora despedida.

Bella vino corriendo a su encuentro, y saludó a la señorita Muir como si se hubiera decidido a quererla de todo corazón.

—¡Qué hermoso ramo! Yo nunca he podido combinar las flores con gracia, lo cual es un fastidio, pues a mamá le encantan y no puede salir a recogerlas. Tiene un gusto exquisito —dijo, examinando el elegante ramillete que la señorita Muir había mejorado notablemente añadiendo hierbas de hojas plumosas, delicados helechos y fragantes flores silvestres a los ejemplares exóticos de *sir John*.

Depositando el ramo en las manos de Bella, dijo, triunfante:

—En ese caso, ofrézcaselas a su madre, y pregúntele si puedo tener el placer de hacerle un ramillete cada día; me encantaría hacerlo, si a ella le parece bien.

—¡Qué amable es! Por supuesto que le gustaría. Le llevaré las flores corriendo mientras aún conservan el rocío.



Y Bella se fue volando, deseosa de poder entregarle las flores y tan bonito mensaje a la pobre enferma.

Edward se detuvo a hablar con el jardinero y la señorita Muir subió sola la escalinata. El largo vestíbulo estaba flanqueado de retratos y, mientras lo recorría

lentamente, fue examinando las pinturas con sumo interés. Una en particular le llamó la atención y, deteniéndose ante ella, la escudriñó cuidadosamente. Se trataba de una joven hermosa, pero con un rostro extremadamente arrogante. La señorita Muir sospechó inmediatamente de quién se trataba y asintió con decisión, como aceptando aquella oportunidad inesperada. Un suave crujido a su espalda la hizo mirar a su alrededor y, al ver a Lucia, la saludó con una reverencia, medio girada, como para volver a mirar el cuadro. A continuación, exclamó de forma aparentemente espontánea:

—¡Qué hermosa! ¿Puedo preguntarle si es una antepasada suya, señorita Beaufort?

—Es el retrato de mi madre —respondió ella con voz suave y unos ojos que miraban con ternura hacia el cuadro.

—Ah, debí imaginarlo por el parecido, pero apenas pude verla bien anoche. Disculpe que me haya tomado la libertad, pero *lady* Sydney me trataba como a una amiga, y olvidé mi posición. Permítame.

Mientras hablaba, la señorita Muir se inclinó para recoger el pañuelo que había caído de la mano de Lucia, y lo hizo con un gesto tan humilde que llegó al corazón de la señorita Beaufort, quien, aunque orgullosa, también era generosa.

—Gracias. ¿Se encuentra mejor esta mañana? —preguntó con gentileza.

Y tras recibir una respuesta afirmativa, añadió, mientras se ponía en marcha:

—Le mostraré la sala de desayunos, dado que Bella no está. Se trata de una comida muy informal, pues mi tía nunca baja a desayunar y mis primos tienen horarios muy irregulares. Podrá tomar su desayuno a la hora que guste, y no es preciso que espere por nosotros si se levanta temprano.

Bella y Edward aparecieron antes de que los demás se acomodaran, y la señorita Muir desayunó muy tranquila, sintiéndose de lo más satisfecha con el trabajo realizado durante la última hora. Ned relató su hazaña con Héctor, Bella le transmitió el agradecimiento de su madre por las flores, y Lucia recordó en más de una ocasión, con indulgente vanidad, que la institutriz la había comparado con su hermosa madre, reflejando en su mirada la admiración tanto por la imagen real como por la retratada. Todos, muy amablemente, hicieron lo posible para que la pálida joven se sintiera como en casa, y su actitud cordial pareció animarla y motivarla a hablar, pues pronto dejó de lado su aire triste y sumiso y los entretuvo con alegres anécdotas de su vida en París, sus viajes a Rusia cuando era institutriz en la familia del príncipe Jermadoff, y todo tipo de ingeniosas historias que mantuvieron interesada y feliz a su audiencia hasta mucho tiempo después de concluido el desayuno. Coventry entró en la sala en mitad del relato de una apasionante aventura, asintió perezosamente con la cabeza, levantó las cejas como sorprendido al advertir la presencia de la institutriz, y comenzó su desayuno como si el tedio del nuevo día ya se hubiera apoderado de él. La señorita Muir detuvo su relato, y ninguna súplica pudo convencerla para continuar.

—En otro momento terminaré la historia, si así lo desean, pero ahora la señorita Bella y yo debemos ocuparnos de los estudios.

Y salió de la habitación, seguida por su alumna, sin prestar atención al joven señor de la casa más allá de una grácil reverencia en respuesta a su descuidado saludo.

—¡Criatura misericordiosa! Se va cuando yo llego, y no me hace la vida insoportable lloriqueando ante mis ojos. ¿Pertenece a la clase moral, melancólica, romántica o elegante, Ned? —dijo Gerald, recostado sobre su café como lo hacía con todo lo demás.

—A ninguna de ellas; es una mujercita estupenda. Ojalá la hubieras visto domar a Héctor esta mañana.

Y Edward repitió su historia.

—No es una mala jugada por su parte —afirmó Coventry a modo de respuesta—. Sin duda debe tratarse de una joven observadora y enérgica si ha descubierto tu principal debilidad y la ha atacado tan pronto. Primero doma al caballo, y luego a su amo. Será divertido ver este juego, pero tendré la dolorosa necesidad de dar jaque mate a ambos si la cosa se pone seria.

—No es preciso que te esfuerces por mí, viejo amigo. Si no estuviera tan lejos de pensar mal de una chica inofensiva, diría que tú eres el premio que más valdría la pena ganar y te aconsejaría que cuidases de tu propio corazón, si es que tienes uno, cosa que dudo mucho.

—Yo también lo dudo a menudo; pero imagino que la pequeña escocesa no será capaz de satisfacer a ninguno de los tíos en ese punto. ¿Y qué le parece a su alteza? —preguntó Coventry a su prima, que estaba sentada a su lado.

—Mejor de lo que pensaba. Es educada, modesta y muy divertida cuando quiere. Nos ha contado algunas de las historias más ingeniosas que he oído en mucho tiempo. ¿No te despertaron nuestras risas? —respondió Lucia.

—Sí. Ahora me compensaréis divirtiéndome con la repetición de esos ingeniosos relatos.

—Eso es imposible; su acento y sus maneras suponen la mitad del encanto —replicó Ned—. Desearía que te hubieras retrasado diez minutos más, pues tu aparición arruinó la mejor historia de todas.

—¿Y por qué no continuó? —inquirió Coventry, con un destello de curiosidad.

—Olvidas que nos escuchó anoche, y debe de pensar que la consideras aburrida. Es una joven orgullosa, y ninguna mujer olvida unos comentarios como los tuyos —respondió Lucia.

—Ni tampoco los perdona, imagino. Bueno, entonces debo resignarme a languidecer bajo su descontento. Me interesa un poco por su relación con Sydney; no es que espere enterarme por ella, pues una mujer con una lengua como la suya nunca confía ni confiesa nada. Pero me agradaría saber qué le cautivó de ella, pues

cautivado estaba, sin lugar a dudas, y no era por ninguna dama a la que hubiera conocido en sociedad. ¿Has oído algo de eso, Ned? —preguntó Gerald.

—No me interesan los escándalos ni los chismes, y nunca les presto atención.

Y tras este comentario, Edward abandonó la sala.

Lucia fue requerida por el ama de llaves un instante después, y Coventry se quedó en la compañía que más fastidiosa le resultaba, esto es, la suya propia. Al entrar, había podido escuchar una parte de la historia que contaba la señorita Muir, y eso había excitado tanto su curiosidad que se encontró preguntándose cuál podría ser el final y deseando poder oírlo.

«¿Por qué diablos se marchó cuando yo llegué?», pensó. «Si es divertida debe sacarse provecho de ello, porque aquí, hay que reconocerlo, todo es muy aburrido a pesar de Lucia. Eh, ¿qué es eso?».

Era una voz exquisita y dulce cantando una brillante melodía italiana, e interpretándola con una expresión que volvía la música doblemente deliciosa. Saliendo por la ventana francesa, Coventry paseó por la soleada terraza, disfrutando del canto con el gusto de un auténtico experto. A esa tonada siguieron otras, pero él continuó caminando y escuchando, sin reparar en el cansancio y la afinación. Al terminar una exquisita canción, aplaudió involuntariamente. El rostro de la señorita Muir apareció por un instante, luego se desvaneció y la música cesó, aunque Coventry se quedó a la espera de volver a escuchar su voz. La música era la única cosa del mundo de la que nunca se cansaba, y ni Lucia ni Bella poseían el talento suficiente para encandilarlo. Durante una hora holgazaneó tomando el sol en la terraza o el jardín, demasiado indolente para buscar ocupación o compañía. Por fin apareció Bella, sombrero en mano, y casi se tropieza con su hermano, que yacía sobre la hierba.

—Holgazán, ¿has estado aquí todo este tiempo? —inquirió ella, mirándole desde arriba.

—No, he estado muy ocupado. Ven y cuéntame cómo te ha ido con el pequeño dragón.

—No puedo entretenerme. Me ordenó apresurarme tras la clase de francés para estar lista para la de dibujo, y debo hacerlo.

—Hace demasiado calor para correr. Siéntate y divierte a tu solitario hermano, que no ha tenido más compañía que abejas y lagartos en la última hora.

La atrajo mientras hablaba y Bella obedeció, pues, a pesar de su indolencia, era alguien a quien todos se sometían sin pensar siquiera en rechazarlo.

—¿Qué has estado haciendo? ¿Atiborrando a tu pobre cerebritito con toda clase de elegantes tonterías?

—En absoluto. He disfrutado muchísimo. Jean es muy interesante, amable e inteligente. No me aburrió con gramática estúpida, sino que me habló en un francés tan bonito que me entusiasmó; me gustó como nunca antes lo había hecho, y más después de la aburrida manera en que Lucia me lo enseñaba.

—¿De qué hablasteis?

—Oh, de todo tipo de cosas. Ella me hace preguntas, yo respondo, y ella me corrige.

—Preguntas sobre nuestros asuntos, imagino.

—Ni una sola. No le interesamos nosotros ni nuestros asuntos. Pensé que le gustaría saber qué clase de personas éramos, de modo que le hablé de la muerte repentina de papá, del tío John, de ti y de Ned; pero mientras hablaba, me dijo con sus discretos modales: «Se está volviendo demasiado confidencial, querida mía. Es preferible no hablar con excesiva ligereza de los asuntos propios con extraños. Hablemos de otra cosa».

—¿De qué hablabas en esos momentos, Bell?

—De ti.

—Ah, entonces no es de extrañar que se aburriera.

—Estaba harta de mi charla y no escuchó ni la mitad de lo que le dije, pues se ocupaba dibujando algo para que yo lo copiara, y pensando en algo más interesante que los Coventry.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la expresión de su rostro. ¿Te gustó su música, Gerald?

—Sí. ¿Se mostró enfadada cuando aplaudí?

—Primero pareció sorprendida, luego bastante orgullosa y cerró el piano de inmediato, aunque yo le rogué que continuara. ¿No es Jean un nombre bonito?

—No está mal, pero ¿por qué no la llamas señorita Muir?

—Me pidió que no lo hiciera. Lo odia, y le encanta que la llamen Jean a secas. He imaginado un pequeño y bonito romance sobre ella, y algún día se lo contaré, porque estoy segura de que ha tenido problemas amorosos.

—No te metas esas tonterías en la cabeza, sigue el ejemplo de refinamiento de la señorita Muir y no tengas curiosidad por los asuntos privados de los demás. Pídele que cante esta noche; me divierte.

—Creo que no bajaré. Hemos planeado leer y trabajar en mi tocador, que será nuestro estudio ahora. Mamá se quedará en su habitación, de modo que tú y Lucia tendréis el salón para vosotros solos.

—Gracias. ¿Qué hará Ned?

—Él entretendrá a mamá. ¡Mi querido Ned! Me gustaría que te espabilaras y accedieras a su nombramiento. Está muy impaciente por hacer algo y, por otra parte, es tan orgulloso que no volverá a pedirlo después de que lo desatendieras tantas veces y rechazaras la ayuda del tío.

—Me ocuparé de ello muy pronto; no te preocupes, niña. Le irá muy bien pasar un tiempo aquí tranquilo con nosotros.

—Siempre dices lo mismo, pero ya sabes que se irrita y no le agrada depender de ti. A mamá y a mí no nos importa, pero él es un hombre, y eso le inquieta. Dijo que

pronto tomaría las riendas del asunto y que lamentarías haber sido tan lento en ayudarlo.

—La señorita Muir está mirando por la ventana. Será mejor que eches a correr, o te regañará.

—En absoluto. No le tengo miedo alguno porque es muy dulce y amable. Ya le tengo cariño. Te pondrás tan moreno como Ned, tumbado aquí al sol. Por cierto, la señorita Muir está de acuerdo conmigo en pensar que es más guapo que tú.

—Admiro su buen gusto y coincido con ella.

—Dijo que era muy vigoroso, y que eso resultaba más atractivo en un hombre que la belleza. Se expresa tan bien... Ahora me voy.

Y la niña se alejó dando unos pasos de baile y tarareando el estribillo de la canción más dulce de la señorita Muir.

«El vigor resulta más atractivo en un hombre que la belleza, Ella tiene razón, pero, ¿cómo puede un hombre ser enérgico sin nada en lo que emplear sus energías?», reflexionó Coventry, con el sombrero sobre los ojos.

Unos instantes más tarde, el barrido de un vestido captó su atención. Sin moverse, echó una mirada de reojo y pudo ver a la señorita Muir cruzando la terraza, como para unirse a Bella. Dos escalones de piedra conducían al jardín. Él yacía cerca de ellos, y la señorita Muir no lo vio hasta que fue acercándose. Entonces se sobresaltó y resbaló en el último escalón; recuperó la compostura y prosiguió, lanzando una mirada de inconfundible desprecio al pasar junto a la yacente figura del falso durmiente.

A Coventry le habían molestado varios puntos de lo relatado por su hermana Bella, pero aquella mirada de la señorita Muir le enfureció en gran medida, aunque no quisiera reconocerlo, ni siquiera ante sí mismo.

—¡Gerald, ven aquí, rápido! —gritó Bella en ese momento desde la silla rústica en la que permanecía sentada junto a su institutriz, quien tenía una mano sobre su rostro como si le doliera.

Coventry obedeció incorporándose pausadamente, pero aceleró el paso de manera involuntaria al oír a la señorita Muir.

—No le llares; él no puede hacer nada —dijo, poniendo un énfasis muy significativo en la palabra «él».

—¿Qué pasa, Bella? —preguntó Gerald, bastante más despierto de lo habitual.

—Asustaste a la señorita Muir y le hiciste torcerse el tobillo. Ahora debes ayudarla a llegar a la casa porque tiene mucho dolor; y no vuelvas a quedarte ahí tumbado asustando a la gente como si fueras una serpiente en la hierba —replicó su hermana con petulancia.

—Le ruego que me disculpe. ¿Me permite?

Y Coventry ofreció su brazo.

La señorita Muir levantó la mirada con una expresión que le molestó y respondió con frialdad:

—Gracias, la señorita Bella también puede hacerlo.

—Permítame que lo ponga en duda.

Y, con un gesto decidido que no admitía oposición, Coventry le pasó el brazo por la espalda y la llevó a la casa. Finalmente la señorita Muir se sometió en silencio, adujo que el dolor pronto terminaría y, cuando se acomodó en el diván de la habitación de Bella, lo despidió con un breve agradecimiento. Considerando el inusitado esfuerzo que había hecho, Coventry pensó que la joven podría haber sido un poco más agradecida y se marchó a buscar a Lucia, quien siempre se mostraba contenta al verle.

No volvieron a ver a la señorita Muir hasta la hora del té; por lo pronto, como parte de la familia se había retirado, almorzaron temprano y no tuvieron compañía. La institutriz excusó su presencia en la comida, pero bajó por la tarde un poco más pálida de lo habitual y con una ligera cojera al andar. *Sir John* se encontraba en la sala hablando con su sobrino, y ambos se limitaron a reconocer su presencia con la clase de reverencia que los caballeros dedican a las institutrices. Mientras se dirigía lentamente a ocupar su lugar, situado tras la tetera, Coventry le dijo a su hermano:

—Acércale un escabel y pregúntale cómo se encuentra, Ned.

Y, entonces, como si creyera necesario dar cuenta de su cortesía a su tío, le explicó que él había sido la causa del accidente.

—Sí, sí, lo entiendo perfectamente. Imagino que es una persona bastante agradable. No es exactamente una belleza, sino una mujer culta y bien educada, lo cual es infinitamente mejor para alguien de su clase.

—¿Un poco de té, *sir John*? —dijo una suave voz a su espalda, y allí estaba la señorita Muir, ofreciendo tazas a los caballeros.

—Gracias, gracias —respondió *sir John*, esperando sinceramente que ella le hubiera escuchado.

Mientras Coventry tomaba la suya, dijo con amabilidad:

—Es usted muy indulgente, señorita Muir, por servirme después de haberle causado tanto daño.

—Es mi deber, señor —fue su respuesta, en un tono que claramente quería decir: «pero no mi placer».

Y regresó a su sitio para sonreír, charlar y ser encantadora con Bella y su hermano.

Lucia, revoloteando junto a su tío y Gerald, los retuvo a su lado, pero se sintió disgustada al ver que sus ojos a menudo vagaban hacia el alegre grupo en torno a la mesa, y que su interés en ella parecía distraerse por las frecuentes carcajadas y fragmentos de conversaciones animadas que les llegaban. En medio de un relato sobre un trágico suceso que trató de contar de la forma más interesante y patética posible, *sir John* estalló en una risa sincera, traicionando el hecho de que había estado escuchando una historia más animada que la suya. Muy molesta, exclamó precipitadamente:

—¡Sabía que pasaría esto! Bella no tiene la menor idea de cómo tratar a una institutriz. Tanto Ned como ella olvidan la diferencia de rango y arruinarán a esa persona para su trabajo. Ella ya es presuntuosa de por sí, y si mi tía no se molesta en advertirla a tiempo, lo haré yo.

—Espera a que termine esa historia, te lo ruego —replicó Coventry, porque *sir John* ya se había ido.

—Si encuentras esa tontería tan entretenida, ¿por qué no sigues el ejemplo del tío? No te necesito.

—Gracias. Lo haré.

Y Lucia se quedó sola.

Pero la señorita Muir ya había terminado y, haciendo un gesto a Bella, abandonó la sala, aparentemente inconsciente del honor que se le confería o del aburrimiento que dejaba tras ella. Ned se acercó a su madre, Gerald regresó para hacer las paces con Lucia y *sir John* volvió a casa, no sin antes desearles buenas noches. Cuando atravesaba la terraza, se acercó a la ventana iluminada del estudio de Bella y, deseando despedirse, apartó un poco la cortina y miró hacia adentro. Pudo ver una escenita muy agradable. Bella trabajaba muy concentrada y, cerca de ella, en una silla baja, con la luz cayendo sobre su cabello rubio y su delicado perfil, se acomodaba la señorita Muir leyendo en voz alta... «¡Novelas!», pensó *sir John*, y sonrió al considerarlas un par de románticas. Pero haciendo una pausa para escuchar un momento antes de pronunciar palabra, descubrió que no se trataba de una novela, sino de una narración histórica leída con una fluidez que volvía cada hecho interesante, y cada esbozo de un personaje algo memorable, por el efecto dramático que otorgaba a su lectura. *Sir John* era muy aficionado a la historia, y la falta de visión a menudo le privaba de su diversión favorita. Había probado varios lectores, pero ninguno le convenció, por lo que había abandonado el plan. Ahora, mientras escuchaba, pensó cuán placenteramente disiparía sus tardes esa voz que fluía con tanta suavidad, y envidió a Bella por su nueva adquisición.

Sonó una campana, y Bella se levantó diciendo:

—Espéreme un momento. Debo ir a ver a mamá, y luego seguiremos con ese encantador príncipe.

La niña se marchó, y *sir John* estaba a punto de retirarse tan silenciosamente como había llegado cuando el peculiar comportamiento de la señorita Muir lo atrapó por un instante. Dejando caer el libro, arrojó sus brazos sobre la mesa, apoyó su cabeza sobre ellos y rompió en un mar de lágrimas, como si no hubiera podido soportar la contención por más tiempo. *Sir John* se escabulló, sorprendido y asombrado, pero el bondadoso caballero se pasó toda la noche haciendo conjeturas sobre la interesante y joven institutriz de su sobrina, sin albergar la menor sospecha de que eso era precisamente lo que ella pretendía.

### III

## PASIÓN Y RESENTIMIENTO

**D**urante varias semanas, la tranquilidad más monótona pareció reinar en Coventry House y, sin embargo, de un modo insospechado e imperceptible, se avecinaba una tormenta. La llegada de la señorita Muir pareció producir un cambio en todos, aunque nadie podría explicar la razón ni de qué modo. Sus modales no podían ser más modestos o retraídos. Se dedicaba por completo a Bella, que no tardó en adorarla y solo era feliz cuando estaba en su compañía. Procuraba en todo momento la comodidad de la señora Coventry, y la dama aseveró que jamás había conocido a una enfermera más atenta. También entretenía, interesaba y se había ganado a Edward con su ingenio y simpatía femenina. Consiguió que Lucia la respetara y envidiara por sus logros, y despertó al indolente Gerald a fuerza de evitarle constantemente, mientras *sir* John quedó encantado con su respetuosa deferencia y las pequeñas y elegantes atenciones que le prestaba de una manera franca e ingeniosa, muy apreciada por el solitario anciano. Los propios criados la adoraban y, en lugar de tratarla como es habitual en la mayoría de los casos, pues las institutrices se convierten en criaturas desamparadas entre clases altas y bajas, Jean Muir se convirtió en la alegría de la casa, y en la amiga de todos sus inquilinos a excepción de dos de ellos.

A Lucia no le agradaba, y Coventry desconfiaba de ella; ninguno de los dos podía decir exactamente por qué, y ninguno de los dos reconocía ese sentimiento, ni siquiera ante sí mismos. Ambos la observaban a hurtadillas, pero no encontraban falta alguna en ella. Dócil, modesta, leal e invariablemente de temperamento dulce, no podían afearle nada y se sorprendían de sus propias dudas, aunque no podían desterrarlas.

Pronto se hizo evidente que la familia estaba dividida, o más bien que dos de sus miembros se quedaban muy solos. Alegando timidez, Jean Muir pasaba mucho tiempo en el estudio de Bella, y pronto lo convirtió en un rincón tan agradable que Ned y su madre, y a menudo *sir* John, acudían a disfrutar de la música, la lectura o la alegre charla que hacía tan animadas las noches. Al principio Lucia se alegró de tener a su primo para ella sola, y él a su vez era demasiado perezoso para preocuparse por lo que pasaba a su alrededor. Pero pronto se cansó de su compañía, pues no era una muchacha brillante y poseía pocas de esas encantadoras artes que cautivan a un hombre y le roban su corazón. Los rumores sobre las alegres celebraciones que se sucedían comenzaron a llegarle, y empezó a sentir curiosidad por compartirlas; sonaban por toda la casa los ecos de buena música mientras él se acurrucaba en el

salón vacío; y se oían las carcajadas mientras él escuchaba las sobrias disertaciones de Lucia.

La joven descubrió pronto que su compañía había perdido todo encanto, y cuanto más ansiosamente intentaba complacerlo, más inútiles resultaban sus esfuerzos. No pasó mucho tiempo antes de que Coventry adoptara el hábito de salir a deambular por la terraza al anochecer y entretenerse pasando y volviendo a pasar junto a la ventana de la habitación de Bella, vislumbrando lo que estaba sucediendo en su interior y reportando el resultado de sus observaciones a Lucia, quien era demasiado orgullosa para pedir que la admitieran en ese círculo feliz o incluso para aparentar que lo deseaba.

—Mañana iré a Londres, Lucia —dijo Gerald una tarde, cuando regresó de lo que llamó «una entrevista» con aspecto muy molesto.

—¿A Londres? —preguntó sorprendida su prima.

—Sí, tengo que ir a conseguirle a Ned su nombramiento, o todo acabará para él.

—¿Qué quieres decir?

—Se está enamorando tan rápido como solo un muchacho puede hacerlo. Esa joven lo ha embrujado y se pondrá en ridículo muy pronto, a menos que yo lo detenga.

—Temía que ella intentara un coqueteo. Estas personas siempre lo hacen, son una casta que termina haciendo diabluras.

—Ah, estás muy equivocada en lo que concierne a la pequeña Muir. Ella no flirtea, y Ned tiene demasiado espíritu y sentido común como para ser atrapado por una tonta coqueta. La joven lo trata como una hermana mayor, y combina la más agradable amabilidad con una discreta dignidad que cautiva al muchacho. Les he estado observando, y ahí está él, devorándola con los ojos, mientras ella lee una novela fascinante con el tono de voz más delicioso. Bella y mamá se quedan absortas en la historia y no ven más allá, pero Ned se convierte en el héroe, la señorita Muir en la heroína, y vive la escena de amor con todo el ardor de un hombre cuyo corazón acaba de despertarse. ¡Pobre muchacho! ¡Pobre muchacho!



Lucia miró a su primo, asombrada por la energía con la que hablaba y la ansiedad que reflejaba su rostro normalmente apático. El cambio se hacía más patente en él pues mostraba cómo podía llegar a comportarse, haciendo que uno lamentara aún más

su actitud habitual. Antes de que la joven pudiese hablar, él se había ido de nuevo; regresó de inmediato, riendo, aunque parecía algo enfadado.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

—El proverbio «los que espían nunca escuchan nada bueno de sí mismos» es muy cierto. Me detuve un momento para observar a Ned, y escuché los siguientes comentarios halagüeños. Mamá ya se ha ido, y Ned le estaba pidiendo a la pequeña Muir que cantara esa deliciosa barcarola<sup>[6]</sup> con la que nos obsequió la otra noche:

»«No ahora, aquí no», dijo ella.

»«¿Por qué no? La cantaba en el salón con suma facilidad», replicó Ned implorante.

»«Eso es algo muy distinto», y ella le miró negando con la cabeza, porque él cruzaba sus manos de un modo patéticamente apasionado.

»«Vaya a cantarla allí, entonces», dijo la inocente Bella. «A Gerald le gusta mucho su voz, y se queja de que nunca le canta».

»«Nunca me lo pide», respondió Muir, con una extraña sonrisa.

»«Es demasiado indolente, pero le agrada oírla».

»«Cuando me lo pida, cantaré si me apetece». Y se encogió de hombros con un gesto de indiferencia.

»«Pero le divierte, y se aburre tanto ahí abajo», comenzó la *tontita* Bella. «No sea tímida ni orgullosa, Jean, vaya a entretener al pobre chico».

»«No, gracias. Me comprometí a enseñar a la señorita Coventry, no a entretener al señor Coventry», fue toda la respuesta que obtuvo la niña.

»«Usted suele divertir a Ned, ¿por qué no a Gerald? ¿Le tiene miedo?», preguntó Bella.

»Luego la señorita Muir se echó a reír, con una risa muy despreciativa, y dijo con ese peculiar tono suyo: «No puedo imaginar que nadie tenga *miedo* de su hermano mayor, Bella».

»«Yo sí, y muy a menudo. Y usted también lo tendría si alguna vez le viera enojado», y Bella parecía como si la hubiera vencido.

»«¿Alguna vez se despierta lo suficiente como para estar enojado?», preguntó esa joven con aire de sorpresa. Aquí Ned estalló en un ataque de risa, y creo, por el sonido que nos llega, que aún duran las carcajadas.

—Sus estúpidos chismes no merecen la pena, pero ciertamente apartaría a Ned. Es inútil tratar de deshacerse de «esa joven», como dices, porque mi tía está tan engañada con ella como Ned y Bella, y realmente se lleva muy bien con la niña. Despacha a Ned, y entonces ella no causará daño alguno —sugirió Lucia mientras observaba el alterado rostro de Coventry, quien permanecía de pie a la luz de la luna, justo en el exterior de la ventana donde ella se hallaba sentada.

—¿No te da miedo por mí? —inquirió sonriendo, como avergonzado de su momentánea petulancia.

—No, ¿lo tienes tú?

Y una sombra de ansiedad cruzó su semblante.

—Desafío a la bruja escocesa a que me captive... salvo con su música —añadió, paseando de nuevo por la terraza, pues Jean cantaba como un ruiseñor.

Cuando ella hubo concluido la canción, Coventry descorrió la cortina y dijo de forma abrupta:

—¿Alguien tiene algún encargo para Londres? Me voy mañana.

—Que tengas buen viaje —dijo Ned despreocupadamente, aunque por lo general los movimientos de su hermano le interesaban mucho.

—Quiero muchas cosas, pero primero debo consultarle a mamá —y Bella comenzó a hacer un listado.

—¿Puedo molestarle con una carta, señor Coventry?

Jean Muir se dio media vuelta en su banqueta de música y le observó con la fría e incisiva mirada que siempre le desconcertaba.

Él asintió, diciendo, como refiriéndose a todos ellos:

—Me iré en el primer tren, así que debéis hacerme vuestros encargos esta misma noche.

—Entonces ven, Ned, y deja que Jean escriba su carta.

Y Bella se llevó a su reacio hermano de la estancia.

—Le entregaré la carta por la mañana —señaló la señorita Muir, con un extraño temblor en su voz y la mirada de alguien que apenas consigue reprimir una intensa emoción.

—Como guste.

Y Coventry regresó con Lucia, preguntándose a quién escribiría la señorita Muir. No reveló nada a su hermano sobre el propósito que le llevaba a la ciudad, para que una palabra no produjera la catástrofe que esperaba evitar; y Ned, que ahora vivía en una especie de ensueño, pareció olvidar por completo la existencia de Gerald.

Con una energía inusitada, Coventry se levantó a las siete de la mañana siguiente. Lucia le sirvió el desayuno y, mientras salía de la sala para pedir el carruaje, la señorita Muir bajó arrastrándose, muy pálida y ojerosa —fruto de una noche en vela y llorando, pensó Coventry— y, poniendo una delicada cartita en su mano, le dijo apresuradamente:

—Por favor, deje esta carta en casa de *lady* Sydney y, si la ve, dígale que me he acordado.

Su peculiar comportamiento y su mensaje le impactaron. Su mirada se fijó de manera involuntaria en la dirección de la carta y leyó el nombre del joven Sydney. Seguidamente, consciente de su error, metió la carta en el bolsillo con un apresurado «Buenos días», y dejó a la señorita Muir de pie con una mano presionada sobre su corazón y la otra medio extendida, como si quisiera recuperar la carta.

Durante todo el viaje a Londres, Coventry no pudo olvidar la expresión casi trágica del rostro de la joven, que le atormentó durante el bullicio de dos días muy ajetreados.

El asunto de Ned fue puesto rápidamente en vías de solución, los encargos de Bella fueron ejecutados, aprovisionó las exquisiteces para la mascota de su madre y compró un regalo para Lucia, a quien la familia consideraba su futura esposa, pues él era demasiado perezoso para elegir por sí mismo.

No pudo, no obstante, entregar la carta de Jean Muir, pues *lady* Sydney se hallaba en la campiña y su residencia en la ciudad permanecía cerrada. Sintiendo una gran curiosidad por ver cómo recibiría sus noticias, entró discretamente en la mansión a su llegada a la casa. Todos habían ido a cambiarse para la cena excepto la señorita Muir, que se encontraba en el jardín, según le dijo una criada.

—Muy bien, tengo un mensaje para ella.

Y, volviéndose, el «joven amo», como le llamaban, fue a buscarla. La encontró sentada a solas en un rincón apartado, sumida en sus pensamientos. Cuando la alertaron sus pasos, la joven le dirigió una mirada de sorpresa, seguida de otra de satisfacción e, incorporándose, le hizo una seña con un gesto que denotaba ansiedad. Sorprendido, se acercó a ella y le ofreció la carta, diciendo amablemente:

—Lamento mucho no haber podido entregarla. *Lady* Sydney se encuentra en el campo, y no me pareció bien enviarla sin su permiso. ¿Hice lo correcto?

—Muy bien, muchas gracias; es mejor así.

Y con una expresión de alivio, rompió la carta en pedazos y los esparció al viento.

Más sorprendido que nunca, el joven estaba a punto de retirarse cuando ella le dijo, con una mezcla de súplica y orden:

—Por favor, quédese un momento. Quiero hablar con usted.

Se detuvo mirándola con visible sorpresa, pues un repentino color tiñó sus mejillas, y sus labios temblaron. La escena duró solo un instante, y luego recuperó el dominio de sí misma. Instándole a ocupar el asiento que ella había dejado, permaneció de pie mientras decía, en un susurro rápido, lleno de dolor y determinación:

—Señor Coventry, como dueño de la casa, quiero hablarle a usted, y no a su madre, de un lamentable asunto que ha tenido lugar durante su ausencia. Mi mes de prueba termina hoy; su madre desea que me quede; yo también lo deseo sinceramente, pues soy muy feliz aquí, pero no debería. Lea esto, y lo entenderá.

Ella puso en su mano una nota escrita apresuradamente y le observó con atención mientras la leía. Le vio sonrojarse de ira, morderse los labios y fruncir el ceño, y luego adoptar una mirada arrogante, mientras levantaba los ojos y decía en su tono más sarcástico:

—Muy buena para ser un principiante. El chico tiene elocuencia. Lástima que se desperdicie. ¿Puedo preguntarle si ha respondido a esta rapsodia?

—Lo he hecho.

—¿Y qué sigue? Le ruega que «huya con él, que comparta su fortuna y que sea el bondadoso ángel de su vida». Y, por supuesto, usted ha consentido.

No hubo respuesta, dado que, erguida ante él, la señorita Muir le miraba con una expresión de orgullosa paciencia, como alguien que espera reproches pero es demasiado generoso para resentirse por ello. Su actitud surtió efecto. Abandonando su tono amargo, Coventry preguntó brevemente:

—¿Por qué me muestra esto? ¿Qué puedo hacer yo?

—Se lo muestro para que vea cuán en serio parecer ir «el chico» y cuán franca quiero ser yo. Puede contener, aconsejar y consolar a su hermano, y ayudarme a mí a saber cuál es mi deber.

—¿Le ama? —preguntó Coventry con brusquedad.

—¡No! —fue su rápida y decidida respuesta.

—Entonces, ¿por qué ha provocado que él la amara?

—Nunca fue mi intención hacerlo. Su hermana atestiguará que me he esforzado por evitarle tanto como...

Y él terminó la frase con un inconsciente tono de resentimiento.

—... como me ha evitado a mí.

Ella asintió en silencio, y él continuó:

—Le haré justicia señalando que nada puede ser más intachable que su conducta hacia mí; pero, ¿por qué ha permitido que Ned la persiga noche tras noche? ¿Qué esperaba de un muchacho romántico que no tenía más ocupación que perder la cabeza por la primera mujer atractiva que conoce?

Un resplandor momentáneo brilló en los ojos azul acero de Jean Muir cuando esas últimas palabras salieron de los labios del joven; pero el brillo desapareció en un instante, y su voz se llenó de reproches al replicar de un modo firme e impulsivo:

—Si al «muchacho romántico» se le hubiera permitido llevar la vida de un hombre, tal y como él anhelaba, no habría tenido tiempo de perder la cabeza por la primera joven triste a la que compadece. Señor Coventry, la falta es suya. No culpe a su hermano; debe asumir su error generosamente y enmendarlo de la manera más rápida y amable posible.

Por un instante Gerald se quedó mudo. Desde la muerte de su padre, nadie le había reprendido de ese modo; rara vez en su vida se le había culpado de algo. Fue una experiencia nueva, y la misma novedad aumentó su electo. Reconoció su falta, se arrepintió y admiró la valiente sinceridad de la muchacha al hablarle. Pero no sabía cómo lidiar con el caso, y se vio obligado a confesar no solo su negligencia pasada, sino su incapacidad presente. Era tan honorable como orgulloso y, haciendo un esfuerzo, dijo con franqueza:

—Tiene usted razón, señorita Muir. Yo tengo la culpa, pero en cuanto vi el peligro, traté de evitarlo. Mi visita a la ciudad fue para ocuparme de Ned; tendrá su nombramiento muy pronto, y entonces será destinado fuera de peligro. ¿Puedo hacer algo más?

—No, es demasiado tarde para verle partir con un corazón libre y feliz. Deberá afrontar su dolor como pueda, y tal vez eso le ayude a hacer de él un hombre —

respondió ella con tristeza.

—Pronto lo olvidará —comenzó Coventry, que se sintió incómodo al imaginar el sufrimiento del alegre Ned.

—Sí, gracias a Dios, para los hombres eso es posible.

La señorita Muir juntó las manos, con una expresión sombría en su rostro medio huidizo. Algo en su tono, en sus modales, conmovió a Coventry; imaginó que alguna vieja herida sangraba, que algún recuerdo amargo despertaba ante la cercanía de un nuevo amante. Él era un joven íntegro y romántico bajo toda su fría indiferencia. Esa joven, que a su entender amaba a su amigo y era amada por su hermano, se convirtió en un objeto de su interés. Se compadeció de ella, deseó ayudarla y lamentó su desconfianza en el pasado, pues un hombre caballeroso siempre lamenta la injusticia cometida sobre una mujer. Ella, un alma pobre y sin hogar, era feliz allí, y debía quedarse. Bella la adoraba, a su madre la reconfortaba, y cuando Ned se marchara, la paz del hogar no se vería amenazada por sus atractivos modales ni sus fructíferos logros. Estos pensamientos pasaron por su mente durante un instante y, cuando habló, fue para decir muy amablemente:

—Señorita Muir, le agradezco la franqueza en estas circunstancias que sin duda han sido dolorosas para usted, y haré todo lo posible para merecer la confianza que deposita en mí. Fue muy discreto y amable de su parte el hablar únicamente conmigo sobre este asunto. Esto habría preocupado mucho a mi madre, y no habría servido de nada. Hablaré con Ned, y trataré de reparar mi larga negligencia tan pronto como me sea posible. Sé que usted me ayudará, y a cambio permítame rogarle que se quede, pues él pronto se irá.

Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas, y cuando le habló suavemente no había rastro de frialdad en su voz.

—Es usted muy amable, pero es mejor que me vaya; no es prudente quedarse.

—¿Por qué no?

La joven se ruborizó de un modo hermoso, vaciló y luego habló con ese tono de voz claro y firme que era su mayor encanto:

—De haber sabido que había hijos varones en esta familia, no habría venido. *Lady Sydney* solo habló de su hermana, y cuando encontré a dos caballeros me preocupé, porque... soy tan desdichada... o, mejor dicho, algunas personas son tan amables de quererme más de lo que merezco. Pensé que podría quedarme un mes, al menos, dado que su hermano hablaba de irse y usted ya estaba prometido, pero...

—No estoy prometido.

Coventry no supo explicarse por qué había dicho tal cosa, pero las palabras brotaron de sus labios apresuradamente y no pudieron ser retiradas. Jean Muir se tomó el anuncio de un modo bastante extraño. Se encogió de hombros con un aire de extrema incomodidad, y dijo, casi con descortesía:

—Entonces debería estarlo; pronto lo estará. Pero eso no es asunto mío. La señorita Beaufort desea que me vaya, y soy demasiado orgullosa para quedarme y

convertirme en la causa de desunión de una familia feliz. No; me iré, y lo haré de inmediato.

Se volvió impetuosamente, pero el brazo de Edward la detuvo, al tiempo que le decía con ternura:

—¿Adónde irá, Jean?

Aquel tierno gesto, y el modo en que había pronunciado su nombre, parecieron robarle la serenidad y el coraje, pues, apoyándose en su enamorado, ocultó su rostro y sollozó sonoramente.

—No hagas una escena ahora, Ned, por el amor de Dios —comenzó Coventry, impaciente, mientras su hermano lo miraba con fiereza, adivinando de inmediato lo que había pasado, pues su carta aún estaba en la mano de Gerald y las últimas palabras de Jean habían llegado al oído de su pretendiente.

—¿Quién te ha dado derecho a leer eso e interferir en mis asuntos? —exigió Edward con vehemencia.

—La señorita Muir —fue la respuesta, mientras Coventry arrojaba el papel al suelo.

—Y agravas el insulto ordenándole que se marche de la casa —gritó Ned con creciente ira.

—Al contrario, le ruego que se quede.

—¿Qué demonios? ¿Y por qué?

—Porque ella es útil y feliz aquí, y no estoy dispuesto a que tu locura le prive de un hogar que le gusta.

—Te has vuelto muy considerado y devoto, pero te ruego que no te molestes. La felicidad y el hogar de Jean serán de mi incumbencia a partir de ahora.

—Mi querido muchacho, sé razonable. La cosa es imposible. La propia señorita Muir lo ve así; vino a decírmelo, a preguntarme cuál era la mejor manera de arreglar las cosas sin preocupar a madre. He estado en la ciudad para ocuparme de tus asuntos, y es posible que te vayas muy pronto.

—No tengo pretensión alguna de irme. Ese era mi mayor deseo el mes pasado, pero ahora no aceptaré nada de ti.

Edward se dio media vuelta visiblemente enojado.

—¡Esto es una locura! Ned, *debes* irte. Está todo arreglado y no puedes rehusar ahora. Lo que necesitas es un cambio, y hará de ti un hombre. Todos te extrañaremos, eso está claro, pero te servirá para ver algo de mundo, y eso es mejor para ti que quedarte aquí metiéndote en problemas.

—¿Se va, Jean? —preguntó Edward, ignorando a su hermano por completo e inclinándose sobre la muchacha, que todavía escondía su rostro y lloraba. Ella no habló, y Gerald respondió por ella.

—No, ¿por qué iba a hacerlo si tú te marchas? —replicó Coventry.

—Deseo quedarme, pero...

Jean se detuvo y levantó la vista. Sus ojos pasaron de un semblante a otro y, seguidamente, añadió con firmeza:

—Sí, debo irme, no es prudente que me quede aunque usted se haya ido.

Ninguno de los jóvenes podría explicar por qué aquella precipitada mirada les afectó como lo hizo, pero cada uno fue consciente de un deliberado deseo de oponerse al otro. De pronto, Edward sintió que su hermano amaba a la señorita Muir y se empeñó en apartarla de su camino. Gerald, por su parte, tenía una vaga idea de que la señorita Muir temía permanecer en su compañía, y anhelaba mostrarle que estaba a salvo. Ambos se sintieron enojados, y cada uno lo exteriorizó a su modo, mostrándose uno satírico y el otro violento.

—Tiene razón, Jean, este no es lugar para usted; debe permitir que la vea en un hogar más seguro antes de irme —dijo Ned con elocuencia.

—Me temo que este será un hogar particularmente seguro cuando quede libre de tu peligrosa presencia —señaló Coventry, con una irritante sonrisa de serena superioridad.

—Y yo creo que dejaré aquí a una persona más peligrosa que yo, como la pobre Lucia puede atestiguar.

—Ten cuidado con lo que dices, Ned, o me veré forzado a recordarte que soy el amo de esta casa. Deja a Lucia fuera de este desagradable asunto, por favor.

—Tú *eres* el amo de esta casa, pero no de mí ni de mis acciones, y no tienes derecho alguno a esperar obediencia o respeto, pues tampoco los inspiras. Jean, le pedí que se fugara conmigo en secreto; ahora le pido abiertamente que comparta mi fortuna. Se lo pido en presencia de mi hermano, y *espero* una respuesta.

La cogió de la mano impetuosamente lanzando una mirada desafiante hacia Coventry, que aún sonreía como si fuera un juego de niños, aunque sus ojos se encendieron y su rostro mudó en una suave y calmada ira más terrible que cualquier arrebato repentino. La señorita Muir parecía asustada; se apartó de su apasionado y joven enamorado y lanzó una mirada solícita hacia Gerald, que parecía querer reclamar su protección, aunque no se atrevió a pedirla.

—¡Hable! —gritó Edward, desesperado—. No le mire a él y responda con franqueza, con sus propios labios, ¿me ama, Jean? ¿Puede amarme?

—Ya se lo dije en una ocasión. ¿Por qué me obliga a darle de nuevo una respuesta tan dura? —dijo ella lastimosamente, rehuendo todavía sus manos y pareciendo apelar a su hermano.

—Me escribió unas pocas líneas, pero no estoy satisfecho con eso. Debe responder; he visto amor en sus ojos, lo he oído en su voz, y sé que está escondido en su corazón. Teme reconocerlo, pero no lo dude, nadie podrá separarnos... hable, Jean, y contéteme.

Ella retiró decididamente su mano, se acercó un poco más a Coventry y contestó, lenta y nítidamente, aunque sus labios temblaban y resultaba evidente que temía el efecto de sus palabras.

—Hablaré, y lo haré con sinceridad. Ha visto el amor en mi rostro; está en mi corazón, y no dudo en reconocerlo pero, como me fuerza a ser cruel, le diré que este amor no va dirigido a usted. ¿Está satisfecho?

Él la miró con ojos desesperados y extendió su mano hacia ella suplicante. La joven pareció temer un golpe, pues de pronto se aferró a Gerald con un débil llanto. El acto en sí, la expresión de miedo y el involuntario gesto protector de Coventry, fueron demasiado para Edward, ya exaltado de por sí por tan contradictorias pasiones. En un frenesí de cólera ciega, cogió un gran cuchillo de podar que había dejado allí el jardinero, y le habría asestado a su hermano un golpe fatal si este no lo hubiera interceptado con su brazo. El ataque fracasó, y otro podría haberle seguido si la señorita Muir, con un coraje y una fuerza inesperados, no hubiera arrebatado el cuchillo a Edward y lo hubiera arrojado a un pequeño estanque cercano.

Coventry se dejó caer en su asiento, pues la sangre brotaba de una profunda herida en su brazo, mostrando por su rápido flujo que había alcanzado una arteria. Edward se quedó horrorizado, pues su furia cesó al asestar el golpe, dejándole abrumado por el remordimiento y la vergüenza.

Gerald lo miró, sonrió débilmente y dijo, sin señal alguna de reproche ni enojo:

—No importa, Ned. Perdonado y olvidado. Ayúdame a llegar a la casa, y no molestes a nadie. No es grave, me atrevería a decir.

Pero sus labios se quedaron lívidos mientras hablaba, y sus fuerzas le fallaron. Edward se abalanzó para sujetarlo, y la señorita Muir, olvidando sus terrores, demostró ser una joven de habilidad y coraje poco comunes.

—¡Rápido! Recuéstelo. Deme su pañuelo y traiga un poco de agua —dijo en un tono imperioso y tranquilizador.

El pobre Ned obedeció y la observó con impaciente suspense mientras ella ataba el pañuelo firmemente alrededor del brazo, empujaba el mango de su látigo de montar por debajo y lo presionaba firmemente sobre la arteria cortada para detener el peligroso flujo de sangre.

—Creo que el doctor Scott está con su madre. Vaya a buscarlo —fue la siguiente orden; y Edward se alejó corriendo, agradecido de poder hacer algo que le ayudara a aliviar el terror que se había apoderado de él. Se ausentó unos minutos y, mientras esperaban, Coventry observó a la joven arrodillada junto a él, enjugándole la cara con una mano mientras con la otra sostenía firmemente el vendaje en su lugar. Había palidecido, pero se mostraba firme y serena, y sus ojos brillaban con un extraño fulgor mientras le miraba. En una ocasión, al advertir en él una mirada de agradecido asombro, sonrió con un gesto tranquilizador que la volvió encantadora, y dijo, en un tono suave y dulce que nunca antes le había dirigido a él:

—Tranquilo, no hay peligro. Me quedaré a su lado hasta que llegue la ayuda.

La ayuda llegó rápidamente, y las primeras palabras del médico fueron:

—¿Quién ha improvisado este torniquete?

—Ella —murmuró Coventry.

—Entonces puede darle las gracias por salvarle la vida. ¡Por Júpiter! Lo ha hecho magistralmente.

Y el viejo doctor observó a la joven con tanta admiración como curiosidad en su rostro.

—Eso no importa. Ocúpese de la herida, por favor, mientras corro a buscar vendas, sales y vino.

Aún no había terminado de hablar y la joven ya se había ido, tan rápidamente que fue en vano llamarla o retenerla. Durante su breve ausencia, Ned, arrepentido, contó lo sucedido y examinó la herida.

—Afortunadamente llevo conmigo mi maletín de instrumental —dijo el médico, extendiendo sobre el banco una larga serie de pequeños y brillantes instrumentos de tortura—. Ahora, señor Ned, venga aquí, y sostenga el brazo de esta manera mientras uno la arteria. ¡Hey! Eso no va a funcionar. No tiemble así, hombre, mire hacia otro lado y manténgalo firme.

—¡No puedo!

Y el pobre Ned se tornó lívido y timorato, no por la visión de la escena, sino por el amargo pensamiento de que había anhelado matar a su hermano.

—Yo lo sostendré.

Y una delgada mano blanca levantó el brazo desnudo y ensangrentado con tanta firmeza y determinación que Coventry suspiró aliviado, y el doctor Scott se puso a trabajar con un enfático asentimiento de aprobación.

Pronto concluyó la intervención y, mientras Edward corría a pedir a los criados que se cuidaran de alarmar a su señora, el doctor Scott guardó sus instrumentos y la señorita Muir usó las sales, el agua y el vino tan hábilmente que Gerald pudo caminar a su cuarto, apoyándose en el anciano, mientras la joven sujetaba el brazo herido, pues no podían hacer un cabestrillo en ese momento. Al entrar en la estancia, Coventry se volvió, extendió su mano izquierda y, con mucho sentimiento en sus hermosos ojos, dijo con sencillez:

—Se lo agradezco, señorita Muir.

Las pálidas mejillas de la joven se sonrojaron deliciosamente mientras estrechaba su mano y, sin mediar palabra, abandonó la habitación. Lucia y el ama de llaves acudieron con premura, y al enfermo no le faltó asistencia. Pronto se cansó de ella, y los despidió a todos excepto a Ned, que rondaba la estancia con remordimiento, luciendo como un joven y atractivo Caín y sintiéndose como un paria.

—Ven aquí, muchacho, y cuéntame todo. Cometí un error al ser tan autoritario. Perdóname, y créeme que me preocupo por tu felicidad más sinceramente que por la mía.

Estas palabras francas y amistosas cicatrizaron la brecha entre los dos hermanos y conquistaron a Ned por completo. Con sumo gusto relató sus pasajes de amor, pues ningún joven enamorado se cansa jamás de esa diversión si tiene un oyente que simpatiza con él, y Gerald se mostraba comprensivo ahora. Durante una hora

permaneció acostado escuchando pacientemente el relato de la creciente pasión de su hermano. La emoción otorgó elocuencia al narrador, y el personaje de Jean Muir fue pintado en colores brillantes. Toda su indescriptible bondad hacia quienes la rodeaban, sus fieles cuidados, su interés fraternal por Bella, sus gentiles atenciones hacia su madre, su dulce paciencia con Lucia, que claramente le mostraba animadversión y, sobre todo, su amable consejo, simpatía y respeto hacia el mismo Ned.

—Ella me convertiría en un hombre. Me infunde fuerza y coraje como nadie más puede hacerlo. Es diferente a cualquier muchacha que haya conocido; no hay sentimentalismo en ella; es sabia, amable y dulce. Dice lo que piensa, te mira directamente a los ojos, y es tan auténtica como el acero. La he tratado, la conozco, y... ¡Ah, Gerald, la amo tanto!

En ese momento el pobre muchacho apoyó el rostro entre sus manos, y suspiró tan profundamente que conmovió el corazón de su hermano.

—Por mi alma, Ned, lo siento tanto por ti; y si no hubiera obstáculo alguno de su parte, haría lo que estuviera en mi mano. Pero ella ama a Sydney, de modo que no hay nada más que puedas hacer que soportar tu destino como un hombre.

—¿Estás seguro respecto a Sydney? ¿No puede ser otra persona? —preguntó Ned, observando a su hermano con una mirada sospechosa.

Coventry le dijo todo lo que sabía y suponía sobre su amigo, sin olvidar la carta. Edward reflexionó un instante, luego pareció aliviado, y dijo con total franqueza:

—Me alegro de que sea Sydney y no tú. Puedo soportarlo mejor.

—¿Yo? —exclamó Gerald con una carcajada.

—Sí, tú. Últimamente me atormentaba el temor de que te interesaras por ella o, mejor dicho, que ella se interesara por ti.

—¡Joven tonto celoso! Nunca nos vemos y apenas hablamos, de modo que, ¿cómo podríamos avivar un tierno interés?

—¿Qué haces en esa terraza todas las noches? ¿Y por qué ella se altera cuando tu sombra empieza a ir y venir? —inquirió Edward.

—Me gusta la música y no me importa la compañía de la cantante, por eso deambulo por allí. Y esa alteración de la que hablas es fruto de tu imaginación; la señorita Muir no es una mujer que pueda sentirse alterada por la sombra de un hombre.

Y Coventry echó un vistazo a su brazo inútil.

—Gracias por decirlo, y por no referirte a ella como la «pequeña Muir», que es como sueles hacerlo últimamente. Tal vez fue mi imaginación, pero ya nunca se burla de ti, de modo que me pareció que podría haber entregado su corazón al «joven amo». Las mujeres lo hacen a menudo, ya sabes.

—Solía ridiculizarme, ¿verdad? —preguntó Coventry, sin prestar atención a la última parte del discurso de su hermano que, por otra parte, no dejaba de ser cierta.

—No exactamente, era demasiado educada para eso. Pero a veces, cuando Bella y yo bromeábamos sobre ti, añadía algo muy original o ingenioso que resultaba irresistible. Estás acostumbrado a que se burlen de ti, y no te importa, lo sé, si la broma queda entre nosotros.

—No me importa. Reíd cuanto queráis —dijo Gerald.

Aunque en realidad sí le importaba, y quería saber lo que la señorita Muir había dicho, pero era demasiado orgulloso para preguntar. Se volvió inquieto y suspiró de dolor.

—Estoy hablando demasiado, y eso no es bueno para ti. El doctor Scott dijo que debes guardar reposo. Duérmete, si puedes.

Edward abandonó la cabecera de la cama pero no la habitación, pues no dejaba que nadie ocupara su lugar. Coventry trató de dormir, fue incapaz de conseguirlo y, después de una hora dando vueltas, llamó a su hermano.

—Si se aflojara un poco el vendaje, aliviaría mi brazo y entonces podría dormir. ¿Puedes hacerlo, Ned?

—No me atrevo a tocarlo. El médico ordenó dejarlo así hasta que llegara por la mañana, y puedo estropearlo si lo intento.

—Pero te digo que está muy apretado. Mi brazo se está hinchando y el dolor es muy intenso. No puede ser bueno dejarlo así. El doctor Scott puso el vendaje muy apresuradamente y lo dejó muy apretado. Es una cuestión de sentido común —dijo Coventry impaciente.

—Llamaré a la señora Morris; ella sabrá mejor lo que podemos hacer.

Y Edward se dirigió hacia la puerta, aparentemente ansioso.

—No la avises a ella, solo armará un escándalo y me atormentará con su charla. Lo soportaré todo lo que pueda, y quizá el doctor Scott nos visite esta noche después de todo. Dijo que vendría si le era posible. Ve a cenar, Ned. Puedo llamar a Neal si necesito algo. O tal vez podré dormir si estoy solo.

Edward obedeció a regañadientes, y su hermano se quedó a solas. Poco descansó, sin embargo, pues el dolor del brazo herido se le hizo insoportable y, tomando una repentina resolución, llamó a su criado.

—Neal, ve al estudio de la señorita Coventry, y si la señorita Muir se encuentra allí, pídele que tenga la amabilidad de venir a verme. Tengo mucho dolor, y ella entiende las heridas mejor que nadie de la casa.

El criado dejó la estancia con una expresión de sorpresa dibujada en el rostro y, unos instantes después, la puerta se abrió suavemente y entró la señorita Muir. Había sido un día muy caluroso, y por primera vez se había quitado su sencillo vestido negro. Vestía enteramente de blanco sin más adorno que su hermoso cabello y, con un ramillete fragante de violetas en su cintura, lucía muy diferente de la criatura dulce y monástica que deambulaba habitualmente por la casa. Su semblante se mostraba tan alterado como su vestido, pues ahora un color suave resplandecía en sus mejillas, sus ojos sonreían tímidamente, y sus labios ya no mostraban la rígida expresión de

alguien que reprime sus emociones. Parecía una mujer dulce, amable y encantadora, y Coventry descubrió que la aburrida habitación se iluminaba de repente con su presencia. Dirigiéndose directamente a él, le dijo con sencillez y una mirada alegre y servicial muy reconfortante de contemplar:

—Me alegra que me haya mandado llamar. ¿Qué puedo hacer por usted?

Él le explicó la situación y, antes de que la queja concluyera, ella comenzó a aflojar las vendas con la determinación de alguien que entendía lo que había que hacer y tenía fe en sí mismo.

—¡Ah, qué alivio, esto es un consuelo! —exclamó Coventry, mientras ella aflojaba el último tramo apretado—. Ned temía que me desangrara si alteraba el vendaje. ¿Qué dirá el doctor?

—No lo sé ni me importa. Le diré que es un mal cirujano por apretarlo tanto y no dejar órdenes de aflojarlo si fuera necesario. Ahora arreglaré el vendaje para que sea más cómodo y así podrá dormir, pues lo necesita. ¿Me permite? ¿Puedo?

—Desearía que lo hiciera, si es posible.

Y mientras ella arreglaba hábilmente las vendas, el joven la miraba con curiosidad. Luego le preguntó:

—¿Cómo es que sabe tanto de estas cosas?

—En el hospital donde estuve ingresada cuando estaba enferma, aprendí muchas cosas que me interesaban y, cuando mejoré, solía cantar para los pacientes en ocasiones.

—¿Tiene pensado cantar para mí? —preguntó, en el tono sumiso que los hombres adoptan inconscientemente cuando están enfermos y bajo el cuidado de una mujer.

—Si prefiere que le cante en vez de leerle en voz alta en tono ensoñador... —respondió mientras hacía el último nudo.

—Sí, mucho mejor —dijo decididamente.

—Tiene fiebre. Enjugaré su frente y se sentirá más cómodo.

Se movía por la habitación con tanto sigilo que alegraba la vista y, habiendo diluido unas gotas de colonia en agua, enjugó su cara tan despreocupadamente como si fuera un niño. Su forma de proceder alivió y divirtió a Coventry en igual medida, pues mentalmente la comparó con la robusta matrona adicta a la cerveza que le había cuidado durante su última enfermedad.

«Es una mujer inteligente y amable», pensó, y se sintió muy a gusto, del mismo modo que ella se encontraba muy a gusto cuidándole.



—Ya está, ahora ya vuelve a ser usted mismo —dijo ella con una inclinación de cabeza aprobatoria al terminar, peinando los oscuros mechones de su frente con una mano fría y suave. Luego, sentándose en una butaca junto a él, comenzó a cantar mientras enrollaba ordenadamente las vendas limpias que habían quedado para la

mañana. Coventry yacía observándola a la tenue luz que resplandecía en la habitación. La joven entonaba, tan primorosamente como un pájaro, una canción de cuna ensoñadora y suave, que calmó al oyente como si de un hechizo se tratara. Al instante, levantando la mirada para ver el efecto de su canto, encontró al joven bien despierto, que la miraba con una curiosa mezcla de placer, interés y admiración.

—Cierre los ojos, señor Coventry —dijo ella, con un reprobador movimiento de cabeza y una extraña sonrisita.

Coventry se echó a reír y obedeció, pero no pudo resistir la tentación de dirigir alguna ocasional mirada furtiva, desde debajo de sus pestañas, a la delgada figura blanca acomodada en el butacón tapizado de terciopelo. Ella lo vio y frunció el ceño.

—Es muy desobediente; ¿por qué no quiere dormir?

—No puedo, prefiero escuchar. Me gustan los ruiseñores.

—Entonces no cantaré más, pero intentaré algo que nunca falla. Permítame su mano, por favor.

Sorprendido, Coventry tendió su mano y, tomándola ella entre las suyas, se sentó tras el dosel de la cama y permaneció tan muda e inmóvil como una estatua. Al principio, Coventry sonrió para sí mismo y se preguntó quién se cansaría primero. Pero pronto un sutil calor pareció brotar de las suaves palmas que encerraban las suyas, su corazón latió más rápido, su respiración se entrecortó y mil fantasías asaltaron su mente. Él, suspirando, se volvió hacia ella, y dijo adormecido:

—Esto me gusta.

Y, mientras hablaba, pareció hundirse en una suave nube que le envolvió en una atmósfera de perfecto reposo. No pudo recordar nada más, pues el sueño, profundo y sin pesadillas, se apoderó de él y, cuando despertó, la luz del día brillaba entre las cortinas, su mano reposaba solitaria sobre la colcha, y su hechicera de cabello rubio había desaparecido.

## IV

# UN DESCUBRIMIENTO

**D**urante varios días Coventry estuvo confinado en su habitación en contra de su voluntad, aunque todos hicieron lo humanamente posible para aligerar su molesto cautiverio. Su madre le mimaba, Bella cantaba, Lucia leía, Edward se mostraba abnegado, y toda la familia, con una sola excepción, parecía ansiosa por servir al joven amo. Sin embargo, Jean Muir nunca se le acercó, aunque solo ella parecía poseer el don de entretenerle. Pronto se cansó de los demás, y anheló alguna novedad; recordó el carácter juguetón de la joven y se le ocurrió que ella podría aliviar su aburrimiento. Después de algunas vacilaciones, habló descuidadamente de ella con Bella, pero no consiguió nada, pues Bella solo dijo que Jean estaba bien y muy ocupada en una encantadora tarea para sorprender a mamá. Edward se quejó de que nunca la veía, y Lucia ignoraba por completo su existencia. La única información que recibió el enfermo provino de los cotilleos de dos sirvientas mientras faenaban en la habitación contigua. Por ellas se enteró de que la señorita Beaufort había «regañado» a la institutriz por haberse presentado en la habitación del señor Coventry; que la joven se había tomado la regañina de un modo adorable y luego se había apartado cuidadosamente de los dos jóvenes caballeros, aunque resultaba evidente que el señor Ned se moría por ella.

El señor Gerald se divirtió pensando en estos chismes, y enfadó bastante a su hermana por su falta de atención.

—Gerald, ¿sabes que ha llegado el nombramiento de Ned?

—Muy interesante. Sigue leyendo, Bella.

—¡Estúpido muchacho! No has prestado atención a nada de lo que he dicho — protestó mientras dejaba el libro para repetir sus noticias.

—Me alegro por ello; ahora debemos alejarlo lo antes posible... es decir, imagino que él querrá marcharse lo antes posible.

Y Coventry despertó de su ensueño.

—No hace falta que te desdigas, lo sé todo al respecto. Creo que Ned fue muy tonto, y que la señorita Muir se ha comportado de un modo exquisito. La relación es imposible, por supuesto, pero ojalá no lo fuera, pues me agrada contemplar a los enamorados. Lucia y tú sois tan fríos que no resultáis nada interesantes.

—Me harás un favor si dejas de decir todas esas tonterías sobre Lucia y yo. No estamos prometidos, y creo que nunca lo estaremos. En cualquier caso, estoy cansado de esta historia, y desearía que tú y mamá la olvidarais, al menos por el momento.

—Oh, Gerald, sabes que mamá ha puesto su corazón en ello, que papá lo deseaba y que la pobre Lucia te quiere muchísimo. ¿Cómo puedes hablar de dejar de lado algo que nos haría tan felices a todos?

—A mí no me haría feliz, y me tomo la libertad de pensar que ese punto es de cierta importancia en el asunto. No estoy atado en modo alguno, y no pretendo estarlo hasta que me sienta preparado. Ahora hablemos de Ned.

Muy afligida y sorprendida, Bella obedeció y se centró en Edward, quien se había sometido a su destino de un modo muy inteligente y se preparaba para dejar su hogar por algunos meses. Durante una semana la casa estuvo en un estado de gran excitación por su partida, y todos menos Jean estuvieron a su disposición. Apenas veían a la joven; por las mañanas daba sus lecciones a Bella, por las tardes salía en carruaje con la señora Coventry, y casi todas las noches se dirigía a la mansión Hall para leer a *sir* John, quien encontró su deseo concedido sin saber muy bien cómo se había propiciado.

El día que Edward se marchó, bajó tras despedirse de su madre, muy pálido, pues había permanecido en la pequeña habitación de Bella con la señorita Muir todo el tiempo que su osadía le permitió.

—Adiós, querida. Sé amable con Jean —susurró mientras besaba a su hermana.

—Lo haré, lo haré —respondió Bella, con los ojos llorosos.

—Cuida de mamá y preocúpate por Lucia —indicó de nuevo, mientras acariciaba la hermosa mejilla de su prima.

—No temas nada. Les mantendré separados —susurró ella, y a Coventry no le pasó desapercibido.

Edward ofreció la mano a su hermano, diciendo con elocuencia mientras le miraba a los ojos:

—Confío en ti, Gerald.

—Cuenta con ello, Ned.

Luego el joven se marchó, y Coventry no pudo dejar de preguntarse qué habría querido decir Lucia. Unos días después lo entendió.

«Ahora que Ned se ha marchado, imagino que la pequeña Muir aparecerá», se dijo a sí mismo; pero la «pequeña Muir» no hizo acto de presencia, y pareció evitarle más cuidadosamente de lo que lo había hecho con su admirador. Si por la tarde se dirigía al salón esperando escuchar algo de música, solo encontraba allí a Lucia. Si llamaba a la puerta de Bella, siempre se producía una pausa antes de que ella le abriera y, al hacerlo, no aparecía señal alguna de la presencia de Jean a pesar de que su voz había sido audible cuando llamaba. Si se dirigía a la biblioteca, un precipitado susurro y el sonido de unos pies apresurados delataban que la estancia estaría desierta al acercarse. En el jardín, la señorita Muir nunca dejaba de evitarlo y, si por casualidad se encontraban en el pasillo o en la sala de desayuno, ella pasaba por su lado con los ojos abatidos y un saludo de lo más breve y frío. Todo aquello le molestaba profundamente y, cuanto más lo eludía ella, más deseaba él verla... por un

espíritu de contradicción, se decía a sí mismo, y no por otra razón. Le inquietaba y, sin embargo, le entretenía, y encontró una especie de placer perezoso en frustrar las pequeñas maniobras de la joven. Finalmente, su paciencia se agotó, y resolvió averiguar cuál era el significado de aquella peculiar conducta. Después de cerrar una de las puertas de la biblioteca y quitar la llave, esperó a que la señorita Muir entrara a buscar un libro para su tío. La había oído hablar de ello con Bella y sabía que ella le creía con su madre. Se sonrió para sus adentros mientras se situaba con sigilo tras la joven. La institutriz estaba de pie en una escalera, estirando una mano, y él tuvo tiempo de ver una esbelta cintura y un bonito pie antes de pronunciar palabra.

—¿Puedo ayudarla, señorita Muir?

La joven se sobresaltó, dejó caer varios libros y se sonrojó, mientras decía apresuradamente:

—No, gracias, no; puedo subir los peldaños.

—Con mi largo brazo será más fácil. Solo tengo uno operativo, y está cansado de estar ocioso, de modo que lo pongo a su servicio. ¿Qué libros necesita?

—Bien, yo... me ha sobresaltado tanto que lo olvidé.

Y Jean se echó a reír, nerviosa, mientras miraba a su alrededor como si planeara escapar.

—Le ruego me disculpe por ello. Esperaré hasta que lo recuerde, y permítame darle las gracias por el hechizado sueño que me procuró hace diez días. Aún no había tenido oportunidad de agradecerérselo, pues me ha evitado muy descaradamente.

—En realidad, no pretendo ser grosera, pero... —recobró la compostura y volvió la cara, añadiendo con una nota de dolor en su voz—. No es culpa mía, señor Coventry. Solo obedezco órdenes.

—¿Órdenes de quién? —exigió, emplazado aún de tal modo que ella no podía escapar.

—No pregunte; es alguien que tiene derecho a dar órdenes en lo referente a usted. Le aseguro que se han dado con la mejor intención, aunque a nosotros nos parezcan absurdas. No, no se enoje, ríase de ello, como hago yo, y déjeme huir, por favor.

Ella se volvió y le miró con lágrimas en los ojos, una sonrisa en los labios y una expresión combinada de tristeza y picardía que resultaba encantadora.

Gerald desfrunció el ceño, pero aún así parecía muy serio, y dijo resuelto:

—Nadie tiene derecho a dar órdenes en esta casa excepto mi madre o yo mismo. ¿Fue ella quien le ordenó que me evitara como si fuera un loco o tuviera la peste?

—Ah, no pregunte. Prometí no decirlo, y usted no querría que rompiera mi palabra, lo sé.

Y sonriendo, le miró con una expresión de alegre malicia que hacía innecesaria cualquier otra respuesta. «Es Lucia», pensó, y en ese momento sintió un profundo desagrado hacia su prima. La señorita Muir se movió como si fuera a bajar la escalera, pero él la detuvo, diciendo con solemnidad, pero con una sonrisa:

—¿Usted me considera el amo aquí?

—Sí —respondió ella con una entonación dulce y sumisa que denotaba el respeto, la consideración y esa confianza que los hombres encuentran tan agradable cuando las mujeres la sienten y la demuestran. Inconscientemente su rostro se relajó, y alzó los ojos hacia ella con una mirada diferente a cualquiera de las que le había dedicado antes.

—Entonces, ¿aceptará obedecerme si no soy tirano o irrazonable en mis demandas?

—Lo intentaré.

—¡Bien! En ese caso permítame decirle, con total franqueza, que todo este tipo de cosas me resultan muy desagradables. Me molesta ser un obstáculo para la libertad o el bienestar de alguien, y le ruego que vaya y venga tan libremente como desee, sin preocuparse por las insensateces de Lucia. Tiene buenas intenciones, pero carece de perspicacia y de tacto. ¿Me lo promete?

—No.

—¿Por qué no?

—Tal vez es mejor así.

—Pero usted ha reconocido que son unas órdenes absurdas.

—Sí, eso parece, y aún así...

Se detuvo, pareciendo confundida y angustiada. Coventry perdió la paciencia y dijo apresuradamente:

—¡Ustedes, las mujeres, son grandes enigmas que no espero poder comprender jamás! Bueno, he hecho todo lo posible para que se sienta cómoda, pero si prefiere llevar ese tipo de vida, le ruego que lo haga.

—No *la* prefiero; me resulta odiosa. Me gusta ser yo misma, tener mi libertad y la confianza de los que me rodean. Pero no creo que sea bueno perturbar la paz de nadie, de modo que trato de obedecer. Le prometí a Bella que me quedaría, pero prefiero irme antes que tener otra escena con la señorita Beaufort o usted mismo.

La señorita Muir había estallado impetuosamente, y luego permaneció allí con un repentino fulgor en los ojos, un súbito ardor y una energía en su rostro y su tono de voz que asombraron a Coventry. Se había enojado, se sentía herida y se mostraba arrogante, y el cambio solo le añadía atractivo, pues no quedaba rastro alguno en ella de su antigua docilidad. Coventry se avivó y se sorprendió aún más cuando la señorita Muir, con un gesto con el que parecía querer apartarle, agregó altiva:

—Deme ese libro y apártese. Quiero irme.

Él obedeció, e incluso le ofreció su mano, pero ella la rechazó, bajó los peldaños con suavidad y se dirigió hacia la puerta. Allí se volvió y, con la misma voz indignada, los mismos ojos encendidos y las mejillas resplandecientes, añadió con premura:

—Sé que no tengo derecho a hablar así. Me contengo todo lo que puedo, pero cuando no puedo soportarlo más, se desata mi verdadero yo y desafío todo. Estoy cansada de ser una máquina fría y serena; es imposible con una naturaleza ardiente

como la mía, y ya no lo intentaré más. No puedo evitar que la gente me ame. No quiero su amor. Solo pido que me dejen en paz, y no consigo entender por qué me atormentan. No soy hermosa, no tengo dinero ni posición social y, sin embargo, cada jovencito tonto confunde mi sincero interés con algo más cálido, y eso me hace sentir desdichada. Esa es mi desgracia. Piense de mí lo que quiera, pero tenga cuidado, porque puedo hacerle daño incluso en contra de mi voluntad.

Había hablado casi con fiereza y, con un gesto de advertencia, salió corriendo de la estancia, dejando al joven sintiéndose como si un repentino trueno hubiese barrido la casa. Permaneció durante varios minutos acomodado en la silla que ella había abandonado, pensando profundamente. De pronto se levantó, fue a ver a su hermana y le dijo, en su acostumbrado tono de indolente bondad:

—Bella, ¿verdad que Ned te pidió que fueras amable con la señorita Muir?

—Sí, y trato de serlo, pero últimamente está muy rara.

—¿Rara? ¿Qué quieres decir?

—O está calmada y fría como una estatua, o inquieta y rara; sé que llora por las noches, y suspira con tristeza cuando cree que no la oigo. Le pasa algo.

—Tal vez se angustia por Ned —comenzó Coventry.

—Oh, querido, no; es un gran alivio para ella que se haya ido. Me temo que le gusta mucho alguien, y que esa persona no la quiere a ella. ¿Puede ser el señor Sydney?

—Ella le llamó «tonto con título» en una ocasión, pero tal vez eso no significa nada. ¿Alguna vez le has preguntado por él? —preguntó Coventry, sintiéndose bastante avergonzado por su curiosidad, pero incapaz de resistir la tentación de interrogar a la ingenua Bella.

—Sí, pero ella se limitó a mirarme de manera trágica, y a decir lastimosamente: «Mi pequeña amiga, espero que nunca le toque vivir las situaciones que yo he vivido, y que mantenga su paz intacta toda su vida». Después de eso, no me atreví a preguntar nada más. La quiero mucho, quiero que sea feliz, pero no sé cómo hacerlo. ¿Se te ocurre algo?

—Iba a proponerte que la convencieras para que pase más tiempo con nosotros, ahora que Ned se ha ido. Debe resultar muy aburrido para ella, que se siente tan deprimida y sola. Estoy seguro de que para mí lo sería. Es una persona muy divertida, y me gusta mucho su música. También sería bueno para mamá entretenerse por las noches, de modo que apresúrate y ve a ver lo que puedes hacer por el bienestar de la familia.

—Todo eso resulta muy encantador, y ya se lo he propuesto en más de una ocasión, pero Lucia estropea todos mis planes. Teme que sigas el ejemplo de Ned, aunque eso sea una estupidez.

—Lucia es una... no, no voy a decir tonta, porque tiene suficiente sentido común cuando lo desea; pero me gustaría que acordaras estas cosas con mamá, y en ese caso Lucia no podría hacer nada más que acatarlas —dijo Gerald enojado.

—Lo intentaré, pero ya sabes que suele ir a leerle al tío, y como ha tenido gota, se queda hasta más tarde, de modo que apenas la veo por las noches. Allí se dirige ahora. Creo que cautivará al anciano como hizo con el joven; es tan abnegada.

Coventry observó su esbelta figura negra desapareciendo por el gran pórtico, y un incómodo pensamiento se apoderó de él, alentado por las descuidadas palabras de Bella. Salió a dar un paseo y, después de eludir a su prima, que parecía buscarle, viró hacia la mansión Hall, diciéndose a sí mismo: «Averiguaré qué está pasando aquí arriba. Esas cosas suceden. El tío es una persona muy simple y, si la joven es ambiciosa, podría hacer con él lo que quisiera».

Un criado llegó corriendo tras él y le entregó una carta, que él metió en su bolsillo sin reparar en ella. Cuando llegó a la mansión, se dirigió sigilosamente al estudio de su tío. La puerta estaba entreabierta y, atisbando en su interior, vio una escena de apacible confort muy agradable de observar. *Sir John* se acomodaba en su sillón con un pie sobre un cojín. Vestía sus atavíos habituales y, a pesar de la gota, su aspecto era el de un hombre mayor muy apuesto y bien conservado. Sonreía mientras escuchaba, y sus ojos descansaban complacidos en Jean Muir, quien permanecía acomodada a su lado leyendo con su melodiosa voz, mientras la luz del sol resplandecía sobre su cabello y el delicado tono rosado de sus mejillas. Leía bien, pero Coventry pensó que su corazón no estaba entregado a su tarea pues, en una ocasión que se detuvo, mientras *sir John* hablaba, sus ojos tenían una expresión ausente y apoyó la cabeza en su mano con un aire de paciente cansancio.

«¡Pobre jovencita! Cometí una gran injusticia; no tiene intención alguna de cautivar al anciano, sino que le entretiene por pura bondad. Parece cansada. Pondré fin a su tarea».

Y Coventry entró sin llamar.

*Sir John* lo recibió con un aire de cortés resignación, y la señorita Muir con un semblante totalmente inexpresivo.

—Madre le envía recuerdos. ¿Cómo está usted hoy, señor?

—Cómico, pero aburrido, de modo que espero que traigas a las jovencitas esta tarde para entretener al viejo caballero. La señora King ha sacado los trajes antiguos y los oropeles, como le prometí a Bella que haría, y esta noche vamos a divertirnos, como solíamos hacer cuando Ned se encontraba entre nosotros.

—Muy bien, señor, las traeré. Todos estamos tristes desde que el muchacho se fue, y un poco de alegría nos hará bien. ¿Regresa a casa ya, señorita Muir? —preguntó Coventry.

—No, prefiero que se quede hasta que me sirva el té y prepare lo demás. No hace falta que siga leyendo, querida; puede ir a entretenerse con los cuadros o lo que desee —dijo *sir John*.

Y la señorita Muir obedeció cual obediente hija, como si estuviera dichosa de poder alejarse.

—Es una joven encantadora, Gerald —comenzó *sir* John cuando Jean abandonó el salón—. Estoy muy interesado en ella, tanto por ella misma como por su madre.

—¿Su madre? ¿Qué sabe usted de su madre? —preguntó Coventry, muy sorprendido.

—Su madre era *lady* Grace Howard, quien se fugó con un pobre reverendo escocés hace veinte años. La familia la repudió, y ella vivió y murió tan misteriosamente que se sabe muy poco de ella, excepto que dejó a una niña huérfana en una pequeña pensión francesa. Esta es la joven, y es una muchacha excelente, además. Me sorprende que no lo supieras.

—A mí también, pero no suele contar nada. Es una criatura extraña y orgullosa. ¡La hija de *lady* Howard!

Coventry sintió que su interés por la institutriz de su hermana aumentaba en gran medida gracias a este hecho; pues, como todos los ingleses de alcurnia, valoraba el rango y la buena cuna más de lo que le gustaba reconocer.

—Esta pobre niña ha tenido una vida muy dura, pero tiene un carácter valiente y se abrirá camino en cualquier parte —indicó *sir* John con admiración.

—¿Sabía esto Ned? —preguntó Gerald de repente.

—No, me lo contó ayer. Estaba consultando la *Peerage*<sup>[7]</sup> y por casualidad hablé de los Howard. Ella llamó «mamá» a *lady* Grace sin darse cuenta. Luego me contó toda la historia, pues la pequeña solitaria agradeció tener a alguien como confidente.

—Eso explica su rechazo a Sydney y a Ned: sabe que es su igual y no pretende apropiarse del rango que es suyo por derecho propio. No, no es mercenaria ni ambiciosa.

—¿Qué dices? —preguntó *sir* John, pues Coventry había hablado más para sí mismo que para su tío.

—Me pregunto si *lady* Sydney estaba enterada de esto —respondió Gerald.

—No; Jean dijo que no quería que la compadecieran, de modo que no le contó nada a la madre. Creo que el hijo lo sabía, pero se trata de una cuestión delicada y no hice más preguntas.

—Le escribiré en cuanto sepa su dirección. Hemos sido tan íntimos que puedo aventurarme a hacerle algunas preguntas sobre la señorita Muir y comprobar la veracidad de su historia.

—¿Quieres decir que dudas de ella? —preguntó *sir* John enfadado.

—Le ruego me disculpe, tío, pero debo confesar que siento una instintiva desconfianza hacia esa joven. Reconozco que es injusta, pero no puedo evitarla.

—En ese caso, no me irrites expresando tus dudas en voz alta, por favor. Tengo algo de perspicacia y experiencia, y respeto y compadezco sinceramente a la señorita Muir. Esta antipatía tuya puede ser la causa de su reciente melancolía, ¿verdad, Gerald?

*Sir* John miró con recelo a su sobrino.

Ansioso por evitar la creciente tormenta, Coventry dijo apresuradamente mientras se marchaba:

—No tengo tiempo ni ganas de discutir el asunto ahora, señor, pero tendré cuidado de no ofenderle de nuevo. Le llevaré su mensaje a Bella, de modo que adiós; hasta dentro de una hora, tío.

Y Coventry atravesó el parque, pensando para sus adentros: «El anciano y querido caballero se está prendando de ella, igual que el pobre Ned. ¿Cómo diablos lo hace? Asegura ser la hija de *lady* Howard, pero nunca nos dijo nada al respecto. No alcanzo a comprenderlo».

## V

# CÓMO LO HIZO

**E**n casa encontró un grupo de jóvenes amigos que aclamaron con deleite la perspectiva de una fiesta en la mansión Hall. Una hora más tarde, el alegre grupo entró en el gran salón, donde ya se habían hecho los preparativos para una velada teatral.

El bueno de *sir* John estaba en su elemento, pues nada le hacía sentir más feliz que verse rodeado de gente joven. Varias personas fueron elegidas para la representación, y en pocos minutos se retiró el telón del primero de aquellos improvisados cuadros. Un hombre de tez morena y barba oscura yacía dormido sobre una piel de tigre, en el interior de una gran tienda de campaña. Le rodeaban varias armas y telas orientales; una antigua lámpara de plata ardía sutilmente sobre una mesa donde la fruta yacía amontonada en lujosos platos, y el vino refulgía carmesí en varias copas semivacías. Inclineda sobre el durmiente se hallaba una mujer vestida con un esplendor salvaje. Una mano retiró la manga bordada del brazo que sostenía una cimitarra; bajo su blanca túnica asomaba un delicado pie calzando una sandalia escarlata; un manto púrpura caía desde unos hombros blancos como la nieve; varios ribetes de oro ceñían su cabellera, y abundantes joyas refulgían en el pecho y ambos brazos. Miraba por encima del hombro hacia la entrada de la tienda con una mirada firme pero furtiva, tan enérgica que, por un momento, los espectadores contuvieron la respiración, como si también escucharan el rumor de unos pasos.

—¿Quién es? —susurró Lucia, pues el rostro le resultaba desconocido.

—Jean Muir —contestó Coventry, con la mirada absorta.

—¡Imposible! Ella es bajita y rubia —comenzó Lucia, pero un apresurado «¡Calla, déjame atender!» de su primo la silenció.

Por imposible que pareciera, era cierto. Se trataba de Jean Muir. La joven se había oscurecido la piel y pintado las cejas; había colocado unos rebeldes mechones negros sobre su pelo rubio, e irradiaba tal intensidad de expresión a sus ojos que estos se oscurecieron y se agrandaron hasta volverse tan fieros como los de cualquier mujer sureña. El odio más profundo y amargo se podía ver impreso en su bello rostro, la valentía resplandecía en su mirada, y la enérgica presión de la delicada mano sobre el arma que portaba traicionaba su empuje y revelaba la voluntad indomable de la mujer, al igual que la firme presión de sus diminutos pies medio ocultos por la piel de tigre.

—Oh, ¿no es espléndida? —profirió Bella en voz baja.

—Tal parece que usará bien la espada llegado el momento —señaló un espectador con admiración.

—Despidámonos de Holofernes<sup>[8]</sup>; su destino está escrito —añadió otro.

—Con esa barba parece la encarnación de Sydney.

—Parece odiarlo realmente, ¿no es cierto?

—Tal vez lo haga.

Esta última afirmación fue pronunciada por Coventry, pues las dos que la precedían sugerían una explicación para la increíble transformación de Jean. No todo se debía a su talento artístico: la intensa aversión, mezclada con una dicha salvaje al tener bajo su merced al objeto de su odio, era demasiado perfecta para ser fingida; y teniendo Coventry ciertas claves de una parte de la historia, tuvo la sensación de estar en posesión de la verdad. Sin embargo, fue solo un atisbo, pues el telón cayó antes de que hubiera podido analizar en profundidad el significado de la extraña expresión en el rostro de la joven.

—¡Horrible! ¡Me alegro de que haya terminado! —exclamó Lucia con frialdad.

—¡Magnífico! ¡Bis! ¡Bis! —gritó Gerald con entusiasmo.

Pero la escena había terminado, y ningún aplauso podía devolver a la actriz al escenario. Le siguieron dos o tres cuadros alegres y gráciles, pero Jean no participaba en ninguno, y cada uno de ellos careció del encanto que el verdadero talento otorga a las representaciones más modestas.

—Coventry, te reclaman —dijo una voz. Y para sorpresa de todos, Coventry accedió, aunque hasta ese momento siempre se había negado a participar cuando había demanda de actores apuestos.

—¿Qué papel voy a destrozar? —preguntó cuando hizo su entrada en la sala verde, donde varios jóvenes y entusiasmados caballeros se vestían y ensayaban.

—Un caballero fugitivo. Ponte este traje y no pierdas tiempo haciendo preguntas. La señorita Muir te dirá qué hacer. Ella también participa en esta escena, de modo que apenas repararán en el resto de nosotros —indicó el director en funciones, lanzando un antiguo y opulento traje hacia Coventry y retomando la pintura de un bigote en su propio rostro juvenil.

Gerald se transformó apresuradamente en un galante caballero y, cuando apareció ante las damas, se le concedió una mirada general de admiración.

—Ven y colócate; Jean ya está preparada en el escenario.

Y Bella corrió delante de Coventry, exclamando a su institutriz:

—Aquí está; luce realmente espléndido. ¿No es estupendo que intervenga?

La señorita Muir, con el atavío encantadoramente remilgado y puritano de una damisela *Roundhead*<sup>[9]</sup>, se encontraba acondicionando unos arbustos, pero se giró de repente y dejó caer la rama verde que sostenía cuando atisbó la resplandeciente figura que avanzaba hacia ella.

—¿Usted? —dijo con una mirada turbada, añadiendo en dirección a Bella—. ¿Por qué le ha pedido que actúe? Le rogué que no lo hiciera, señorita.

—Es el único hombre apuesto y, si se lo propone, también el mejor actor. No suele participar, de modo que sáquele el máximo provecho posible.

Y Bella corrió a terminar de empolvase el cabello para *The Marriage à la Mode*<sup>[10]</sup>.

—Me pidieron que actuara y he aceptado. ¿Prefiere a otra persona? —preguntó Coventry, sin entender la expresión combinada de ansiedad y avidez del rostro oculto bajo el pequeño sombrero.

La expresión de la joven se transformó en una mezcla de enojo y resignación, al tiempo que decía:

—Es demasiado tarde. Por favor, arrodílese aquí, escondido detrás de los arbustos; quítese el sombrero y... permítame decirle que su aspecto es demasiado elegante para tratarse de un fugitivo.

Mientras él se arrodillaba ante Jean, ella despeinó su pelo, descolocó su chorrera de encaje, tiró sus guantes y su espada, y desabrochó la capa que colgaba de sus hombros.

—Esto está mejor; su palidez es magnífica... intente no arruinarla. Vamos a representar la escena que hay colgada en la mansión. No necesito decirle nada más. Ahora, *Roundheads*, colóquense y luego levanten el telón.

Coventry obedeció con una sonrisa; la escena representaba a dos amantes: el joven caballero arrodillado con su brazo alrededor de la cintura de la joven, quien intenta ocultarle bajo su pequeño manto, mientras él presiona su cabeza contra el pecho de ella en un éxtasis de terror, y la enamorada mira hacia atrás en dirección a los perseguidores que se acercan. Jean vaciló unos instantes y se encogió un poco cuando su mano la tocó; se sonrojó profundamente, y bajó su mirada hacia la de él. Seguidamente, al sonar la campana, se sumergió en su papel con un repentino entusiasmo. Al rodearle con un brazo cubría la figura de Coventry con su capa, mientras el otro acunó su cabeza acomodada sobre el pañuelo de muselina doblado sobre el pecho de la joven, al tiempo que ella miraba hacia atrás con tanto terror en sus ojos que más de un joven y caballeroso espectador deseó salir corriendo a rescatarla. La escena duró solo un momento, pero Coventry experimentó una nueva sensación en ese instante. Muchas mujeres le habían sonreído, pero él siempre había permanecido con el corazón frío, sereno y desinteresado, sin reparar en el poder que una mujer posee y puede utilizar para hacer feliz o desgraciado a un hombre. Ahora, mientras permanecía arrodillado con un suave brazo rodeándole, una esbelta cintura cediendo ante su tacto, y un corazón de doncella palpitando contra su mejilla, por primera vez en su vida sintió el indescriptible hechizo de la feminidad, y pudo representar el papel de ardiente amante a la perfección. Justo cuando su rostro asumía este novedoso y atractivo aspecto, el telón cayó, y fueron los clamorosos bises los que le recordaron que la señorita Muir estaba tratando de desembarazarse de su abrazo, que se había vuelto doloroso en su inconsciente presión. Se levantó sobresaltado, medio aturdido, y mostrando un aspecto que nunca había lucido antes.

—¡Bis! ¡Bis! —exclamó *sir* John. Y los jóvenes que interpretaban a los *Roundheads*, deseosos de compartir los aplausos, suplicaron que continuara la escena.

—Les ha delatado un crujido, hemos disparado y herido a la valiente joven, que ahora yace moribunda, ya sabe. Será una escena magnífica. Inténtelo, señorita Muir —dijo uno. Y con un largo suspiro, Jean obedeció.

Se alzó el telón, mostrando al amante aún de rodillas sin reparar en los captores que le sujetaban por los hombros, pues a sus pies la muchacha yacía agonizante. Su cabeza se apoyaba ahora sobre el pecho de él, y sus ojos le miraban, no enloquecidos por el miedo, sino cautivadores gracias al amor que ni siquiera la muerte podía vencer. El poder de esos tiernos ojos estremeció a Coventry con un extraño deleite, e hizo latir su corazón tan rápido como el de ella. Jean sintió como temblaban las manos del joven, vio el color refulgir en sus mejillas, supo que por fin le había turbado y, cuando se incorporó, lo hizo con una sensación de triunfo que le resultó difícil ocultar. A los demás les pareció una magnífica interpretación, y Coventry trató de verlo así, pero Lucia se reconcomía por dentro y, al caer el telón de la segunda escena, dejó su asiento para apresurarse entre bastidores, decidida a poner fin a tan peligroso juego. Varios actores felicitaban a los ficticios amantes. Jean acogió con júbilo las alabanzas, pero Coventry, muy a su pesar, delató que estaba excitado por algo más profundo que una mera vanidad gratificada.

Cuando Lucia apareció, su comportamiento adoptó su habitual indiferencia, pero no pudo apagar el fuego involuntario de sus ojos ni apartar todo rastro de emoción de su rostro, y la joven fue dolorosamente consciente de ello.

—He venido a ofrecer mi ayuda. Sin duda estará cansada, señorita Muir. ¿Puedo relevarla? —dijo Lucia apresuradamente.

—Sí, gracias. Estaré encantada de dejarle el resto a usted, y disfrutarlo desde el otro lado.

Entonces, con una dulce sonrisa, Jean se marchó y, para consternación de Lucia, Coventry la siguió.

—Te necesito a ti, Gerald; por favor, quédate —gritó.

—He hecho mi parte, no más tragedias para mí por esta noche.

Y, antes de que la joven pudiera suplicar u ordenar, él se había marchado.

No había nada que pudiera hacer; debía quedarse y cumplir con su deber, o exponer sus celos ante los agudos ojos que la rodeaban. Durante un tiempo lo soportó; pero contemplar a su primo inclinado sobre la silla que ella había dejado y charlando con la institutriz, que ahora la ocupaba, se le hizo insoportable, y envió a una niña con un mensaje para la señorita Muir.

—Por favor, la señorita Beaufort quiere que sea la reina Bess<sup>[11]</sup>, puesto que es usted la única mujer pelirroja. ¿Lo hará? —susurró la niña, en absoluto consciente de cualquier artimaña oculta en sus palabras.

—Sí, querida, aunque no soy lo suficientemente majestuosa para interpretar a Su Majestad, ni lo suficientemente hermosa —respondió Jean, mientras se levantaba con

el rostro impasible, aunque resentida por el insulto femenino.

—¿Necesitas un Essex? Estoy vestido para ello —dijo Coventry, mirando hacia la puerta con una mirada melancólica.

—No, la señorita Beaufort dijo que *usted* no viniera. No quiere que estén juntos —dijo la niña decididamente.

Jean le dedicó a Coventry una significativa mirada, se encogió de hombros y se marchó esbozando una de sus extrañas sonrisas; mientras, el joven comenzó a deambular por el vestíbulo en un curioso estado de agitación, que le hizo olvidarse de todo hasta que el animado grupo de jóvenes apareció para cenar.

—Ven, bello príncipe Charlie<sup>[12]</sup>, arrodíllate junto a mí y haz el papel de encantador amante como hiciste hace una hora. Nunca imaginé que fueras tan apasionado —dijo Bella, tomando su brazo y atrayéndolo en contra de su voluntad.

—No seas tonta, niña. ¿Dónde está... Lucia?

No supo explicarse porqué, aún teniendo el nombre de Jean en sus labios, finalmente lo sustituyó por el otro, pero notó que le poseía una repentina timidez al hablar de la joven, y aunque no la encontraba por ninguna parte, no se atrevía a preguntar por ella. Su prima apareció encantadoramente ataviada con un traje clásico, pero Gerald apenas reparó en ella y, cuando la diversión estaba en su apogeo, se escabulló para descubrir qué había sido de la señorita Muir.

La encontró a solas en el desierto salón, y se detuvo a observarla un momento antes de hablar, pues algo en su actitud y su semblante le impresionó. Se reclinaba pesadamente hacia atrás en la gran silla que se había utilizado como trono durante la representación. Aunque se había quitado la corona, aún lucía las vestiduras reales, y toda su hermosa cabellera colgaba sobre sus hombros. La excitación y el esfuerzo la hacían lucir resplandeciente, el lujoso vestido la volvía más hermosa, y un aire de lujosa indolencia convertía a la dócil institutriz en una mujer encantadora. Se apoyaba sobre los cojines de terciopelo como si estuviera acostumbrada a acomodarse sobre ellos; jugaba tan descuidadamente con las joyas que la adornaban como si hubiera nacido para usarlas; su actitud se colmaba de una negligente gracia, y la expresión de su rostro lucía mitad orgullosa, mitad pensativa, como si sus pensamientos fueran agridulces.

«Si la vieran ahora sabrían que es de buena cuna. Pobre jovencita, ¡qué carga debe suponerle a un espíritu como el suyo una vida de dependencia! Me pregunto en qué estará pensando tan intensamente».

Y Coventry se permitió otra mirada antes de hablar.

—¿Le traigo algo de cenar, señorita Muir?

—¿Cenar? —exclamó sobresaltada—. ¿Quién piensa en el cuerpo cuando el alma está...?

Se detuvo ahí, frunció el ceño y sonrió débilmente para agregar:

—No, gracias. No necesito nada salvo algunos consejos, y no me atrevo a pedírselos a nadie.

—¿Por qué no?

—Porque no tengo derecho.

—Todo el mundo tiene derecho a pedir ayuda; y muy especialmente las personas débiles a solicitar apoyo de las más fuertes. ¿Puedo ayudarla en algo? Créame, le ofrezco mis humildes servicios de todo corazón.

—¡Ah, se olvida usted! Este vestido, el esplendor que me prestan estas joyas, la libertad de esta alegre velada, el romance del papel que ha interpretado... todo eso ciega su realidad. Por un momento he dejado de ser una sirvienta, y por un momento me trata como a una igual.



Era cierto; había *olvidado* su posición. Esa mirada suave y reprobadora le conmovió, su desconfianza se derritió bajo aquel nuevo encanto, y respondió con sinceros sentimientos que delataron su semblante y su tono de voz:

—Le trato como a un igual porque *lo es*; y cuando le ofrezco ayuda, no solo se la ofrezco a la institutriz de mi hermana, sino a la hija de *lady* Howard.

—¿Quién le ha dicho eso? —preguntó ella, mientras se incorporaba.

—Mi tío. No debe reprochárselo. No diré nada, si usted no lo desea. ¿Lamenta que lo sepa?

—Sí.

—¿Por qué?

—¡Porque no deseo su compasión!

Y sus ojos relampaguearon mientras esbozaba un gesto casi desafiante.

—En ese caso, si no puedo compadecerme del duro destino que ha recaído sobre una vida inocente, ¿puedo admirar la valentía con que afronta tan adversa fortuna y conquista el mundo, ganándose el respeto y la consideración de todos los que la tratan y la honran?

La señorita Muir apartó la mirada, levantó una mano y replicó precipitadamente:

—¡No, no, eso no! No sea tan amable; destruye la única barrera que queda entre nosotros. Compórtese con la misma frialdad de siempre, olvide quién soy, déjeme seguir mi camino... ¡Déjeme seguir siendo una desconocida, sin ser compadecida ni amada!

Su voz vaciló y se quebró cuando pronunció la última palabra, e inclinó su rostro para apoyarlo sobre su mano. El discurso de la joven estremeció a Coventry, y le movió a decir, casi rudamente:

—No debe temer por mí. Lucia le podrá decir que soy tan frío como un iceberg.

—En ese caso Lucia se equivoca. Tengo la fatídica habilidad de interpretar el verdadero carácter de las personas; le conozco mejor que ella, y veo...

En ese momento se detuvo abruptamente.

—¿Qué ve? Dígamelo y demuéstreme su habilidad —dijo Gerald con entusiasmo.

Volviéndose, ella fijó sus ojos en él con una fuerza penetrante que le hizo encogerse, mientras decía pausadamente:

—Bajo su hielo veo fuego, y le aconsejo que tenga cuidado, no sea que se convierta en volcán.

Por un momento se quedó mudo, asombrado por la perspicacia de la joven, pues había sido la primera en descubrir la calidez oculta de una naturaleza demasiado orgullosa para confesar sus más tiernos impulsos, o las ambiciones que dormitaban hasta que una potente voz las despertó. La manera directa y casi severa en la que la joven le advirtió que se alejara de ella solo la hizo más atractiva a sus ojos. No había engreimiento ni arrogancia en ella; tan solo un premonitorio temor, envalentonado por los sufrimientos pasados, que la movía a ser sincera. De pronto habló impetuosamente:

—¡Tiene razón! No soy lo que parezco, y mi indolente indiferencia es solo una máscara bajo la que oculto mi verdadero yo. Podría ser tan apasionado, enérgico y ambicioso como Ned, si tuviera algún objetivo en la vida. Pero no lo tengo, de modo

que solo soy, como usted me calificó en una ocasión, alguien a quien compadecer y despreciar.

—¡Nunca dije tal cosa! —gritó Jean indignada.

—Quizás no con esas palabras; pero tuvo esa impresión, lo pensó, aunque lo expresó con más suavidad. Me lo merecía, pero ya no lo mereceré más. Estoy empezando a despertar de mi vergonzosa ociosidad, y anhelo alguna ocupación que haga de mí un hombre. ¿Por qué se va? ¿La molesto con mis confesiones? Discúlpeme. Son las primeras que he hecho... y serán las últimas.

—¡Oh, no! Me siento muy honrada por su confianza; pero, ¿es sensato y leal confesarme a *mí* sus esperanzas y propósitos? ¿No tiene la señorita Beaufort mayor derecho a ser su confidente?

Coventry se echó hacia atrás, con aspecto visiblemente molesto, pues el nombre evocaba mucho de lo que con gusto habría olvidado en la excitación novelesca de la última hora. El amor de Lucia, las palabras de despedida de Edward y sus propias reticencias, tan extrañamente olvidadas y tan difíciles de reavivar. Lo que él habría respondido quedó retenido en sus labios al vislumbrar una carta entreabierta que cayó del vestido de Jean cuando ella se marchaba. La tomó mecánicamente para devolverla y, al hacerlo, reconoció la letra de Sydney. Jean se la arrebató de las manos, y sus labios palidecieron mientras gritaba:

—¿La ha leído? ¿Qué ha visto? ¡Dígamelo, dígamelo, por su honor!

—Por mi honor, le juro que no vi nada más que una sola frase: «Por el amor que te profeso, puedes creer lo que digo». No he visto más, pues soy un caballero. Conozco la caligrafía, e imagino que puedo adivinar el significado de la carta; y como amigo de Sydney, deseo ayudarla sinceramente, si me es posible. ¿Es este el asunto sobre el que necesita consejo?

—Sí.

—Entonces déjeme dárselo.

—¡No podría sin conocer toda la historia, y me resultaría muy difícil contarla!

—Déjame adivinarla, y le ahorraré el sufrimiento de tener que explicármela. ¿Me permite?

Y Coventry esperó ansiosamente su respuesta, pues aún se sentía bajo su embrujo.

Aún sosteniendo la carta con firmeza, la joven le hizo una seña para que la siguiera, y se dirigió hacia un pequeño rincón apartado que hacía las veces de tocador e invernadero. Allí se detuvo y vaciló un instante; luego le miró con ojos confiados y le dijo con determinación:

—Lo haré; pues, por muy extraño que parezca, usted es la única persona con la que *puedo* hablar. Usted conoce a Sydney, además ha descubierto que ambos pertenecemos a la misma clase social y me ha ofrecido su ayuda. La acepto; pero ¡oh, no me crea menos femenina por ello! Recuerde lo joven que soy y lo sola que me siento, y lo mucho que confío en su sinceridad y compasión.

—Hable libremente. Ciertamente, soy su amigo.

Y Coventry se sentó a su lado, olvidándose de todo, excepto de la joven de ojos dulces que depositaba en él toda su confianza.

Jean continuó, hablando precipitadamente:

—Ya sabe que Sydney me amaba, que yo le rechacé y me marché. Pero no sabe que sus impertinencias casi me volvieron loca, que amenazó con robarme mi único tesoro, mi buen nombre, y que, presa de la desesperación, intenté quitarme la vida. Sí, por disparatado y retorcido que fuese, deseaba acabar con una vida que, en el mejor de los casos, era una carga, y que bajo su persecución se había convertido en un tormento. Esta confesión le ha sorprendido, pero lo que digo es la verdad más cierta. *Lady* Sydney puede confirmarlo, y las enfermeras del hospital confesarán que no fue una fiebre lo que me llevó allí; ahora, aunque la herida externa esté curada, mi corazón todavía sufre y arde por la vergüenza y la indignación que solo una mujer orgullosa puede sentir.

Se detuvo y se sentó con los ojos encendidos, las mejillas brillantes y ambas manos apretadas contra su pecho, como si la vieja ofensa perturbase de nuevo su espíritu. Coventry no pronunció palabra, pues la sorpresa, el enojo, la incredulidad y la admiración se mezclaron tan confusamente en su mente que se olvidó de hablar. Jean continuó con su relato:

—Ese acto insensato por mi parte le convenció de mi indomable aversión. Se marchó, y yo pensé que su tormentoso amor se curaría con mi ausencia. Pero no ha sido así, y vivo a diario con el temor constante de nuevas súplicas y una renovada persecución. Su madre me prometió que no revelaría dónde me encontraba, pero él me ha descubierto y me ha escrito. La carta que le pedí que le llevara a *lady* Sydney era una respuesta a la suya, rogándole que me dejara en paz. No la entregó, y en el fondo me alegré, pues pensé que el silencio tal vez podría apagar sus esperanzas. Todo en vano, pues su carta contiene una súplica más apasionada que nunca, y promete que jamás desistirá de sus esfuerzos hasta que otorgue a otro hombre el derecho a protegerme. *Podría* hacerlo, incluso estoy tentada a hacerlo, pero me rebelo ante semejante crueldad. Amo mi libertad, y no deseo casarme por el mandato de este hombre. ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo puedo liberarme? ¡Sea mi amigo y ayúdeme!

Ríos de lágrimas corrían por sus mejillas, los sollozos ahogaban sus palabras, y juntó sus manos implorante mientras se volvía hacia el joven abandonada al dolor, el miedo y la súplica. A Coventry le costaba mirar aquellos ojos elocuentes y responder con calma, pues carecía de experiencia en esos temas y no sabía cómo debía actuar.

«La culpa de que me sienta tan diferente es de este absurdo traje y esas tonterías románticas», pensó, sin reparar en el peligroso poder que la oscura estancia, el calor y la fragancia del verano, el recuerdo de las «tonterías románticas» y, sobre todo, la presencia de una mujer hermosa y afligida, ejercían sobre él. Su habitual autodomínio le abandonó, y solo pudo hacerse eco de las palabras que le habían causado una mayor impresión:

—¿Podría hacerlo... está tentada a hacerlo? ¿Es Ned el hombre que podría protegerla?

—No —respondió con dulzura.

—Entonces, ¿quién?

—No me pregunte. Un hombre bueno y honorable; uno que me ama de verdad y me consagraría su vida; alguien con quien en otras circunstancias habría sido muy feliz de desposarme, pero ahora...

Su voz terminó en un suspiro, y toda su hermosa cabellera cayó sobre su rostro, ocultándolo tras un brillante velo.

—¿Por qué no ahora? Sería una forma rápida y segura de poner fin a su angustia. ¿Qué se lo impide?

A pesar de sí mismo, Gerald se inclinó más cerca, tomó una de sus delicadas manos entre las suyas, y la apretó mientras hablaba con urgencia, con compasión, casi con ternura. Tras el *velo* brotó un fuerte suspiro y una breve respuesta:

—Es imposible.

—¿Por qué, Jean?

Jean se echó el pelo hacia atrás con un gesto repentino, apartó la mano y contestó, casi con fiereza:

—¡Porque no le amo! ¿Por qué me atormenta con esas preguntas? Le digo que me encuentro en una dolorosa encrucijada y no sé qué camino tomar. ¿Debo engañar al hombre bueno y asegurarme la paz al precio de la libertad y la verdad? ¿O debo desafiar a Sydney y llevar una vida de terror? Si él amenazara mi vida, no le tendría miedo alguno; pero amenaza algo que es máspreciado que la propia vida... mi buen nombre. Una expresión, una palabra puede empañarlo; una sonrisa despreciativa, un encogimiento de hombros significativo pueden hacerme más daño que cualquier golpe; no tengo amigos, soy pobre y estoy a merced de lo que pueda decir de mí. Ah, sería preferible haber muerto, ¡y así me habría ahorrado todo este amargo dolor que me ha sobrevenido ahora!

Se levantó de un salto, cruzó las manos sobre la cabeza y caminó desesperadamente por la pequeña habitación, sin llorar, pero con una expresión más trágica que las lágrimas. Coventry continuaba sintiéndose como si tomara parte en un folletín romántico pero, encontrando sumo placer en el papel que se le asignaba, se arrojó con espíritu a interpretarlo, e hizo todo lo posible por consolar a la pobre joven que tanta ayuda necesitaba. Dirigiéndose a ella, dijo, más impetuosamente de lo que el propio Ned se había mostrado jamás.

—Señorita Muir... no, mejor la llamaré Jean, si eso la reconforta; escuche, puede tener la seguridad de que no sufrirá daño alguno si puedo evitarlo. Se alarma innecesariamente. Puede indignarse usted pero, por mi vida, creo que se equivoca con Sydney. Es vehemente, lo sé, pero es un hombre demasiado honorable como para injuriarla con una palabra ligera o un acto injusto. Tal vez solo la amenazó con la

esperanza de ablandarla. Déjeme verle, o escribirle. Él es mi amigo; me escuchará, de eso estoy seguro.

—No esté tan seguro de nada. Cuando un hombre como Sydney ama y no es correspondido, nada puede controlar su obstinada voluntad. Prométame que no le verá ni le escribirá. Por mucho que le tema y le desprecie, me someteré antes que causarles más daño a usted o a su hermano. Prométamelo, señor Coventry.

El joven dudó. Ella se aferró a su brazo con un sincero ruego reflejado en su ansioso y suplicante semblante, y él no pudo resistirse.

—Se lo prometo; pero a cambio debe prometerme que me dejará prestarle toda la ayuda que me sea posible. Y, Jean, no vuelva a decir que no tiene amigos.

—¡Es usted tan amable! Que Dios le bendiga por ello. Pero no me atrevo a aceptar su amistad; ella no lo permitirá, y no tengo derecho a enturbiar su paz.

—¿Quién no lo permitirá? —preguntó él acaloradamente.

—La señorita Beaufort.

—¡Al diablo con la señorita Beaufort! —exclamó Coventry con tanta energía que Jean estalló en una risa melodiosa, a pesar de sus preocupaciones. El joven se unió a ella, y por un instante se miraron como si la última barrera que les separaba hubiera caído, y en verdad fueran amigos. De pronto Jean detuvo su risa, aunque permaneció con la sonrisa en los labios y lágrimas en sus mejillas, e hizo un gesto de advertencia. Coventry prestó atención: el sonido de unas pisadas mezcladas con risas y llamadas demostraba que les extrañaban y andaban buscándolos.

—Esa risa nos ha delatado. Quédese y reúnase con ellos. Yo no puedo.

Y Jean salió corriendo al césped. Coventry la siguió, pues la idea de enfrentarse a tantas miradas y preguntas le intimidó, y huyó como un cobarde. El sonido de las pisadas voladoras de Jean lo guio, y él la adelantó justo cuando ella se detuvo detrás de un matorral de rosas para respirar.

—¡Caballero pusilánime! Debió quedarse y cubrir mi retirada. ¡Escuche! ¡Vienen hacia aquí! ¡Escóndase! ¡Escóndase! —jadeó la joven, con una mezcla de temor y júbilo, mientras los alegres perseguidores se acercaban con premura—. Arrodílese; la luna está saliendo y el brillo de sus bordados le traicionará —susurró, mientras se encogían tras los rosales.

—Sus brazos y su cabello la delatarán. Como dice la canción, «venga a ocultarse bajo mi manta escocesa»<sup>[13]</sup>.

Y Coventry intentó que su mantón de terciopelo cubriera los blancos hombros y los rubios mechones.

—Ahora estamos interpretando nuestros papeles en la realidad. ¡Cuánto le agradecerá a Bella cuando se lo diga! —exclamó Jean mientras los ruidos se desvanecían.

—No se lo diga —susurró Coventry.

—¿Y por qué no? —preguntó ella, mirando ingenuamente el rostro que tenía tan próximo al suyo.

—¿No adivina por qué?

—Ah, es tan orgulloso que no soporta que se rían de usted.

—No es eso. Es que no quiero que le molesten las malas lenguas; ya soporta suficiente sufrimiento como para añadir eso. Ahora soy su amigo y hago todo lo que puedo para demostrarlo.

—¡Es tan amable, tan amable! ¿Cómo puedo agradecerérselo? —murmuró Jean. E involuntariamente se acurrucó más cerca bajo el mantón que les protegía a ambos.

Por unos instantes permanecieron callados, y en medio de aquel silencio se escuchó el rápido latir de dos corazones. Para ahogar el sonido, Coventry preguntó en voz baja:

—¿Tiene miedo?

—No, me gusta —respondió ella en el mismo tono; luego añadió abruptamente —: Pero, ¿por qué nos escondemos? No hay nada que temer. Se hace tarde y debo marcharme. Está arrodillado sobre mi cola. Por favor, levántese.

—¿A qué viene tanta prisa? Esta huida y esta búsqueda no hacen más que aumentar el encanto de la noche. No me levantaré todavía. ¿Quiere una rosa, Jean?

—No, no la quiero. Déjeme ir, señor Coventry, insisto. Esta locura ya ha ido demasiado lejos. Se olvida de quién es.

Habló con autoridad mientras se despojaba del mantón. Luego él se levantó de inmediato y dijo, como despertando repentinamente de un placentero sueño:

—Me olvidé de quién soy.

En ese punto, el sonido de las voces prorrumpió de nuevo sobre ellos, más cerca que antes. Señalando un camino cubierto que conducía a la casa, el joven dijo, en su tono habitualmente frío y calmado:

—Vaya por ahí; yo cubriré su retirada.

Y, volviéndose, salió al encuentro de sus alegres perseguidores.

Media hora más tarde, cuando la fiesta ya había concluido, la señorita Muir se les unió con su discreto vestido habitual. Parecía más pálida, dócil y triste de lo normal. Coventry reparó en esos detalles, aunque no la miró ni se dirigió a ella en ningún momento. Lucia también lo advirtió, y se alegró de que la peligrosa joven hubiera vuelto al lugar que le correspondía, pues ya había sufrido bastante por esa noche. Se apropió del brazo de su primo al pasear por el jardín, pero él mostraba uno de sus estados de ánimo taciturnos, y todos sus intentos de conversación fueron en vano.

La señorita Muir caminaba sola, cantando suavemente para sí misma mientras los seguía en la oscuridad. ¿Estaría Gerald tan callado porque quería escuchar su canción? Eso pensó Lucia, y sintió que su aversión hacia la institutriz se convertía rápidamente en odio.

Cuando los jóvenes amigos se fueron, y la familia se daba las buenas noches, Jean se sorprendió al ver que Coventry le ofrecía la mano, pues nunca lo había hecho antes. Aunque Lucia les observaba sin pestañear, el joven le susurró a Jean, mientras sostenía su mano:

—Aún no le he dado mi consejo.

—Gracias, ya no lo necesito. He tomado la decisión por mí misma.

—¿Puedo preguntar cuál es?

—Enfrentarme a mi enemigo.

—¡Bien! Pero, ¿qué le decidió tan repentinamente?

—El hallazgo de un amigo.

Y, con una mirada agradecida, se marchó.

## VI EN GUARDIA

**S**i me hace el favor, señor Coventry, ¿podría decirme si recibió la carta anoche? —fueron las primeras palabras que saludaron al «joven amo» al salir de su habitación a la mañana siguiente.

—¿Qué carta, Dean? No recuerdo ninguna —respondió, deteniéndose, pues algo en la actitud de la doncella le pareció peculiar.

—Llegó justo cuando se iba a la mansión Hall, señor. Benson corrió tras usted con ella, pues estaba marcada como «urgente». ¿No la recibió, señor? —preguntó la mujer, ansiosa.

—Sí, pero por mi vida que me olvidé de ella por completo hasta este momento. Está en mi otro abrigo, supongo, si no la he perdido. Esa absurda representación me hizo olvidarme de todo.

Y, hablando más para sí mismo que para la criada, Coventry se volvió para buscar la carta perdida.

Dean permaneció donde estaba, en apariencia ocupada con la disposición de las cortinas en la ventana del vestíbulo, pero mientras tanto observaba furtivamente con un aire de curiosidad inusual.

—No está, ¡ya lo imaginaba! —murmuró, mientras Coventry, impacientemente, metía su mano en un bolsillo tras otro. Pero, mientras la mujer hablaba, una expresión de asombro apareció en su rostro, pues de pronto apareció la carta.

«¡Hubiera jurado que no estaba ahí! No lo entiendo pero, o yo estoy muy confundida, o esa joven esconde algo».

Y Dean negó con la cabeza como alguien que se halla perplejo, pero no convencido.

Coventry pronunció una exclamación de satisfacción al echar un vistazo a la dirección y, parado donde estaba, abrió la carta.

*Querido C.:*

*Me voy a Baden. Ven conmigo, y así estarás fuera de peligro. Porque, si te enamoras de J.M. (y no podrás escapar si te quedas en la misma casa), sufrirás la insignificante inconveniencia de ver cómo estalla tu cabeza.*

*Atentamente, F.R. Sydney*

—¡Este hombre está loco! —exclamó Coventry, mirando la carta mientras su rostro enrojecía de furia—. ¿Por qué demonios me escribe en ese tono? Unirme a

él... ¡Ni soñarlo! Y en cuanto a la amenaza, me río de ella. ¡Pobre Jean! Este tonto testarudo parece empeñado en atormentarla. Bueno, Dean, ¿a qué estás esperando? —preguntó, como si de pronto fuera consciente de su presencia.

—Nada, señor, solo me detuve para ver si encontraba la carta. Disculpe, señor.

Ya se iba cuando Coventry le preguntó con una mirada sospechosa:

—¿Qué te hizo pensar que se había perdido? Hoy parece tener un interés poco común en mis asuntos.

—Oh, no, mi querido señor. Solo estaba un poco inquieta. Benson es muy olvidadizo, y fui yo quien lo envió tras usted, pues le vi salir por casualidad, de modo que me sentía responsable. Al estar marcada como «urgente», pensé que podría ser importante, por eso le he preguntado.

—Muy bien, Dean, puedes irte. Ya ves que todo está en orden.

—No estoy tan segura de eso —murmuró la mujer, mientras hacía una respetuosa reverencia y se marchaba, sospechando que la carta no había aparecido.

Dean era la doncella de la señorita Beaufort, una mujer seria, de mediana edad, con ojos penetrantes y un aire algo sombrío. Después de mucho tiempo al servicio de la familia, disfrutaba de todos los privilegios de una sirvienta estimada y fiel. Amaba a su joven ama con un afecto casi celoso. La cuidaba con la vigilante protección de una madre, y le molestaba cualquier intento de interferencia por parte de otros. Al principio se había compadecido de Jean Muir y le había agradado, luego desconfió de ella, y ahora la odiaba de todo corazón como la causa de la creciente indiferencia de Coventry hacia su prima. Dean conocía la profundidad de los sentimientos amorosos de Lucia y, aunque a sus ojos ningún hombre era digno de su señora, habiéndole honrado ella con su respeto, Dean se sintió obligada a quererlo, y el cambio de los últimos tiempos en su comportamiento perturbó a la criada casi tanto como lo hizo con su ama. Vigiló a Jean de cerca, causándole a esa amable criatura mucha diversión pero poca molestia, pues el lento ingenio inglés de Dean no estaba a la altura de la sutil mente de la institutriz. La noche anterior, Dean había sido enviada a la mansión Hall con disfraces y había visto algo que le preocupaba mucho. Comenzó a hablar de ello mientras desvestía a su ama, pero Lucia, que estaba de muy mal humor, le ordenó tan severamente que no se ocupara de cotilleos que la doncella no pudo contar su historia, y se vio forzada a resignarse.

«Ahora veré cómo se conduce después de lo que hizo, aunque el rostro de esa desvergonzada embaucadora nunca deja traslucir demasiado», pensó Dean, caminando por el vestíbulo y frunciendo sus negras cejas a medida que avanzaba.

—Buenos días, señora Dean. Espero que se encuentre bien a pesar de la fiesta de anoche. Usted hizo el trabajo y nosotros la diversión de la representación —dijo una alegre voz a su espalda; y, volviéndose bruscamente, se enfrentó a la señorita Muir.

Descansada y sonriente, la institutriz saludó con un aire de cordialidad que habría resultado irresistible para cualquiera menos para Dean.

—Estoy bastante bien, gracias, señorita —respondió con frialdad, mientras su aguda mirada se concentraba en la joven para vislumbrar el efecto de sus palabras—. Descansé un buen rato cuando las jóvenes damas y caballeros cenaban pues, mientras las doncellas se despejaban, yo me senté en la pequeña antesala.

—Sí, la vi, y temí que se resfriara. Me alegra que no lo hiciera. ¿Cómo está la señorita Beaufort? Tenía bastante mal aspecto anoche —respondió Jean con serenidad mientras acomodaba los pequeños volantes sobre sus delicadas muñecas.

La ingeniosa respuesta era una indirecta ante la insinuación de Dean de que se encontraba en un lugar privilegiado para haber presenciado la entrevista entre Coventry y la señorita Muir.

—Está un poco cansada, como cualquier dama tras una noche como esa. A las personas acostumbradas a *actuar* no les afecta, pero a la señorita Beaufort no le gustan tanto esas *diversiones* como a otros.

El énfasis en ciertas palabras hizo que el discurso de Dean fuera tan impertinente como deseaba. Pero Jean se limitó a sonreír y, cuando se escucharon los pasos de Coventry a sus espaldas, bajó corriendo las escaleras, diciendo dulcemente, pero con una maliciosa mirada:

—No puedo detenerme a darle las gracias ahora, no sea que el señor Coventry me dé los buenos días, y eso agrave la indisposición de la señorita Beaufort.

Los ojos de Dean relampaguearon mientras lanzaba una iracunda mirada a la joven; entonces siguió su camino, mientras murmuraba sombríamente:

—Esperaré mi momento, pero lograré que reciba su merecido.

Coventry se acomodó en la sala de desayunos con su habitual aire de apática indiferencia, pensando que ya estaba bastante recuperado de «la absurda situación de la noche anterior», pero sintiendo curiosidad por ver cómo reaccionaría Jean ante él. Asintió lánguidamente y dedicó un murmullo a los saludos de su prima, su hermana y la institutriz mientras se sentaba y tomaba su periódico.

—¿Has recibido una carta de Ned? —preguntó Bella, mirando la nota que su hermano aún sostenía en la mano.

—No —respondió brevemente.

—¿De quién entonces? Parece como si hubieras recibido malas noticias.

No hubo respuesta y, asomándose por encima del brazo de su hermano, Bella pudo atisbar el sello, y exclamó en tono decepcionado:

—Es el blasón de Sydney. Ya no me importa la nota; las cartas que se intercambian los hombres no son en absoluto interesantes.

La señorita Muir había estado alimentando en silencio a uno de los perros de Edward pero, al oír ese nombre, levantó la vista angustiada y se encontró con la mirada de Coventry, que se compadeció de ella. No se detuvo a preguntarse por qué se tomó la molestia de ocultar su confusión pero, al ver fruncirse los labios de Lucia, se dirigió de pronto a ella con evidente disgusto:

—¿Sabes que Dean se está volviendo muy impertinente? Presupone demasiadas cosas por su edad y tu benevolencia, y se olvida de cuál es su lugar.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Lucia con frialdad.

—Se entromete en mis asuntos y se cree con derecho a dar órdenes a Benson.

Entonces, Coventry contó lo sucedido con la carta y la evidente curiosidad que la doncella había demostrado por la misma.

—Pobre Dean, nadie le agradece el que te haya recordado lo que habías olvidado. La próxima vez dejará tus cartas a su suerte, y tal vez sea lo mejor, visto el mal efecto que tienen en tu temperamento, Gerald.

Lucia habló con calma, aunque sus mejillas se ruborizaron de enojo cuando se levantó y salió de la estancia. Coventry parecía muy irritado, pues en la cara de Jean detectó una leve sonrisa, entre compasiva y satírica, que le molestó más que la insinuación de su prima. Bella rompió el silencio, diciendo con un suspiro:

—¡Pobre Ned! Tengo tantas ganas de tener noticias de él. Pensé que había llegado una carta para algunos de nosotros, pues Dean dijo que ayer vio una con su letra en la mesa del vestíbulo.

—Esa mujer parece tener obsesión por inspeccionar las cartas. No lo permitiré. ¿Para quién era la carta, Bella? —dijo Coventry, dejando el periódico.

—No quiso o no pudo decírmelo, pero parecía muy enojada y me dijo que te preguntara.

—¡Qué extraño! No he recibido ninguna... —comenzó Coventry.

—Pues yo recibí una hace varios días. ¿Me hace el favor de leerla, así como mi respuesta? —y mientras hablaba, Jean colocó dos cartas frente a él.

—Por supuesto que no. Sería deshonesto leer lo que Ned escribió para que lo leyera usted en privado. Es demasiado escrupulosa para unas cosas, señorita Muir, y no lo suficiente para otras.

Y Coventry devolvió ambas cartas con un aire de seria determinación que no consiguió ocultar el interés y la sorpresa que sentía.

—Tiene razón. La nota del señor Edward debería ser sagrada, pues en ella el pobre muchacho me ha abierto su corazón. Pero le ruego que lea la mía, para que pueda comprobar que me esmero por mantener la palabra que le di. Apóyeme en esto, señor Coventry; tengo derecho a pedírselo.

Habló con tanta urgencia, y le miró con tanta melancolía, que no pudo negarse y, dirigiéndose a la ventana, leyó la carta. Resultaba evidente que se trataba de la respuesta a una petición apasionada del joven enamorado, y estaba hábilmente escrita. Mientras leía, Gerald no pudo evitar pensar: «Si esta muchacha escribe de este modo a un hombre a quien no ama, con qué grado de intensidad y pasión escribiría a alguien a quien sí amara». Y este pensamiento se repitió una y otra vez en su mente a medida que sus ojos, línea tras línea, leían con atención sabios argumentos, amables reprobaciones, buenos consejos y amistosa consideración. Aquí y allá una palabra, una frase, traicionaba lo que ella ya le había confesado, y

Coventry olvidó devolver la carta, mientras se preguntaba quién podría ser el hombre a quien Jean amaba.

El sonido de la voz de Bella le devolvió a la realidad, al decir, entre amable y petulante:

—No ponga esa cara tan triste, Jean. Estoy segura de que Ned sobrevivirá. Recuerde que dijo en una ocasión que los hombres nunca morían de amor, aunque las mujeres sí podrían hacerlo. En su única nota para mí, me habló tan maravillosamente de usted, y me suplicó que fuera tan amable con usted durante su ausencia, que trato de serlo con todo mi corazón, aunque, si se tratara de otra persona, creo que la detestaría por hacer tan infeliz a mi querido muchacho.

—Es muy amable, Bella, y a menudo pienso en marcharme para liberarla de mi presencia; pero, por muy imprudente y peligroso que sea quedarme, no tengo el valor para irme. Aquí he sido muy feliz.

Y mientras hablaba, inclinó la cabeza para acariciar al perro mientras este se acurrucaba cariñosamente a su lado.

Antes de que Bella pudiera pronunciar la mitad de las palabras de afecto que asomaban a sus labios, Coventry se acercó a ellas sin rastro de su habitual languidez en la mente y el semblante y, tendiendo la carta a Jean, dijo, con un trasfondo de profundo sentimiento en su voz del que por lo general carecía:

—Una carta correcta, femenina y elocuente, pero me temo que solo conseguirá avivar el fuego que se suponía que debía apagar. Compadezco a mi hermano más que nunca.

—¿Debería enviarla? —preguntó Jean, mirándole directamente, y dejando traslucir que confiaba totalmente en su juicio.

—Sí, no tengo ánimo para privarle de un sermón tan dulce sobre el sacrificio. ¿La envío por usted?

—Gracias, permítame un instante.

Y, con una mirada agradecida, Jean bajó los ojos. Sacó su pequeño monedero, seleccionó un penique, lo dobló en un pedazo de papel, y luego ofreció tanto la carta como la moneda a Coventry, con un aire de negocios tan perfecto que no pudo controlar una risita.

—De modo que no estará en deuda conmigo por un penique. Es usted una mujer muy orgullosa, señorita Muir.

—Lo soy; es un defecto de familia —respondió la joven, dirigiéndole una significativa mirada que pretendía recordarle sus verdaderos orígenes. Él comprendió sus sentimientos, y le agradó más por ello, pues sabía que habría hecho lo mismo si hubiera estado en su lugar. Había sido un pequeño gesto, pero si tenía efectividad, daba resultados admirables, pues le permitía una rápida percepción de su carácter y delataba la existencia de un orgullo con el que simpatizaba sinceramente. Permaneció junto a Jean unos instantes, observándola mientras quemaba la carta de Edward en el resplandor de la lámpara de alcohol situada bajo la tetera.

—¿Por qué hace eso? —preguntó de manera involuntaria.

—Porque es mi deber olvidar —respondió ella sucintamente.

—¿Puede olvidar siempre que el olvido se convierte en un deber?

—¡Ojalá pudiera! ¡Ojalá pudiera!

Habló apasionadamente, como si las palabras brotaran de sus labios contra su voluntad, al tiempo que se incorporaba con premura y salía al jardín, como si tuviera miedo de quedarse.

—Pobrecita Jean, está muy triste por algo, pero no logro descubrir qué es. Anoche la encontré llorando sobre una rosa, y ahora se escapa como si tuviera el corazón roto. Me alegra no tener clase.

—¿Qué clase de rosa? —preguntó Coventry, desde detrás de su periódico, cuando Bella se detuvo.

—Una rosa blanca preciosa. Debe pertenecer a la mansión Hall; nosotros no tenemos rosales de ese tipo. Me pregunto si Jean habrá estado a punto de casarse alguna vez, y habrá perdido a su enamorado; quizá por eso se siente triste, pues la flor podría recordarle a las rosas nupciales.

Coventry no respondió, pero sintió que mudaba de semblante al recordar la pequeña escena tras el rosal, cuando le ofreció a Jean la flor que ella se había negado a aceptar. En ese momento, para sorpresa de Bella, tiró el periódico al suelo, rompió la nota de Sydney en mil pedazos y ordenó que prepararan su caballo con una energía que sorprendió a la muchacha.

—Vaya, Gerald, ¿qué te pasa? Parece como si el espíritu inquieto de Ned se hubiese apoderado de ti. ¿Qué vas a hacer?

—Voy a trabajar —respondió inesperadamente, mientras se volvía hacia la niña con una expresión nunca vista en su hermoso rostro.

—¿Qué te ha estimulado de pronto? —preguntó Bella, cada vez más sorprendida por su comportamiento.

—Tú lo has hecho —dijo, atrayéndola hacia él.

—¿Yo? ¿Cuándo? ¿Cómo?

—¿Recuerdas que una vez dijiste que el vigor era más atractivo en un hombre que la belleza, y que nadie podría respetar a un holgazán?

—Nunca dije nada tan sensato como eso. Jean dijo algo así en una ocasión, creo recordar, pero lo olvidé. ¿Por fin estás cansado de no hacer nada, Gerald?

—Sí, descuidé mis deberes con Ned hasta que eso le metió en problemas, y ahora me lo reprocho a mí mismo. No es demasiado tarde para emprender otras tareas descuidadas, de modo que las llevaré a cabo con voluntad. No le digas nada a nadie, y no te rías de mí, Bell, porque soy muy sincero.

—Sé que lo eres, y te admiro y te quiero por ello, mi querido muchacho —afirmó Bella con entusiasmo, mientras le abrazaba por el cuello y le besaba de corazón—. ¿Qué harás primero? —preguntó ella, mientras él permanecía de pie pensativamente,

acariciando la brillante cabecita que se apoyaba en su hombro, con esa nueva expresión todavía clara y firme en su semblante.

—Voy a recorrer toda la finca, y a ocuparme de las cosas como debe hacerlo un amo; no dejaré todo el trabajo a Bent, de quien he oído muchas quejas, pero he sido demasiado ocioso para interesarme por ellas. Consultaré al tío, y me esforzaré por ser todo lo que mi padre fue en su tiempo. ¿Es esa una ambición digna, querida?

—Oh, Gerald, déjame decírselo a mamá. La hará tan feliz. Eres su favorito, y oírte decir estas cosas, verte tan parecido a nuestro querido papá, haría más por su ánimo que todos los médicos de Inglaterra.

—Espera a que tenga pruebas de que mi resolución es firme. Cuando realmente haya hecho algo, entonces sorprenderé a mamá con una muestra de mi trabajo.

—A Lucia se lo contarás, por supuesto.

—De ninguna manera. Es un pequeño secreto entre nosotros, de modo que guárdalo hasta que te dé permiso para contarlo.

—Pero Jean se dará cuenta; ella sabe todo lo que pasa, es muy rápida y sabia. ¿Te importa que lo sepa?

—No veo cómo podría evitarlo si está tan maravillosamente bien dotada. Dejémosla, y veamos lo que averigua; no me importa. Ahora debo irme —respondió, y con un beso a su hermana, y una repentina sonrisa asomando en su rostro, Coventry saltó sobre su caballo y se alejó a tal velocidad que el mozo de cuadra no pudo evitar mirarlo fijamente con asombro.

No se supo nada más de él hasta la hora de la cena, cuando llegó tan entusiasmado por su enérgica cabalgada y su ajetreada mañana que encontró alguna dificultad para adoptar su actitud habitual, y en más de una ocasión sorprendió a su familia charlando animadamente sobre algunos temas que siempre le habían parecido muy poco interesantes. Lucia se mostraba sorprendida, su madre encantada, y Bella apenas podía controlar su deseo de explicar el misterio; pero Jean se lo tomó con mucha calma, y le miró como queriendo decir: «Ya comprendo, pero pronto te cansarás de ello».

Aquello le irritó más de lo que se hubiera atrevido a confesar, y se esforzó por contradecir en silencio esa profecía.

—¿Has contestado a la carta del señor Sydney? —preguntó Bella cuando todos se dispersaron por el salón después de cenar.

—No —respondió su hermano, que caminaba de un lado a otro con pasos inquietos, en lugar de acomodarse cerca de su hermosa prima.

—Lo pregunto porque recuerdo que Ned envió un mensaje para él en mi última nota, pues pensó que tú conocerías la dirección de Sydney. Aquí está, es algo sobre un caballo. Por favor, menciónalo cuando escribas —comentó Bella dejando la nota sobre un pequeño escritorio que tenía cerca.

—Le escribiré de inmediato para zanjar la cuestión —murmuró Coventry y, tomando asiento, escribió unas cuantas líneas, cerró la carta, la selló y luego reanudó

su marcha, fijándose atentamente en las tres señoritas, cuyas expresiones eran bien distintas, mientras pasaba y volvía a pasar.

Lucia se había sentado apartada, fingiendo estar concentrada en un libro; su hermoso rostro parecía casi severo en su arrogante compostura pues, aunque le dolía el corazón, era demasiado orgullosa para reconocerlo. Bella, esa criaturita sonrosada tan inconscientemente bonita como una niña, estaba ahora tumbada en el sofá, medio dormida. La señorita Muir se acomodaba sentada en el recodo de un profundo ventanal, en una silla baja, trabajando en un bastidor de bordado con una elegante diligencia muy agradable de contemplar. Últimamente su vestimenta era más colorida, pues Bella había sido muy generosa en sus regalos, y la muselina azul pálido que fluía en ondas suaves a su alrededor le sentaba muy bien a su piel clara y a su cabellera dorada. Las trenzas habían sido sustituidas por rizos sueltos que caían de aquí y allá del abundante moño que envolvía su perfecta cabecita. Podía apreciarse la punta de un delicado pie, y el sutil y petulante gesto que de vez en cuando retiraba la manga caída permitía vislumbrar un brazo redondo y blanquecino. El gran sabueso de Ned descansaba cerca, el sol resplandecía sobre la joven filtrándose a través de las hojas de los árboles, y mientras, Jean sonreía para sí misma, al tiempo que sus diestras manos bordaban la forma de una hoja y una flor, convirtiendo la escena en un encantador retrato de todo lo que es más femenino y cautivador; un retrato sobre el que muchas miradas masculinas hubieran querido posarse.



Junto a ella había una silla vacía y, mientras Coventry iba y venía, se apoderó de él un fuerte deseo de acomodarse en ella. Estaba cansado de sus pensamientos y deseaba divertirse observando los cambios en el expresivo rostro de la joven, escuchar los diferentes tonos de su voz e intentar descubrir el hechizo que tan fuertemente le atraía a pesar de sí mismo. En más de una ocasión se desvió de su camino para satisfacer su capricho, pero la presencia de Lucia siempre le reprimía y, tras dirigirle unas palabras al perro, o echar un vistazo por la ventana, como pretexto para una pausa, reanudaba su paseo de nuevo. Algo en el rostro de su prima dejaba entrever un reproche, pero últimamente la actitud de la joven era tan antipática que no sentía deseo alguno de retomar su antigua intimidad y, ansiando demostrar que no se consideraba atado a nadie, se mantuvo distante. Era una prueba discreta del poder que cada mujer ejercía sobre aquel hombre; ambas lo percibieron instintivamente, y ambas trataron de salir victoriosas. Lucia habló en varias ocasiones tratando de mostrarse franca y afable, pero su actitud era forzada, y Coventry, después de responder cortésmente, se sumergía de nuevo en un profundo silencio. Jean no decía nada, pero hacía un llamamiento silencioso a los ojos y oídos ajenos con la bonita escena que conformaba su imagen, las piezas melódicas que cantaba dulcemente, como si olvidara que no estaba sola, y una mirada tímida de vez en cuando, entre melancólica y jovial, que resultaba más seductora que una grácil figura o una dulce voz. Cuando consiguió atormentar a Lucia y tentar a Coventry el tiempo suficiente, afirmó en silencio su supremacía de una manera que asombró a su rival, quien desconocía el secreto de su nacimiento, un dato que había contribuido en gran medida a atraer y cautivar al joven. Tras dejar caer una madeja de seda de su regazo, la contempló mientras rodaba hasta el paseante, quien la recogió y la devolvió con una presteza que añadía gracia a tan insignificante servicio. Mientras la recogía, ella dijo, de la manera franca que siempre le resultaba agradable al joven:

—Imagino que estará cansado pero, si necesita algo de actividad, puede emplear sus energías en algún propósito y poner en orden la cesta de madejas de su madre. Están muy enmarañadas, y a ella le agradecería saber que las ha ordenado usted, como solía hacer su hermano.

—Hércules en la rueda<sup>[14]</sup> —dijo alegremente Coventry, y se acomodó en la silla que tanto deseaba.

Jean colocó la cesta en las rodillas del joven y, mientras este la observaba como si le intimidase su tarea, la institutriz se echó hacia atrás, y se permitió una pequeña y sonora carcajada que resultó encantadora. Lucia se quedó muda por la sorpresa al ver a su orgulloso e indolente primo obedeciendo las órdenes de una institutriz, aparentando, además, disfrutar de ello sinceramente. Al cabo de diez minutos ya la ignoraban por completo, como si se encontrara a muchas millas de distancia, pues Jean mostraba un estado de ánimo más ingenioso y alegre y, como ahora trataba al «joven amo» como a un igual, no quedaba en ella nada de la tímida docilidad habitual. Sin embargo, a menudo bajaba la mirada, su tez mudaba de color y pícaras

ocurrencias vacilaban en sus labios, mientras Coventry, involuntariamente, contemplaba con intensidad los delicados ojos que en una ocasión habían reparado en él tan tiernamente durante la representación teatral. No podía olvidarlo y, aunque tampoco aludía a ello, el recuerdo de la noche anterior parecía acecharles a ambos y daba un encanto secreto al momento presente. Lucia soportó aquella escena todo cuanto pudo, y luego salió de la estancia con el aire de una princesa insultada; pero Coventry no la siguió, y Jean fingió no haberla visto marcharse. Bella seguía profundamente dormida y, sin darse cuenta, el joven se encontró escuchando la historia de la vida de su acompañante. Una historia triste, contada con gran habilidad, que le cautivó por completo. La cesta se resbaló de sus rodillas sin darse apenas cuenta, apartó al perro e, inclinándose hacia adelante, escuchó ansiosamente mientras la suave voz de la joven relataba todos los infortunios, la soledad y el dolor de su corta vida. En mitad de un conmovedor episodio, la institutriz se sobresaltó, se detuvo y miró fijamente, con una intencionada expresión que mudó en intenso desprecio, y luego su mirada se volvió hacia la de Coventry, mientras decía, señalando hacia la ventana que había a su espalda:

—Nos vigilan.

—¿Quién? —preguntó, incorporándose enfadado.

—Silencio, no diga nada, déjelo pasar. Estoy acostumbrada.

—Pero yo no, y no pienso tolerarlo. ¿Quién era, Jean? —inquirió acaloradamente.

Jean sonrió de manera elocuente al ver un lazo de una cinta de color rosa, que una pequeña ráfaga de viento arrastraba hacia ellos por la terraza. Coventry frunció sombríamente el ceño mientras salía por el largo ventanal, y desaparecía presuroso de la vista para escudriñar a fondo cada rincón del jardín. La institutriz se rio para sus adentros mientras le observaba y, con los ojos puestos en la ondulante cinta, se dijo en un susurro:

—Fue un contratiempo afortunado, y una feliz inspiración. Sí, mi querida señora Dean, verá que haciendo de espía tan solo conseguirá causarle problemas a su señora y a usted misma. Ya fue advertida, y ahora deberá pagar las consecuencias, incluso a pesar de cierta renuencia por mi parte a herir a una criatura tan digna como usted.

Pronto advirtió que Coventry regresaba. Jean escuchó con la respiración contenida para captar sus primeras palabras, pues no estaba solo.

—Puesto que insiste en que fue cosa suya y no de su señora, lo dejaré pasar, aunque todavía tengo mis sospechas. Dígale a la señorita Beaufort que deseo verla un momento en la biblioteca. Ahora váyase, Dean, y tenga cuidado en el futuro, si desea permanecer en mi casa.

La doncella se retiró, y el joven entró con aspecto iracundo y severo.

—Ojalá no hubiera dicho nada, pero me asusté y hablé sin pensar. Ahora está usted enfadado, y yo le he causado problemas a la pobre señorita Lucia. Perdóneme como yo la perdono a ella, y déjelo pasar. He aprendido a soportar esta vigilancia y a compadecerme de sus infundados celos —dijo Jean, con un aire de autorreprobación.

—Perdonaré el acto deshonesto, pero no puedo olvidarlo, y tengo la intención de ponerle fin a esta situación. No estoy prometido a mi prima, como ya le dije en una ocasión; pero usted, al igual que todos los demás, parece empeñada en creer que sí lo estoy. Hasta la fecha me ha importado muy poco el asunto como para tomar medidas, pero ahora demostraré más allá de toda duda que soy un hombre libre.

Mientras pronunciaba la última palabra, Coventry observó a Jean con una mirada que afectó a la muchacha extrañamente. Se puso pálida, dejó caer la labor sobre su regazo y levantó la vista hacia él con una expresión ávida e inquisitiva que, poco a poco, fue mudando en una mezcla de dolor y lástima mientras volvía la cara, murmurando en un tono de tierna tristeza:

—Pobre Lucia, ¿quién la consolará?

Por un momento, Coventry se quedó en silencio, como si sopesase algún desenlace fatídico en su mente. Cuando el suspiro de compasión de Jean llegó a su oído, él se hizo eco del mismo en su interior, medio arrepentido de su decisión; entonces, su mirada se posó en la muchacha que tenía frente a él, que parecía tan desolada en su dulce solidaridad hacia los demás, y su corazón la anheló. En sus ojos brotó un fuego repentino, un súbito ardor sustituyó a la fría severidad de su rostro, y su voz firme titubeó de repente cuando, muy seriamente, dijo en un susurro:

—Jean, he tratado de amarla, pero no puedo. ¿Debería engañarla y sentirme desgraciado para complacer a mi familia?

—Ella es hermosa y buena, y le ama con ternura; ¿no hay esperanza alguna para ella? —preguntó Jean, aún pálida pero muy serena, aunque apretaba una mano contra su corazón, como para acallar u ocultar su intenso latido.

—Ninguna —respondió Coventry.

—Pero, ¿no puede aprender a amarla? Usted tiene una voluntad fuerte, y la mayoría de los hombres no la encontrarían una tarea difícil.

—No puedo, porque me domina algo más fuerte que mi propia voluntad.

—¿Y qué es? —preguntó Jean, con sus oscuros ojos fijos en él, llenos de inocente asombro.

Gerald bajó la mirada, y dijo apresuradamente:

—No me atrevo a decírselo todavía.

—¡Perdóneme! No debería haber preguntado. No me consulte sobre este asunto, no soy la persona adecuada para aconsejarle. Solo puedo decir que creo que cualquier hombre con el corazón libre se alegraría de tener a su lado a una mujer tan hermosa como su prima.

—Mi corazón no está libre —comenzó Coventry, acercándose un paso más hacia la joven y hablando con una voz apasionada—. Jean, debo explicarme; escúcheme. No puedo amar a mi prima... porque la amo a usted.

—¡Deténgase! —exclamó Jean, y se levantó con un gesto autoritario—. No le escucharé mientras una promesa le ate a otra mujer. Recuerde los deseos de su madre, las esperanzas de Lucia, las últimas palabras de Edward, su propio orgullo, mi

humilde suerte. Se olvida de quién es, señor Coventry. Piense bien antes de hablar, sopesese el coste de este acto, y recuerde bien quién soy antes de insultarme con una pasión pasajera y una falsa promesa.

—Ya he pensado y sopesado el coste, y juro que deseo cortejarla tan humilde y honestamente como lo haría con cualquier dama de la tierra. Usted habla de mi orgullo, pero ¿me rebajo al amar a alguien que me iguala en rango? Habla de su humilde suerte, pero la pobreza no es motivo de vergüenza, y el valor con el que la soporta la hace más hermosa a mis ojos. Debería haber roto con Lucia antes de hablar, pero no pude controlarme. Mi madre la estima, Jean, y le complacerá mi felicidad. Edward me perdonará; he intentado hacer todo lo posible, pero el amor es incontenible. Dígame, Jean, ¿hay alguna esperanza para mí?

Coventry le había tomado la mano y hablaba impetuosamente, con el rostro ardiente y un tierno tono de voz, pero no obtuvo respuesta alguna, pues, mientras Jean volvía su elocuente rostro hacia él, colmado de virginal recato y tímido afecto, la figura regordeta de Dean apareció en la puerta, y su áspera voz rompió el momentáneo silencio, diciendo con severidad:

—La señorita Beaufort le espera, señor.

—Vaya, vaya de inmediato, y sea amable con ella. Hágalo por mí, Gerald —susurró Jean, pues el joven estaba como sordo y ciego a todo menos a su voz y su semblante.

Mientras ella le inclinaba la cabeza para susurrarle algo, su mejilla tocó la de él, y el joven, sin pensar en la doncella, la besó apasionadamente, musitándole:

—¡Mi pequeña Jean! Por usted puedo hacer cualquier cosa.

—La señorita Beaufort está esperando. ¿Debo decirle que acudirá, señor? —preguntó Dean, pálida y sombría de indignación.

—Sí, sí, iré. Espéreme en el jardín, Jean.

Y Coventry se fue corriendo sin ánimo para la entrevista, pero ansioso por terminar con aquella situación.

Mientras la puerta se cerraba tras él, Dean se acercó a la señorita Muir temblando de ira y, poniendo una pesada mano sobre su brazo, dijo en voz baja:

—He estado esperando esto, criatura astuta. Vi su juego e hice todo lo posible por arruinarlo, pero es demasiado rápida para mí. Cree que lo tiene, pero en eso se equivoca, pues, tan seguro como que me llamo Hester Dean, que yo lo impediré, o lo hará *sir John*.

—Aparte su mano y trátame con el debido respeto, o la echarán de esta casa. ¿Sabe quién soy? —y Jean se irguió con un aire altivo que impresionó a la doncella más profundamente que sus palabras—. Soy la hija de *lady Howard* y, si fuera mi deseo, podría ser la esposa del señor Coventry.

Dean se echó hacia atrás asombrada, aunque no del todo convencida. Siendo una sirvienta bien aleccionada, así como una mujer prudente, temía sobrepasar los límites del respeto, ir demasiado lejos, e involucrar a su señora, así como a sí misma, en

problemas. De modo que, aunque todavía dudaba de Jean, y la odiaba más que nunca, mantuvo la calma. Haciendo una reverencia, asumió su habitual aire de cortesía, y dijo mansamente:

—Perdone, señorita. Si lo hubiera sabido me habría comportado de otro modo, por supuesto, pero las institutrices comunes suelen crear tantos problemas en una casa que una no puede evitar desconfiar de ellas. No quiero entrometerme ni ser atrevida, pero como le tengo mucho cariño a mi querida señorita, naturalmente me pongo de su parte, y debo decir que el señor Coventry no ha actuado como un caballero.

—Piense lo que quiera, Dean, pero le aconsejo que hable lo menos posible si desea permanecer en esta casa. Todavía no he aceptado al señor Coventry pero, si elige dejar de lado el compromiso que su familia contrajo en su nombre, creo que le asiste todo el derecho a hacerlo. La señorita Beaufort tampoco querría casarse con él en contra de sus deseos, puesto que él solo podría compadecerla por su desdichado amor.

Y, con una sonrisa tranquila, la señorita Muir se alejó.

## VII

# LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD

**E**s seguro que se lo contará a *sir* John, ¿verdad? Entonces debo anticiparme a ella y apresurar los acontecimientos. Mejor será que lo afiance todo antes de que aceche algún peligro. Pobre Dean, no estás a mi altura pero, aun así, puedes resultar un incordio».

Estos pensamientos surcaban la mente de la señorita Muir mientras avanzaba por el pasillo. Se detuvo un instante ante la puerta de la biblioteca, pues al otro lado se escuchaba un murmullo de voces. No alcanzó a comprender ninguna palabra, y solo pudo demorarse un momento porque las fuertes pisadas de Dean la seguían de cerca. Dándose la vuelta, Jean acercó una silla a la puerta y, sin perder la sonrisa, hizo señas a la mujer y le dijo:

—Siéntese aquí y haga de perro guardián. Voy a hablar con la señorita Bella, así que puede dar una cabezada si así lo desea.

—Gracias, señorita. Esperaré a mi joven ama. Quizás me necesite cuando este duro trance haya llegado a su fin.

Y Dean tomó asiento con semblante decidido.

Jean se echó a reír y prosiguió su camino; pero sus ojos resplandecieron con una malicia repentina, y miró por encima de su hombro con una expresión que no presagiaba nada bueno para la anciana y fiel criada.

—He recibido una carta de Ned, y hay una nota muy breve para usted —exclamó Bella al tiempo que Jean se adentraba en la alcoba—. Mi carta es de lo más extraña y apresurada; no contiene ninguna noticia a excepción de su encuentro con Sydney. Espero que la suya sea mejor, o no resultará muy satisfactoria.

Mientras los labios de Bella pronunciaban el nombre de Sydney, todo vestigio de color se extinguió en el rostro de la señorita Muir, y la nota se agitó a causa del temblor de su mano. Sus propios labios estaban lívidos, pero habló con sosiego.

—Gracias. Puesto que está ocupada, saldré al jardín y allí leeré mi carta.

Y antes de que Bella pudiese hablar, ya se había marchado.

Apresurándose hacia un discreto rincón, Jean abrió la nota con ímpetu y leyó las escasas e imprecisas líneas que contenía.

*He visto a Sydney; me lo ha contado todo y, por mucho que me costara creerlo, no cabe duda de que era cierto, pues ha descubierto pruebas imposibles de rebatir. No le hago ningún reproche, ni exigiré confesión o expiación algunas, pues soy incapaz de olvidar que una vez la amé. Le doy tres días; encuentre otro hogar antes de que regrese y le cuente a mi familia quién es usted. Váyase de inmediato, se lo suplico, y ahórreme el dolor de ser testigo de su desgracia.*

Muy despacio, la leyó dos veces de manera ininterrumpida; entonces tomó asiento y permaneció inmóvil, frunciendo el ceño sumida en sus pensamientos. Poco después respiró hondo, rompió la nota en mil pedazos y, levantándose, se dirigió lentamente hacia la mansión Hall, diciéndose a sí misma: «¡Tres días, solo tres días! ¿Puede lograrse en un periodo tan breve de tiempo? Así será, si el buen juicio y la voluntad me acompañan, pues es mi última oportunidad. Si esto fracasa, no regresaré a mi antigua vida; pondré fin a todo de inmediato».

Apretando los dientes y tensando las manos, como si le aguijonease algún recuerdo, se aventuró a través del crepúsculo; al llegar descubrió que *sir* John la esperaba para darle una calurosa bienvenida.

—Parece agotada, querida. Olvídese de la lectura por esta noche; repose y deje el libro a un lado —dijo con amabilidad, observando su exhausto aspecto.

—Gracias, señor. Estoy cansada, pero preferiría leer, o de lo contrario no terminaré el libro antes de irme.

—¿Irse, criatura? ¿Adónde va? —exigió *sir* John, mirándola inquieto mientras ella tomaba asiento.

—Se lo diré más tarde, señor.

Y, abriendo el libro, Jean leyó durante un rato. Pero el hechizo habitual se había desvanecido; la voz de la lectora carecía de entusiasmo y el rostro del oyente de interés. Pronto este último exclamó de manera abrupta:

—¡Querida, le ruego que pare! Soy incapaz de escuchar con la mente dividida. ¿Qué es lo que le preocupa? Cuénteselo a su amigo, y permita que la consuele.

Aparentando que estas afectuosas palabras le habían abrumado, Jean hizo el libro a un lado, se cubrió el rostro con las manos y lloró con tanta amargura que *sir* John se alarmó sobremanera, pues una demostración como esa resultaba doblemente conmovedora en alguien que, por regla general, era todo júbilo y sonrisas. Mientras intentaba apaciguarla, sus palabras se tornaron más cariñosas, su diligencia se colmó de una preocupación que excedía lo paternal, y su corazón gentil se anegó de pena y afecto por la llorosa muchacha. A medida que ella se calmaba, él la urgió a ser sincera, prometiendo ayudarla y aconsejarla, cualesquiera que fuesen su infortunio o su falta.

—¡Ah, es usted demasiado amable, demasiado generoso! ¿Cómo puedo marcharme y abandonar a mi único amigo? —suspiró Jean, limpiándose las lágrimas y alzando la mirada hacia él con ojos agradecidos.

—¿Entonces se preocupa usted un poco por este anciano? —dijo *sir* John con una mirada ansiosa y un involuntario apretón sobre la mano que sostenía.

Jean apartó su rostro, y respondió muy despacio.

—Nadie ha sido jamás tan amable conmigo como usted. ¿Acaso puedo evitar preocuparme por usted más de lo que soy capaz de expresar?

*Sir* John acusaba de vez en cuando una leve sordera, pero alcanzó a escuchar estas palabras y se sintió muy complacido.



En los últimos tiempos se había comportado de un modo bastante cortés y vestido con un inusitado esmero; también se había mostrado especialmente galante y alegre cuando las jóvenes damas le visitaban y, en más de una ocasión, cuando Jean hacía una pausa en su lectura para formular una pregunta, se había visto obligado a confesar que no estaba escuchando; sin embargo, tal y como Jean sabía muy bien, no había apartado la mirada de ella. Desde el descubrimiento de su origen, su actitud había sido singularmente benévola, y muchos detalles insignificantes acreditaban su interés y buena voluntad. Ahora bien, cuando Jean habló de marcharse, el pánico se apoderó de él, y la desolación pareció estar a punto de caer sobre la vieja mansión Hall. Algo en el extraordinario nerviosismo de la joven se le antojaba extraño y excitaba su curiosidad. Jamás le había parecido tan interesante como en ese momento, cuando se hallaba sentada junto a él con ojos llorosos y una tierna congoja en su corazón que no se atrevía a confesar.

—Cuéntemelo todo, criatura, y deje que su amigo le ayude si está en su mano.

Antaño decía «padre» o «el anciano», pero últimamente siempre hablaba de sí mismo como de su «amigo».

—Se lo contaré, pues no tengo a nadie más a quien recurrir. Debo marcharme porque el señor Coventry ha sido tan pusilánime como para enamorarse de mí.

—¿Quién? ¿Gerald? —preguntó *sir* John sorprendido.

—Sí, hoy me lo confesó y, cuando se apartó de mi lado, lo hizo con la intención de romper con Lucia; así que acudí a usted para que me ayudase a impedir que eche por tierra las esperanzas y los planes de su madre.

*Sir John* había comenzado a caminar de un lado a otro de la estancia, pero tan pronto *Jean* guardó silencio se volvió hacia ella, diciendo con el rostro alterado:

—¿Entonces usted no le ama? ¿Es eso posible?

—No, no le amo —respondió ella de inmediato.

—Y, aun así, él representa todo aquello que las mujeres encuentran atractivo. ¿Cómo es que usted se ha salvado, *Jean*?

—Amo a otro hombre —fue la respuesta apenas audible.

*Sir John* ocupó su asiento con el aire de un hombre que, de ser posible, tiene el firme propósito de resolver un misterio.

—Sería injusto hacerle sufrir por la estupidez de estos muchachos, criatura. *Ned* se ha marchado, y estaba seguro de que *Gerald* era inofensivo; pero, ahora que ha provocado este sobresalto, me hallo perplejo, pues a él no podemos mandarle lejos.

—No, yo soy quien debe irse; pero me resulta muy difícil abandonar este hogar seguro y dichoso, y adentrarme una vez más en el frío y ancho mundo. Todos ustedes han sido muy amables conmigo, y la separación me rompe el corazón.

Un sollozo puso fin a su discurso, y la cabeza de *Jean* se hundió nuevamente entre sus manos. *Sir John* la observó un instante, y su apuesto y anciano rostro exhibía una sincera emoción cuando dijo muy despacio:

—*Jean*, ¿quiere quedarse y ser la hija de este viejo solitario?

—No, señor —fue la inesperada respuesta.

—¿Y por qué no? —preguntó *sir John*, en apariencia sorprendido, pero más satisfecho que irritado.

—Porque no podría ser una hija para usted; y, aunque pudiese, no sería sensato, pues las habladoras dirían que usted no tiene la edad suficiente para ser el padre adoptivo de una muchacha como yo. *Sir John*, aunque soy joven, sé muy bien cómo funciona el mundo, y estoy segura de que este encantador plan es irrealizable; aun así, se lo agradezco desde el fondo de mi corazón.

—¿A dónde irá, *Jean*? —inquirió *sir John*, tras una pausa.

—A Londres, e intentaré hallar otro empleo en el que no pueda hacer daño.

—¿Le resultará difícil encontrar otra casa?

—Sí. No puedo pedirle a la señora *Coventry* que me recomiende cuando, sin pretenderlo, he causado tantos problemas a su familia; y *lady Sydney* se ha marchado, así que no me queda ningún amigo.

—A excepción de *John Coventry*. Me ocuparé de eso. ¿Cuándo se va, *Jean*?

—Mañana.

—¿Tan pronto?

Y la voz del anciano traicionó la turbación que estaba intentando ocultar.

*Jean* se había serenado, pero era la calma que acompaña a la desesperación. Tenía la esperanza de que las primeras lágrimas provocasen la declaración que ella esperaba. No había sido así, y empezaba a temer que se le estuviese escapando su última oportunidad. ¿Estaba el anciano enamorado de ella? En tal caso, ¿por qué no

lo decía? Deseosa de sacar provecho de cada instante, estaba alerta ante cualquier indicio esperanzador, cualquier acción, mirada o palabra favorables, y tenía los nervios a flor de piel.

—Jean, ¿puedo hacerle una pregunta? —quiso saber *sir* John.

—Puede preguntarme lo que quiera, señor.

—Ese hombre al que usted ama... ¿no puede ayudarle?

—Podría si lo supiera, pero no debe enterarse.

—¿Si supiera el qué? ¿La dificultad en la que se encuentra?

—No. Mi amor por él.

—¿Acaso no está al corriente?

—¡No, gracias a Dios! Y jamás lo estará.

—¿Por qué no?

—Porque soy demasiado orgullosa como para admitirlo.

—¿Él está enamorado de usted, criatura?

—No lo sé... no me atrevo a albergar esperanzas —murmuró Jean.

—¿No podría serle yo de ayuda? Créame, deseo verla feliz y a salvo. ¿No hay nada que pueda hacer?

—Nada, nada.

—¿Me permite saber el nombre?

—¡No! ¡No! Deje que me vaya; ¡este interrogatorio me resulta insoportable!

Y el rostro angustiado de Jean advirtió al hombre de que no debía hacer más preguntas.

—Le ruego que me disculpe, y permítame hacer todo cuanto esté en mi mano. Descanse aquí tranquila. Escribiré una carta a un buen amigo mío que le encontrará una casa si es que finalmente nos abandona.

Mientras *sir* John se adentraba en su estudio privado, Jean le observó con ojos desesperados y, retorciendo sus manos, se dijo a sí misma: «¿Me ha abandonado todo mi talento cuando más lo necesito? ¿Cómo puedo hacerle comprender sin exceder los límites que corresponden a la modestia de una doncella? Es un hombre tan ciego, tan tímido o tan obtuso, que no se dará cuenta por sí solo, y el tiempo apremia. ¿Qué puedo hacer para abrirle los ojos?».

Recorrió la estancia con la mirada en busca de algún objeto inanimado que pudiera serle de ayuda, y pronto lo encontró. Detrás del diván en el que se hallaba sentada colgaba una elegante miniatura de *sir* John. Por un instante sus ojos se posaron sobre ella, comparando su plácido atractivo con la palidez y desazón extraordinarias del rostro vivo que veía a través de la puerta abierta, mientras el anciano, sentado ante su escritorio, intentaba escribir y lanzaba miradas de soslayo a la figura femenina que acababa de dejar atrás. Fingiéndose ignorante de ello, Jean mantuvo la mirada fija como si nada en esta vida le importase más que ese retrato; de repente, como si obedeciese a un impulso irresistible, lo descolgó, lo observó larga y afectuosamente, y, entonces, agitando sus rizos y cubriendo con ellos su rostro, como

si quisiera esconder su gesto, lo presionó contra sus labios y fingió que lloraba sobre él en un paroxismo incontrolable de tierna aflicción. Un sonido la sobresaltó y, aparentando culpabilidad, se giró para volver a colocar el retrato en su sitio; mas este se resbaló de su mano mientras profería una sorda exclamación y escondía su rostro, pues *sir* John se hallaba ante ella con una expresión que en modo alguno podía malinterpretar.

—Jean, ¿por qué ha hecho eso? —preguntó con voz inquieta y ansiosa.

No hubo respuesta; mientras, la joven se encogía cada vez más, como alguien que se siente abrumado por la vergüenza. Posando su mano sobre la cabeza inclinada, e inclinando él también la suya, el anciano susurró:

—Dígame, ¿es John Coventry su nombre?

Tampoco recibió respuesta, pero un sonido ahogado traicionó que sus palabras habían dado en el clavo.

—Jean, ¿debo volver y escribir la carta, o puedo quedarme y manifestarle que este anciano la ama más que a una hija?

Ella no habló, pero una mano pequeña surgió desde debajo de la cascada de cabello, como si quisiera retenerle. Con una exclamación rota él la prendió, la atrajo hacia sus brazos y, demasiado dichoso para pronunciar palabra alguna, posó su canosa cabeza sobre la rubia testa de la joven. Jean Muir disfrutó de su éxito durante un instante; entonces, por temor a que algún contratiempo repentino lo destruyese, se apresuró a asegurarlo todo. Alzando la mirada con una timidez bien simulada y un afecto confesado a medias, dijo con ternura:

—Perdóneme por no saber ocultarlo mejor. Tenía la intención de marcharme y no confesárselo jamás, pero se mostró tan amable que mi partida resultaba doblemente penosa. ¿Por qué me hizo unas preguntas tan comprometidas? ¿Por qué me miraba cuando tendría que estar redactando mi destitución?

—¿Cómo podía soñar con que usted me amase, Jean, si declinó el único ofrecimiento que me atreví a hacer? ¿Acaso podía ser tan presuntuoso como para imaginar que usted rechazase pretendientes jóvenes por un anciano como yo? —preguntó *sir* John, acariciándola.

—¡Usted no es un anciano para mí, sino todo aquello que amo y venero! —interrumpió Jean con un toque de genuino remordimiento, pues este caballero honorable y generoso, ajeno al engaño, le ofrecía tanto su corazón como su hogar—. Yo soy la presuntuosa al atreverme a amar a alguien que se halla tan por encima de mí. Pero no sabía lo mucho que le apreciaba hasta que fui consciente de que tenía que marcharme. No debería aceptar esta felicidad. No la merezco; y usted se arrepentirá de su bondad cuando el mundo le culpe por proporcionarle un hogar a alguien tan pobre, vulgar y humilde como yo.

—Silencio, querida. No me preocupan los absurdos chismes de la opinión pública. Si usted es feliz aquí, dejemos que digan lo que quieran. Yo estaré demasiado ocupado disfrutando del encanto de su presencia como para prestar

atención a cualquier otra cosa que suceda a mi alrededor. Pero, Jean, ¿está segura de que me ama? Parece increíble que sea yo quien conquiste el corazón que tan distante se ha mostrado con hombres más jóvenes y de mayor valía.

—Querido *sir* John, puede estar seguro de una cosa: le amo sinceramente. Haré todo lo posible por ser una buena esposa para usted, y demostrarle que, a pesar de mis muchos defectos, poseo el don de la gratitud.

Si él hubiera sabido el aprieto en el que la joven se hallaba, habría entendido la causa del repentino fervor de sus palabras, el intenso agradecimiento que iluminaba su rostro, la genuina humildad que le hizo inclinarse para besar la mano generosa que tanto ofrecía. Durante unos instantes, impertérrita, Jean disfrutó del feliz presente junto al anciano. Pero la ansiedad que la devoraba y el peligro que la amenazaba pronto volvieron a ella, obligándola a exprimir aún más el confiado corazón que había conquistado.

—Ya no son necesarias las cartas —dijo *sir* John mientras tomaban asiento el uno junto al otro, con la luz de la luna estival glorificando toda la estancia—. Ha encontrado un hogar de por vida; ojalá sea uno feliz.

—Todavía no es mío, y tengo el extraño presentimiento de que jamás lo será —respondió ella con tristeza.

—¿Por qué, criatura?

—Porque tengo un enemigo que intentará destruir mi paz, corromper su opinión en contra mía y expulsarme de mi paraíso, para que vuelva a sufrir todo lo que he sufrido este pasado año.

—¿Se refiere a ese loco de Sydney del que me habló?

—Sí. Tan pronto se entere de la buena fortuna de la pobre e insignificante Jean, se apresurará a arruinarla. Es mi destino: no puedo escapar de él, y dondequiera que Sydney va, mis amistades me abandonan, pues tiene poder y lo usa para destruirme. Deje que me vaya y me esconda antes de que aparezca, pues, habiendo confiado en usted, se me romperá el corazón al descubrir que recela y se aleja de mí, en lugar de amarme y protegerme.

—Mi pobre criatura, es usted supersticiosa. Quédese tranquila. Nadie puede hacerle ya daño, nadie se atrevería siquiera a intentarlo. Y en cuanto al acto de abandonarla, es algo que pronto quedará fuera de mis posibilidades, si de mí depende.

—¿A qué se refiere, querido *sir* John? —preguntó Jean, sintiendo palpitar en su corazón un intenso alivio, pues el camino parecía allanarse ante ella.

—La convertiré en mi esposa de inmediato, si así me lo permite. Eso le liberará del amor de Gerald, la protegerá de la persecución de Sydney, le proporcionará un hogar seguro y a mí el derecho de amarla y defenderla con el corazón y las manos. ¿Le parece bien, criatura?

—Sí; pero, ¡oh, recuerde que usted es mi único amigo! Prométame que será fiel hasta el final... que me creará, confiará en mí, me protegerá y me amará, a pesar de todos mis infortunios, defectos y disparates. Seré totalmente honrada con usted, y

haré que su vida sea tan dichosa como se merece. Hagamos estas promesas ahora, y mantengámoslas intactas hasta el final.

Su solemne actitud conmovió a *sir* John. Demasiado honorable y honesto como para sospechar la falsedad en los demás, en las palabras de Jean solo alcanzó a atisbar el impulso natural de una muchacha adorable y, tomando la mano de la joven entre las suyas, prometió todo cuanto ella le pidió, y mantuvo esa promesa hasta el final. Jean se detuvo un instante con una expresión pálida y ausente, como si se buscara a sí misma; entonces alzó abiertamente la mirada hacia el confiado rostro del anciano, y prometió lo que fielmente llevaría a cabo en años venideros.

—¿Cuándo será, amor mío? Lo dejo todo en sus manos con tal de que sea pronto, no vaya a ser que aparezca algún enamorado risueño y joven que le aleje de mí —dijo *sir* John alegremente, ansioso por alejar la oscura expresión que había vislumbrado en el rostro de Jean.

—¿Puede guardar un secreto? —preguntó la muchacha, sonriéndole y luciendo nuevamente cautivadora.

—Póngame a prueba.

—Lo haré. Edward vuelve a casa dentro de tres días. Tendré que marcharme antes de que él aparezca. No se lo cuente a nadie; quiere darles una sorpresa. Y si usted me ama, no le hable a nadie sobre su inminente matrimonio. No delate su afecto por mí hasta que sea realmente suya. Habrá tal revuelo, tales protestas, explicaciones y reproches, que acabaré exhausta y huiré de usted con el único fin de escapar a semejante juicio. Si dependiese de mí, mañana me iría a cualquier lugar tranquilo y esperaría hasta que fuese a buscarme. Sé tan poco sobre esas cosas que desconozco la celeridad con que podríamos casarnos; no hasta dentro de algunas semanas, creo.

—Mañana mismo si queremos. Una licencia especial permite a las parejas casarse cuándo y dónde deseen. Mi plan es mejor que el suyo. Escuche, y dígame si puede llevarse a cabo. Yo iré mañana a la ciudad y conseguiré la licencia; invitaré a mi amigo, el reverendo Paul Fairfax, para que regrese conmigo; mañana por la tarde usted vendrá a su hora habitual y, en presencia de mis discretos y viejos criados, me hará el hombre más feliz de Inglaterra. ¿Le parece bien, mi pequeña *lady* Coventry?

El plan que parecía urdido para satisfacer sus propios fines, el nombre que era la cúspide de su ambición, y la bendita sensación de seguridad que al fin se apoderaba de ella, colmaron a Jean Muir de un regocijo tan intenso que sus ojos se inundaron de lágrimas de genuina emoción. El alegre consentimiento que otorgó fue la palabra más sincera que habían pronunciado sus labios desde hacía meses.

—Para nuestra luna de miel viajaremos al extranjero o a Escocia, hasta que la tormenta haya amainado —dijo *sir* John, sabiendo bien que este matrimonio apresurado sorprendería u ofendería a todos sus conocidos, y sintiéndose igual de complacido que Jean por escapar a la conmoción inicial.

—A Escocia, por favor. Deseo ver el hogar de mi padre —dijo Jean, que temía encontrarse con Sydney en el continente.

Hablaron un rato más mientras planificaban todo. *Sir John* estaba tan resuelto a apresurar el evento que Jean poco podía hacer salvo ofrecer un presto consentimiento a todas sus sugerencias. Un único temor la inquietaba. Si *sir John* iba a la ciudad, podría encontrarse con Edward, escuchar sus afirmaciones y creer en ellas. Entonces todo estaría perdido. Aun así, era un riesgo que había que correr si querían consumar el matrimonio de una manera rápida y segura, y prevenir este encuentro dependía única y exclusivamente de la precaución de Jean. Mientras atravesaban el parque —pues *sir John* insistió en acompañarla a casa—, la joven dijo, aferrándose a su brazo:

—Querido amigo, tenga presente una cosa, o de otro modo soportaremos muchas molestias y todos nuestros planes se verán alterados. Evite a sus sobrinos; es usted tan honesto que su rostro le traicionará. Los dos me aman y hacen gala de un temperamento irascible, y ante la conmoción inicial del descubrimiento podrían tornarse violentos. Por mi propio bien no debe ponerse en peligro ni incurrir en ninguna falta de respeto; así pues, rehúyalos hasta que ambos estemos a salvo... especialmente a Edward. Pensará que su hermano le ha perjudicado y que usted ha tenido éxito donde él fracasó. Eso le irritará, y temo una escena turbulenta. Prométame que los evitará durante uno o dos días; no les escuche, no les vea, no les escriba ni reciba cartas suyas. Es una tontería, lo sé, pero usted es todo lo que tengo, y me acosa el extraño presentimiento de que voy a perderle.

Conmovido y halagado por la tierna petición de la joven, *sir John* le prometió todo, aun cuando se reía de sus lágrimas. El amor cegaba al gentil caballero ante la peculiaridad de su petición; la novedad, el romance y el secretismo del asunto le hacían sentirse más cautivado que desconcertado; y el conocimiento de que había vencido sobre tres jóvenes y ardientes enamorados satisfacía su vanidad más de lo que estaría dispuesto a confesar. Separándose de Jean ante la portezuela del jardín, inició su camino de regreso a la mansión sintiéndose nuevamente como un muchacho. Deambuló tarareando un canto de amor, haciendo caso omiso al relente del ocaso, la gota y los cincuenta y cinco años que reposaban con tanta ligereza sobre sus hombros desde que los brazos de Jean se habían posado sobre ellos.

La joven, por su parte, se apresuró hacia la casa ansiosa por escapar de Coventry, pero él la estaba esperando y se vio obligada a encontrarse con él.

—¿Qué la ha retenido durante tanto tiempo, manteniéndome en suspense? —dijo en tono de reproche mientras tomaba su mano e intentaba captar un destello de su rostro bajo la sombra del ala de su sombrero—. Venga y descanse en la gruta. Tengo tanto que decir, escuchar y disfrutar.

—Ahora no; estoy demasiado cansada. Deje que entre y me vaya a dormir. Hablaremos mañana. Hay humedad y hace frío, y me duele la cabeza con todo este ajeteo —Jean habló agotada pero con un toque de petulancia, y Coventry, imaginando que estaba resentida porque él no había acudido a su encuentro, se apresuró a explicarse con vehemente ternura.

—Pobre Jean, necesita descansar. La agotamos entre todos, y jamás se queja. Tendría que haber llegado a tiempo para acompañarla a casa, pero Lucia me retuvo, y cuando conseguí escabullirme advertí que mi tío se me había anticipado. Debería estar celoso del anciano, si es que está tan rendido a usted. Jean, dígame una cosa antes de que nos separemos; ahora soy plenamente libre y tengo derecho a hablar. ¿Me ama? ¿Acaso soy el dichoso hombre que ha conquistado su corazón? Me atrevería a pensar que sí, a creer que ese revelador rostro suyo la ha traicionado, y a esperar que he ganado lo que el pobre Ned y el salvaje Sydney han perdido.

—Antes de que le responda, cuénteme cómo ha ido su entrevista con Lucia. Tengo derecho a saberlo —dijo Jean.

Coventry dudó, pues la compasión y el remordimiento asaltaban su corazón cuando recordaba el dolor de la pobre Lucia. Jean estaba deseosa de escuchar la humillación de su rival. Como el hombre guardaba silencio, la joven frunció el ceño, alzó el rostro envuelto en delicadas sonrisas y, posando la mano sobre su brazo, dijo —con un énfasis de lo más efectivo a medio camino entre la timidez y el afecto— apelando a su nombre:

—¡Por favor, Gerald, cuéntemelo!

Él no pudo resistirse a la mirada, al contacto, al tono... y, tomando su manita entre las suyas, dijo con presteza, como si la tarea le resultase desagradable:

—Le dije que no la amaba ni era capaz de hacerlo; que me había sometido al deseo de mi madre y, durante un tiempo, me había sentido tácitamente unido a ella, a pesar de que no habíamos cruzado palabra alguna sobre ese asunto. Pero ahora exigía mi libertad, lamentando que la separación no fuese un deseo mutuo.

—¿Y ella... qué dijo? ¿Cómo se lo tomó? —preguntó Jean, sintiendo en su propio corazón de mujer la profundidad de la herida que esa declaración debía haber infringido sobre Lucia.

—¡Pobre muchacha! Fue difícil de soportar, pero su orgullo la sostuvo hasta el final. Reconoció que ninguna promesa me ataba a ella, renunciando por completo a cualquier derecho que mi comportamiento en el pasado pareciese haberle otorgado, y rezó para que fuese capaz de encontrar a otra mujer que me amase tan sincera y tiernamente como ella lo había hecho. Jean, me sentí como un villano; y, aun así, jamás comprometí mi palabra con ella, jamás la amé de verdad, y estaba en todo mi derecho de romper mis lazos con ella si ese era mi deseo.

—¿Habló sobre mí?

—Sí.

—¿Qué dijo?

—¿Debo contárselo?

—Sí, cuéntemelo todo. Sé que me detesta, y la perdono a sabiendas de que odiaría a cualquier mujer a la que *usted* amase:

—¿Está celosa, querida?

—¿De usted, Gerald?

Y sus bonitos ojos se alzaron hacia él, rebosantes de una luminosidad que se asemejaba al fulgor del amor.

—Ya me ha convertido en su esclavo. ¿Cómo lo hace? Jamás antes obedecí a una mujer. Jean, creo que es usted una bruja. Escocia es hogar de criaturas extrañas y asombrosas que adoptan formas adorables para tormento de las almas pobres y débiles. ¿Es una de esas hermosas impostoras?

—Qué halagador es —rio la joven—. Soy una bruja, y algún día me despojaré de mi disfraz y me verá tal y como soy; vieja, fea, malvada y extraviada. Tenga cuidado conmigo cuando llegue el momento. Se lo advierto. Ahora ámeme asumiendo los riesgos.

Coventry guardó silencio, y la observó con una mirada intranquila, consciente de cierta fascinación que le superaba pero que no le proporcionaba felicidad. Una excitación febril, aunque placentera, se apoderó de él; un ánimo temerario que le impulsaba a desterrar el pasado por medio de cualquier acto impulsivo, de cualquier nueva experiencia hacia la que su pasión le condujese. Jean le observó durante un breve instante con rostro melancólico, casi desdichado; entonces una extraña sonrisa se dibujó en su cara mientras hablaba con un tono de maliciosa burla, bajo el que acechaba la amargura de una triste certeza. Coventry se mostró un tanto desconcertado, y su mirada vagó desde el misterioso rostro de la joven hacia una ventana tenuemente iluminada, detrás de cuyas cortinas la pobre Lucia escondía su afligido corazón, rezando por él esas tiernas oraciones que las mujeres enamoradas ofrecen por aquellos a quienes perdonan sus pecados en nombre del amor. El corazón le martilleaba, y el hombre sintió cómo le invadía un sentimiento de repulsión mientras contemplaba a Jean. Ella se dio cuenta y se enfadó, aunque también experimentó cierta sensación de alivio; ahora que su propia inmunidad estaba casi asegurada, no solo no quería causar problemas, sino que sentía el deseo de deshacer lo que ya estaba hecho y estar en paz con todo el mundo. Suspiró con el fin de recordarle su lealtad, avanzó un paso y habló con una dulzura teñida de frialdad:

—¿Va a responderme a lo que le pregunté antes de que yo conteste a su pregunta, señor Coventry?

—¿Lo que Lucia dijo sobre usted? Bueno, estas fueron sus palabras: «Ten cuidado con la señorita Muir. Recuerda que desconfiamos de ella de manera instintiva cuando no teníamos motivo. Yo creo en los instintos, y el mío jamás se ha visto alterado porque ella no ha intentado engañarme. Su maestría es portentosa; siento que no soy capaz de explicarla o detectarla, salvo en los entresijos de los acontecimientos que su mano parece guiar. Ha traído tristeza y discordia a esta familia, que antes era dichosa. Todos hemos cambiado, y esta joven es la responsable. A mí ya no puede hacerme daño; a ti te destrozará la vida si tiene ocasión. Protégete de ella a tiempo, ¡o te arrepentirás con amargura de tu ciego encaprichamiento!».

—¿Y qué respondió? —inquirió Jean mientras estas últimas palabras abandonaban los labios de Coventry.

—Le dije que la amaba a usted a mi pesar, y que la convertiría en mi esposa afrontando toda oposición. Ahora, Jean, su respuesta.

—Deme tres días para pensarlo. Buenas noches.

Y, alejándose de Coventry, desapareció en el interior de la casa, dejando que él errase durante la mitad de la noche, atormentado por el remordimiento, la incertidumbre y la antigua desconfianza, que reaparecía cuando Jean no estaba presente para disiparla con sus artes.

## VIII SUSPENSE

**D**urante todo el día siguiente, Jean estuvo sumida en un estado de viva ansiedad; cada hora que pasaba la crisis se hacía más inminente, y cada hora podría suponer su derrota, pues el más ingenioso de los talentos humanos se ve frustrado a menudo por algún incidente imprevisto. Ardía en deseos de asegurarse de que *sir* John se había marchado, pero ningún criado entró o salió aquel día, y no pudo trazar pretexto alguno para enviarles a recabar información. No se atrevía a ir ella misma por temor a que tan extraordinario gesto levantase sospechas, pues jamás se personaba allí hasta la tarde. Aun cuando se hubiese decidido a aventurarse, no tenía tiempo, pues la señora Coventry sufría uno de sus ataques de nervios, y nadie salvo la señorita Muir podía distraerla; Lucia estaba enferma, y la señorita Muir debía dar instrucciones al respecto; a Bella le había dado por estudiar, y Jean debía ayudarla. Coventry merodeó por la casa a lo largo de varias horas, pero Jean no se atrevió a enviarlo por temor a que llegase a sus oídos algún indicio de la verdad. Él se entregó a sus nuevas ocupaciones al comprobar que Jean no aparecía, y el día transcurrió de manera tediosa. Al fin llegó la noche y, cuando Jean se vistió para la tardía cena, apenas se reconoció ante el espejo, tales eran el color y la luminosidad que la agitación confería a su semblante. Recordando la boda que iba a tener lugar aquella noche, se atavió con un sencillo vestido blanco y añadió un ramillete de rosas blancas tanto en el escote como en su cabello. Solía llevar flores pero, a pesar de su deseo de lucir y aparentar como siempre, las primeras palabras de Bella, mientras se adentraba en el salón, fueron:

—Vaya, Jean, parece una novia; ¡un velo y unos guantes completarían su atuendo!

—Te has olvidado de un detalle insignificante, Bell —dijo Gerald, con una mirada que resplandecía mientras se posaba sobre la señorita Muir.

—¿Y qué es? —preguntó su hermana.

—Un novio.

Bella observó la reacción de Jean ante estas palabras, pero la joven se mostró bastante tranquila mientras esbozaba una de sus espontáneas sonrisas, y simplemente decía:

—No me cabe ninguna duda de que, cuando llegue el momento, habré encontrado ese pequeño detalle. ¿Está la señorita Beaufort demasiado enferma para bajar a cenar?

—Ruega que le excusemos, y ha añadido que creía que usted estaría dispuesta a ocupar su lugar.

Mientras la inocente Bella transmitía este mensaje, Jean miró a Coventry, quien eludió su mirada y pareció incomodarse.

La joven juzgó que un poco de remordimiento le vendría bien y le prepararía para arrepentirse después del duro golpe así que se mostró particularmente alegre durante la cena, aunque Coventry miraba a menudo hacia el asiento vacío de Lucia, como si la echase de menos. Tan pronto abandonaron la mesa, la señorita Muir envió a Bella junto a su madre e, intuyendo que Coventry no se demoraría mucho con su copa de vino, se apresuró hacia la mansión Hall. Un criado holgazaneaba ante la puerta y, con un tono que denotaba su ansiedad a pesar de todos sus esfuerzos por mostrarse sosegada, le preguntó:

—¿Está *sir* John en casa?

—No, señorita, acaba de marcharse a la ciudad.

—¿Que acaba de marcharse? ¿A qué se refiere? —profirió Jean, olvidando el alivio que había sentido al enterarse de su ausencia ante la sorpresa de su tardía partida.

—Se fue hace media hora en el último tren, señorita.

—Pensaba que se había marchado esta mañana temprano; me dijo que estaría de regreso esta tarde.

—Creo que esa era su intención, pero la compañía de algunas personas le ha retrasado. El administrador se ha acercado hasta aquí por asuntos de negocios, y un buen número de caballeros se ha pasado a saludarle, así que *sir* John no ha quedado libre de obligaciones hasta el anochecer, cuando ya no consideró oportuno marcharse; estaba exhausto y no se encontraba nada bien.

—¿Cree que estará enfermo? ¿Lo parecía?

Y, mientras Jean hablaba, un estremecimiento de miedo se adueñó de ella ante el temor de que la muerte le robase su trofeo.

—Bueno, como bien sabe, señorita, las prisas en cualquiera de sus formas son perjudiciales para un caballero anciano con tendencia a la apoplejía. *Sir* John se ha mostrado preocupado durante todo el día, y parecía alterado. Yo quería que le acompañase su ayuda de cámara, pero se ha negado, y se ha marchado en su coche con un aspecto enrojecido y nervioso. Estoy preocupado por él, pues sé que algo malo debe ocurrir para que se haya ido de esa manera.

—¿Cuándo volverá, Ralph?

—Mañana a mediodía, de ser posible; por la noche seguro, pues eso me pidió que le dijera a todo aquel que preguntase.

—¿Dejó alguna nota o mensaje para la señorita Coventry, o cualquier otro miembro de la familia?

—No, señorita, nada.

—Gracias.

Jean volvió sobre sus pasos, no durmió nada durante la noche y se levantó para hacer frente a un renovado suspense.

La mañana se le antojó eterna, pero al fin llegó el mediodía y, bajo el pretexto de ir en busca del frescor que brindaba la gruta. Jean se escabulló hacia una ladera donde la portezuela que daba al parque de la mansión Hall resultaba visible. Durante dos largas horas se mantuvo vigilante, pero no apareció nadie. Emprendía el camino de vuelta cuando un hombre a caballo cruzó a toda prisa la cancela y galopó en dirección a la mansión. Haciendo caso omiso a todo salvo a su incontrolable deseo de obtener información, corrió a su encuentro, convencida de que traía malas noticias. Se trataba de un hombre joven que provenía de la estación y, tan pronto la vio, tiró de las riendas, ofreciendo un aspecto agitado e indeciso.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Jean sin aliento.

—Un terrible accidente en las vías del tren, justo al otro lado de Croydon. Las noticias llegaron por telégrafo hace media hora —respondió el hombre, secándose el sudor de su rostro acalorado.

—¿El tren de mediodía? ¿Iba *sir* John en él? ¡Rápido, cuéntemelo todo!

—Era ese tren, señorita, pero no sabemos si *sir* John iba en él o no, pues el jefe de tren ha muerto y todo se halla en tal estado de confusión que no se sabe nada con certeza. Están trabajando para sacar a los muertos y heridos. Nos enteramos de que se esperaba la llegada de *sir* John e, imaginando que el señor Coventry querría bajar hasta allí, vine para avisarle. Sale un tren dentro de quince minutos. ¿Dónde puedo encontrarle? Me dijeron que estaba en la mansión Hall.

—¡Vamos, apresúrese! Y, si está allí, encuéntralo. Yo correré hasta la casa y le buscaré. No pierda tiempo. ¡Cabalgue! ¡Cabalgue!

Y, volviéndose, echó a correr tan rápido como una gacela, mientras el hombre se apresuraba por la avenida hacia la mansión.

Coventry estaba allí, y partió de inmediato, dejando consternados tanto a los habitantes de la casa como a los de la mansión. Jean se encerró en su habitación por temor a traicionar la terrible ansiedad que la dominaba, y sufrió inefables agonías conforme avanzaba el día y no llegaban más noticias. Al caer la noche, un grito repentino resonó a lo largo y ancho de la casa, y Jean se apresuró escaleras abajo para conocer la causa. Bella se hallaba de pie en el vestíbulo sujetando una carta, mientras un grupo de angustiados criados revoloteaba a su alrededor.

—¿Qué ocurre? —exigió la señorita Muir, pálida y firme, aunque sintió agonizar su corazón al reconocer la letra de Gerald. Bella le entregó la nota, y contuvo sus sollozos para escuchar una vez más las graves noticias que habían llegado.

*Querida Bella,*

*El tío está a salvo: no viajaba en el tren de mediodía. Pero varias personas están seguras de que Ned sí lo hacía. Todavía no hemos encontrado rastro de él, pero muchos cadáveres están en el río, bajo los escombros del puente, y estoy haciendo todo lo que puedo para encontrar al pobre muchacho, si es que está ahí. He escrito a todos los lugares que suele frecuentar en la*

*ciudad y, puesto que nadie le ha visto, confío en que se trate de una información errónea y que se halle a salvo con su regimiento. No le cuentes a madre nada sobre esto hasta que estemos seguros. Te escribo a ti porque Lucia está enferma. La señorita Muir te confortará y cuidará. Esperemos lo mejor, querida.*

Aquellos que observaron a la señorita Muir mientras leía estas palabras se asombraron ante las extrañas expresiones que surcaron su rostro, pues la alegría que apareció en él cuando la seguridad de *sir* John se vio confirmada no se tornó en pena u horror ante el posible destino del pobre Edward. La sonrisa se desvaneció de sus labios, pero su voz no se alteró, y en sus ojos abatidos brillaba una inexplicable mirada de algo que se asemejaba al triunfo. No era de extrañar, pues, si las noticias eran ciertas, el peligro que la amenazaba desaparecía durante un tiempo, y el matrimonio podía consumarse sin tan desesperados apuros. Se le antojó que este suceso triste y repentino era la misteriosa culminación de un deseo secreto y, aunque sorprendida, se sintió más animada que atemorizada, pues el destino parecía favorecer sus planes. Consoló a Bella, asumió el control de la angustiada casa y mantuvo a la señora Coventry alejada de los rumores durante toda aquella terrible noche.

Gerald llegó exhausto a casa al amanecer, y sin noticias del paradero del joven desaparecido. Había telegrafiado al cuartel general del regimiento y recibido una respuesta, manifestando que Edward había partido hacia Londres el día anterior, y que tenía la intención de visitar su casa antes de regresar. La información según la cual había sido visto en la estación de Londres también estaba verificada, pero no se sabía a ciencia cierta si había subido al tren. La búsqueda entre los escombros seguía su curso, y el cuerpo aún podría aparecer.

—¿Llegará *sir* John a mediodía? —preguntó Jean, mientras los tres tomaban asiento juntos bajo la rosácea quietud del amanecer, intentando conservar la esperanza.

—No; según me ha contado el joven Gower, que acaba de regresar de la ciudad, *sir* John ha estado enfermo y, en consecuencia, no ha ultimado sus asuntos. Le envié un mensaje avisándole de que esperase hasta la noche, ya que el puente no será transitable hasta entonces. Ahora debo intentar descansar una hora; he trabajado toda la noche y no me quedan fuerzas. Avisadme de inmediato si aparece algún mensajero.

Después de pronunciar estas palabras, Coventry se dirigió a su habitación. Bella fue tras él para atenderle, y Jean vagó por toda la casa y sus terrenos, incapaz de descansar. Ya había transcurrido buena parte de la mañana cuando llegó el mensajero. Con una perversa esperanza todavía acechante en su corazón, Jean acudió para informarse de las noticias que traía.

—¿Ha sido hallado? —preguntó con calma, mientras el hombre dudaba si debía hablar.

—Sí, señora.

—¿Está seguro?

—Lo estoy, señora, aunque algunos no estarán convencidos hasta que el señor Coventry venga a confirmarlo.

—¿Está vivo? —y los pálidos labios de Jean temblaron mientras hacía la pregunta.

—Oh, no, señora, eso resultaba imposible bajo todas esas piedras y el agua. El infortunado caballero está tan empapado, aplastado y fracturado, que nadie sería capaz de reconocerlo de no ser por el uniforme y la mano blanca con el anillo.

Jean tomó asiento muy pálida, y el hombre describió el hallazgo del pobre cadáver destrozado. Coventry apareció cuando ya terminaba y, con una mirada en la que se agitaban el remordimiento, la vergüenza y la pena, el hermano mayor partió en busca del menor para traerlo a casa. Sintiendo culpable, Jean se escabulló hacia el jardín en su afán por esconder cómo la satisfacción que sentía forcejeaba con la compasión natural de una mujer ante un final tan aciago para una vida joven y valiente.

—¿Por qué malgasto lágrimas o pena fingida cuando debo alegrarme? —murmuró, mientras caminaba de un lado a otro a lo largo de la terraza—. El pobre muchacho ya no sufre, y yo estoy fuera de peligro.

No fue más allá pues, dándose la vuelta mientras hablaba, ¡se halló frente a frente con Edward! Sin marca alguna de peligro sobre su atuendo o persona, más saludable y fuerte que nunca, permanecía allí en pie mirándola; el desprecio y la compasión bregaban en su rostro. Ella se mantuvo inmóvil como convertida en piedra, con los ojos dilatados, el aliento contenido y las mejillas blanquecinas. Él la observó en silencio sin pronunciar palabra hasta que la joven extendió una temblorosa mano, como si quisiera asegurarse por medio del contacto de que era realmente él. Entonces Edward retrocedió y, como si este gesto fuese tan convincente como las palabras, Jean dijo despacio:

—Me dijeron que estaba muerto.

—Y usted se alegró al creerlo. No, ha sido mi camarada, el joven Courtney, quien de manera inconsciente os ha confundido a todos; perdió la vida, como yo la habría perdido de no haber partido hacia Ascot después de despedirme ayer de él.

—¿A Ascot? —repitió Jean dando unos pasos hacia atrás, pues la mirada de Edward estaba posada sobre ella, y su voz sonaba adusta y fría.

—Sí; pero ya conoce ese sitio. Fui allí para realizar algunas averiguaciones relativas a usted, y quedé muy satisfecho. ¿Qué hace todavía aquí?

—Aún no han transcurrido los tres días. Debe atenerse a su promesa. Antes de que caiga la noche me habré marchado; hasta entonces usted guardará silencio, si es que tiene el honor suficiente para mantener su palabra.

—Lo tengo —Edward sacó su reloj y, mientras lo guardaba de nuevo, dijo con gélida precisión—. Ahora dan las dos, el tren parte hacia Londres a las seis y media; un carruaje la esperará en la entrada lateral. Si me permite el consejo, márchese entonces, pues en el preciso instante en que la cena llegue a su fin, hablaré.

Y, tras inclinar la cabeza ante ella, se adentró en la casa, dejando a Jean casi sin aliento y con un buen puñado de emociones encontradas. Durante unos minutos permaneció inmóvil; pero la inherente energía que poseía le impedía abocarse a la desesperación absoluta hasta no agotar la última esperanza que le quedaba. A pesar de lo frágil que era ahora, se aferró a ella con obstinación, resuelta a ganar el juego desafiando a todo. Soliviantada, se dirigió a su habitación, empacó sus escasos enseres de valor, se vistió con cuidado y, entonces, se sentó a esperar. Escuchó un revuelo de alegría en la planta inferior, vio a Coventry regresar apresuradamente y, por boca de una criada charlatana, averiguó que el cuerpo era en verdad el del joven Courtney. Siendo su uniforme igual al de Edward, y el anillo que lucía un regalo del propio muchacho, los hombres habían conjeturado que el cadáver desfigurado pertenecía al más joven de los Coventry. Nadie, a excepción de la criada, fue a verla; la voz de Bella la llamó en una ocasión, pero alguien la refrenó y la llamada no volvió a repetirse. A las cinco le entregaron un sobre con su nombre escrito a mano por Edward, conteniendo un cheque por el valor de más de un año de salario. Ni una sola palabra acompañaba el obsequio, aunque su generosidad la conmovió, pues en Jean Muir todavía perduraban las reliquias de una naturaleza que en alguna ocasión fue honesta y, a pesar de su falsedad, todavía era capaz de admirar la nobleza y de respetar la virtud. Una lágrima de genuina vergüenza cayó sobre el papel, y sintió su corazón anegarse de verdadera gratitud mientras pensaba que, aun cuando todo lo demás fracasase, no sería arrojada sin un penique hacia un mundo que no sentía compasión por la miseria.

Cuando daban las seis en el reloj, Jean escuchó el sonido de un carruaje que se aproximaba y bajó a su encuentro. Un criado colocó su baúl, dio la orden «A la estación. James», y la joven se alejó sin cruzarse con nadie, hablar con nadie ni, en apariencia, ser vista por nadie. Le sobrevino una sensación de completo agotamiento, y deseó poder recostarse y olvidar. Pero aún quedaba una última oportunidad y, hasta que fallase, no se daría por vencida. Despidiendo el carruaje, tomó asiento para vigilar el tren de las seis y cuarto procedente de Londres, pues *sir* John viajaría en su interior siempre y cuando regresase aquella noche. Le obsesionaba el temor de que Edward se hubiese reunido con él y se lo hubiese contado todo. El primer vistazo al rostro franco de *sir* John delataría la verdad. Si lo sabía todo, ya no habría lugar para la esperanza, y proseguiría sola su camino. Si no sabía nada, aún habría tiempo para la boda y, una vez convertida en su esposa, estaría a salvo, porque en honor a su buen nombre él la encubriría y protegería.

Corrió hacia el tren, *sir* John se apeó, y el corazón de Jean agonizó en su interior. Ofrecía un aspecto serio, pálido y deteriorado, y se apoyaba pesadamente sobre el brazo de un corpulento caballero vestido de negro. «El reverendo Fairfax... ¿por qué ha venido, si ya se ha desvelado el secreto?», pensó Jean, avanzando lentamente al encuentro de ambos y temiendo leer su destino en el rostro de *sir* John. Él la vio, dejó caer el brazo de su amigo, y aceleró sus pasos con el ardor de un hombre joven y el

rostro rebosante de alegría, exclamando con voz, dichosa mientras aferraba la mano de la muchacha:

—¡Pequeña mía! ¿Creía que no llegaría nunca?

Jean fue incapaz de responder, la emoción era demasiado intensa, pero se aferró a él a pesar de la hora o el lugar, y sintió que su última esperanza no había fracasado. El señor Fairfax se mostró a la altura de las circunstancias. Sin hacer pregunta alguna, apresuró a *sir* John y a Jean hacia el interior del carruaje y subió tras ellos con una disculpa anodina. Jean pronto volvió a ser ella misma, y, tras confesar al anciano sus miedos con motivo de su retraso, le escuchó con impaciencia mientras él relataba los diversos contratiempos que le habían retenido.

—¿Ha visto a Edward? —fue su primera pregunta.

—Todavía no, pero sé que ha llegado, y me he enterado de cómo se ha salvado de milagro. Yo tendría que haber viajado en ese tren de no haberme visto retrasado por la indisposición que en aquel momento maldije, y que ahora bendigo. ¿Está preparada, Jean? ¿Se arrepiente de su decisión, querida?

—¡No, no! Estoy preparada, y me siento de lo más dichosa por convertirme en su esposa, querido y generoso *sir* John —exclamó Jean con un alegre entusiasmo que conmovió el corazón del anciano y cautivó al reverendo señor Fairfax, quien ocultaba el espíritu romántico de un muchacho bajo sus vestiduras clericales.

Llegaron a la mansión Hall. *Sir* John dio orden de no recibir a nadie y, tras una cena rápida, mandó llamar a su anciana ama de llaves y a su mayordomo, a quienes confesó su propósito y que su deseo era que actuaran como testigos de su boda. La obediencia había sido la ley que había regido sus vidas y, a sus ojos, el señor era incapaz de cometer un error, así que representaron sus papeles de buena gana, pues en la mansión Hall se tenía a Jean en mucha estima. Tan pálida como su vestido, pero sosegada y segura, se mantuvo al lado de *sir* John, murmurando sus votos en un tono claro y asumiendo las promesas de una esposa con algo que excedía la habitual docilidad de una novia. Cuando el anillo descansaba en su dedo con todas las de la ley, una sonrisa resplandeció en su rostro. Cuando *sir* John la besó y la llamó «su pequeña esposa», derramó una o dos lágrimas de felicidad sincera: y cuando el señor Fairfax se dirigió a ella como «señora», se echó a reír con esa risa melodiosa tan suya, y alzó la mirada hacia un retrato de Gerald con los ojos rebosantes de júbilo. Al tiempo que los criados abandonaban la estancia, llegó un mensaje de la señora Coventry rogando a *sir* John que acudiese a visitarla de inmediato.

—¡No irás a marcharte y dejarme abandonada tan pronto! —rogó Jean, conociendo de sobra el motivo por el que reclamaban su presencia.

—Querida, debo hacerlo.

Y, a pesar de su ternura, la disposición de *sir* John eran demasiado categórica como para oponerse a ella.

—Entonces te acompañaré —afirmó Jean, resuelta a que ningún poder terrenal les separase.



## IX

### LADY COVENTRY

**U**na vez se hubo sosegado la emoción por el regreso de Edward, y antes de tener la oportunidad de preguntarle por el motivo de su inesperada visita, él les dijo que después de la cena su curiosidad sería gratificada y, mientras tanto, les rogó que dejaran tranquila a la señorita Muir, pues había recibido malas noticias y no debía ser molestada. No sin dificultad, los miembros de la familia refrenaron sus lenguas y esperaron con impaciencia. Gerald confesó su amor por Jean y pidió perdón a su hermano por traicionar su confianza. Había esperado un arrebato de ira, pero Edward se limitó a observarle con ojos compasivos y a decir con tristeza:

—¡Tú también! No te reprocho nada, pues sé que sufrirás cuando la verdad salga a la luz.

—¿Qué quieres decir? —exigió Coventry.

—Pronto lo sabrás, mi pobre Gerald, y nos consolaremos el uno al otro.

Nada más pudieron sonsacar a Edward hasta que la cena llegó a su fin, los criados se hubieron marchado y toda la familia se halló reunida a solas. Entonces, pálido y serio, aunque muy dueño de sí mismo gracias a la madurez que las preocupaciones le habían conferido, mostró un manojito de cartas atadas y dijo, dirigiéndose a su hermano:

—Jean Muir nos ha engañado a todos. Conozco su historia; permitidme contarla antes de que os lea sus cartas.

—¡Detente! No pienso escuchar ninguna patraña contra ella. ¡La pobre muchacha tiene enemigos que manchan su buen nombre! —exclamó Gerald, alzándose abruptamente de su silla.

—Por el honor de esta familia, debes escuchar y enterarte de cómo se ha reído de todos nosotros. Puedo probar lo que digo, y convenceros de que posee el arte de un demonio. Siéntate en silencio durante diez minutos y, después, márchate si así lo deseas.

Edward habló con autoridad, y su hermano le obedeció con el corazón encogido.

—Me encontré con Sydney, y me rogó que tuviese cuidado con ella. ¡No, escucha, Gerald! Sé que ha contado su versión de la historia, y que tú la crees; pero sus propias cartas la condenan. Intentó cautivar a Sydney tal y como hizo con nosotros, y a punto estuvo de triunfar en inducirle a casarse con ella. Pero, por muy alocado e irreflexivo que sea, sigue siendo un caballero, y cuando una palabra imprudente de esa mujer levantó sus sospechas, se negó a convertirla en su esposa. Como resultado tuvo lugar una acalorada escena y, con la esperanza de intimidarle,

ella simuló apuñalarse presa de la desesperación. Se hirió, pero fracasó en su objetivo e insistió en acudir a un hospital para morir. *Lady Sydney*, una mujer buena y simple, creyó la versión que contaba la joven, pensó que su hijo era culpable y, cuando se hubo marchado, intentó reparar su falta localizando un nuevo hogar para Jean Muir. Pensó que Gerald se casaría pronto con Lucia y que yo me hallaba lejos, así que la envió aquí a modo de retiro seguro y acomodado.

—Pero, Ned, ¿estás seguro de todo esto? ¿Podemos confiar en la palabra de Sydney? —comenzó Coventry, todavía incrédulo.

—Para convencerte, leeré las cartas de Jean antes de continuar. Fueron remitidas a una cómplice y adquiridas por Sydney. Existía un pacto entre las dos mujeres, según el cual debían mantenerse informadas de todas sus aventuras, complots y planes, y compartir la buena fortuna que recayese sobre cada una de ellas. Por tanto, Jean las escribió sin reserva alguna, tal y como podrás juzgar por ti mismo. Las cartas solo nos conciernen a nosotros. La primera fue escrita pocos después de su llegada.

*Querida Hortense,*

*Otro fracaso. Sydney demostró ser más astuto de lo que yo creía. Todo marchaba bien, hasta que un buen día me vi asaltada por viejos vicios, bebí demasiado vino y, de manera imprudente, admití que había sido actriz. Se mostró estupefacto, y se retractó. Monté una escena, y me hice una herida pequeña e inofensiva para asustarle. El bruto no solo no se asustó, sino que me abandonó a mi suerte sin remordimiento alguno. Habría muerto para fastidiarle de haberme atrevido pero, como no fue así, viví para atormentarle. Por ahora no ha surgido la oportunidad, pero no me olvidaré de él. Su madre es una criatura humilde e inútil a quien pude manipular a mi antojo, y fue gracias a ella que encontré una colocación excelente. Una madre enferma, una hija idiota y dos hijos disponibles. Uno de ellos está comprometido con un hermoso ténpano, pero eso le hace más atractivo a mis ojos: la rivalidad supone un enorme añadido al encanto de las conquistas personales. Bueno, querida, me presenté en la casa vestida de manera humilde con la intención de dar lástima; pero, antes de conocer a la familia, ya estaba tan enfadada que apenas podía controlarme. Por culpa de la indolencia de Monsieur, el joven amo, no enviaron ningún carruaje a recogerme, y me encargaré de que pague por esa grosería tarde o temprano. El hijo menor, la madre y la muchacha me recibieron con aires de superioridad, y yo reconozco a las personas simples nada más verlas. Monsieur (así voy a llamarlo, pues escribir nombres es arriesgado) se mostró inaccesible, y no se molestó en ocultar su desagrado hacia las institutrices. La prima era adorable, aunque también detestable a causa de su orgullo, su frialdad y su muy evidente adoración por Monsieur, quien permite que le venere como al ídolo inanimado que es. Sentí odio hacia los dos, naturalmente, y, a modo de agradecimiento por su insolencia, a ella la atormentaré a base de celos y a él le enseñaré a cortejar a una mujer mientras le rompo el corazón. Es una familia profundamente orgullosa, pero creo que soy capaz de humillarlos a todos embelesando a los hijos y, una vez estén a mis pies, me desharé de ellos y me casaré con su anciano tío, cuyo título me resulta de lo más tentador.*

—¡Ella jamás escribió eso! Es imposible. Una mujer no sería capaz de hacerlo — exclamó Lucia con indignación, mientras Bella permanecía sentada y perpleja, y la señora Coventry resistía gracias a las sales y a su abanico. Coventry acudió junto a su hermano, examinó la caligrafía y regresó a su asiento, diciendo en un tono de ira contenida:

—Sí que lo escribió. Yo mismo eché al correo algunas de esas cartas. Prosigue, Ned.

*Me mostré útil y agradable con aquellos que parecían más amigables, y escuché la conversación entre los tortolitos. No me interesaba, así que me desmayé para ponerle fin y provocar el interés de la incitadora pareja. Pensaba que había tenido éxito, pero Monsieur sospechó de mí y no dudó en hacérmelo saber. Olvidé mi rol humilde y le lancé una teatral mirada. Causó un buen efecto, y volveré a usarla. Ese hombre merece mucho la pena, pero prefiero el título; su tío es un caballero apuesto y sano, así que no puedo esperar hasta que se muera, aun cuando Monsieur es muy atractivo, con su elegante languidez y su corazón tan profundamente dormido que ninguna mujer ha tenido todavía la destreza de despertarlo. Conté mi historia y la creyeron, aunque tuve la audacia de decir que solo tenía diecinueve años, de hablar con acento escocés y de confesar con timidez que Sydney deseaba casarse conmigo. Monsieur conoce a S. y evidentemente sospecha algo. Debo estar en guardia con él y mantenerle alejado de la verdad, si es posible.*

*Aquella noche, cuando me quedé sola, me sentí muy abatida. Algo en el ambiente de este hogar que anhelase ser una persona completamente distinta a la que soy. Mientras permanecía allí sentada intentando armarme de valor, pensé en aquellos días en que era joven y bonita, virtuosa y alegre. En mi espejo vi reflejada a una mujer vieja de treinta años, pues me había quitado mis bucles postizos y el maquillaje, y mi rostro ya no se ocultaba tras su máscara. ¡Bah! ¡Cómo odio la sensiblería! Bebí a tu salud de tu propia petaca, me fui a la cama y soñé que interpretaba a lady Tartufo<sup>[15]</sup>... pues eso es lo que hago. Adiós, pronto más.*

Nadie habló cuando Edward se detuvo y, cogiendo otra carta, siguió leyendo:

*Mi querida criatura,*

*Todo va bien. Al día siguiente comencé mi tarea y, habiendo vislumbrado un destello de la personalidad de cada uno, probé mis habilidades sobre ellos. Por la mañana temprano corrí a visitar la mansión Hall. Le otorgué mi más sincera aprobación, y di mi primer paso para convertirme en su señora despertando la curiosidad de su dueño y adulando su orgullo. Su finca es su deidad; la elogí haciéndole a él unos cuantos cumplidos toscos, y se mostró encantado. El pequeño de la familia adora a los caballos; me jugué el cuello para acariciar a su bestia, y él se mostró encantado. La niña es una enamorada de las flores; hice un ramillete y me puse sentimental, y ella se mostró encantada. El témpano rubio adora a su difunta mamá; yo me embelesé ante un viejo retrato suyo, y ella se derritió. Monsieur está acostumbrado a ser venerado; no le presté atención y, gracias a la perversidad natural de la naturaleza humana, él comenzó a fijarse en mí. Le gusta la música; yo canté, y me detuve cuando había escuchado lo suficiente como para desear más. Disfruta con indolencia cuando otros le entretienen; le mostré mi talento, pero me negué a ejercerlo para él. En pocas palabras, le torturé hasta que comenzó a despertar. Para deshacerme del más joven decidí cautivarle, y le han mandado lejos. Pobre muchacho, me caía bastante bien, y si hubiese estado más cerca del título me habría casado con él.*

—Muchas gracias por semejante honor.

Y los labios de Edward se curvaron con un intenso desprecio. Pero Gerald permanecía sentado como una estatua, con los dientes apretados, la mirada encendida y las cejas arqueadas, esperando el final.

*El apasionado muchacho casi mata a su hermano, pero saqué buen provecho del asunto, y embrujé a Monsieur interpretando el rol de enfermera hasta que Vasti<sup>[16]</sup> (el témpano) interfirió. Entonces representé el papel de la virtud ultrajada, y me mantuve fuera de su vista sabiendo que me echaría de menos; le confundí con respecto a S. mandando una carta donde S. no podría recibirla, y propicié todo tipo de escenas tiernas para vencer a esta orgullosa criatura. Mientras tanto, me llevaba muy bien con sir J., y le embelesaba en privado comportándome como una hija afectuosa. Es un anciano respetable, simple como un niño, honesto como el día y generoso como un príncipe. Seré una mujer dichosa si lo consigo, y tú compartirás mi buena fortuna, así que deséame que triunfe.*

—Esta es la tercera, y contiene algo que os sorprenderá —dijo Edward, mientras mostraba en alto otro papel.

*Hortense:*

*He hecho lo que hace tiempo planeé llevar a cabo en una ocasión distinta. Sabes que mi apuesto y disoluto padre convirtió a una dama de alcurnia en su segunda esposa. Solo vi una vez a lady H... porque me apartaron de ellos. Tras descubrir que este buen sir J. la había conocido cuando solo era una muchacha, y asegurarme de que no estaba al tanto de la muerte de su hijita, le dije con audacia que yo era esa niña, y le conté una patética historia sobre mi infancia. Funcionó de maravilla; se lo contó a Monsieur, y ambos sintieron una compasión de lo más galante por la hija de lady Howard, aun cuando antes me habían menospreciado tanto a mí como a mi pobreza y mi humildad. Ese muchacho se compadeció de mí con un afecto honesto y se mostró ansioso por conocer más datos sobre mis orígenes. No lo olvidaré y le recompensaré si está en mi mano. Con la intención de que el asunto con Monsieur se precipitase hacia un exitoso trance, organicé una noche teatral y me sentí como pez en el agua. Debo contarte un pequeño suceso, porque cometí un delito necesario y a punto estuve de ser descubierta. No bajé a cenar, sabiendo que la polilla volvería a revolotear alrededor de la vela, y prefiriendo que ese revoloteo se llevase a cabo en privado, ya que Vasti apenas es capaz de controlar sus celos. Mientras atravesaba el vestidor de caballeros, atisé al vuelo una carta que se hallaba entre los trajes. No tenía nada que ver con la representación, y una extraña sensación de miedo me recorrió de arriba abajo cuando reconocí la letra de S. Había temido algo así, pero creo en el destino y, habiendo encontrado la carta, la examiné. Sabes que puedo imitar casi cualquier caligrafía. Cuando leí en aquel papel, narrada con toda sinceridad, la historia íntegra sobre mi asunto con S., y también que había realizado averiguaciones sobre antigua vida y descubierto la verdad, me puse hecha una furia. Fracasar cuando estaba tan cerca del éxito me resultaba insoportable, y decidí arriesgarlo todo. Abrí la carta deslizando la hoja caliente de un cuchillo bajo el sello de lacre, y de este modo el sobre quedó intacto; imitando la letra de S., escribí unas pocas líneas con su estilo apresurado diciendo que estaba en Baden, y así, si Monsieur respondía, S. no recibiría la contestación porque en realidad se halla en Londres, según parece. Metí esta carta en el bolsillo donde la otra debía haber caído, y estaba felicitándome por haberme salvado de milagro cuando Dean, la doncella de Vasti, apareció como si me hubiese estado vigilando. Resultaba evidente que había visto la carta en mi mano y que sospechaba algo. La ignoré, pero debo tener cuidado, porque se mantiene alerta. Después de esto, la velada llegó a su fin con una representación estrictamente privada en la que Monsieur y yo éramos los únicos actores. Para asegurarme de que aceptaba primero mi versión de la historia, le conté una fábula romántica en torno a la persecución de S., y se la creyó. A continuación tuvo lugar cierto episodio tras un rosal a la luz de la luna, y envié al joven caballero a casa en un estado medio aturdido. ¡Qué tontos son los hombres!*

—¡Cuánta razón tiene! —murmuró Coventry, quien se había sonrojado intensamente de vergüenza e indignación mientras se hacía pública su estupidez. Lucia escuchaba guardando un silencio estupefacto.

—Solo una más, y mi desagradable tarea casi habrá llegado a su fin —dijo Edward desdoblado el último de los papeles—. Esto no es una carta, sino la copia de una que fue escrita hace tres noches. Dean registró con astucia el escritorio de Jean Muir mientras ella se encontraba en la mansión Hall y, temiendo traicionar su acción si se quedaba con la carta, hizo una copia apresurada que hoy me ha entregado, rogándome que salve a esta familia de la desgracia. Esto completa la cadena. Vete ahora si es lo que deseas, Gerald. Te ahorraría con mucho gusto el dolor de escucharlo.

—No pienso escabullirme; me lo merezco. Continúa leyendo —repuso Coventry, adivinando lo que venía a continuación y armándose de valor para oírlo. De mala gana, su hermano leyó estas líneas:

*¡El enemigo se ha sometido! Felicítame, Hortense; puedo convertirme en la esposa de este orgulloso Monsieur, si así lo deseo. Piensa en el honor que supone para una mujer divorciada de un actor de mala reputación. Me burlo de esta comedia y la disfruto, pues solo espero a que el trofeo que realmente deseo sea mío con todas las de la ley para rechazar a este pretendiente, que ha demostrado ser deshonesto con su hermano, con su prometida y con su propia conciencia. Decidí vengarme de los dos, y he mantenido mi palabra. Por mí se deshizo de la hermosa mujer que realmente le amaba, olvidó la promesa que le hizo a su hermano y apartó su orgullo para rogarme que le entregase mi derrotado corazón, indigno del amor de un buen hombre. Ah, vaya, estoy satisfecha, porque Vasti ha sufrido el dolor más acerado que una mujer orgullosa puede soportar; recibirá un nuevo zarpazo cuando le cuente que desprecio a su cobarde enamorado, y que se lo devuelvo para que haga con él lo que quiera.*

Coventry dio un respingo en su silla con una virulenta exclamación, pero Lucia escondió el rostro entre sus manos, llorando, como si el zarpazo hubiese sido más hiriente de lo que incluso Jean había anticipado.

—¡Que alguien vaya a buscar a *sir* John! Esa criatura me aterroriza. Llévósla; haced algo con ella. ¡Mi pobre Bella, en menuda compañía estabas! ¡Que alguien traiga a *sir* John de inmediato! —exclamó la señora Coventry sin coherencia alguna, estrechando a su hija entre sus brazos, como si Jean Muir fuese a irrumpir y aniquilar a toda la familia. Tan solo Edward mantenía la calma.

—Ya he enviado a buscarle y, mientras esperamos, dejadme poner un punto y final a esta historia. Es verdad que Jean es la hija del esposo de *lady* Howard, el supuesto clérigo que en realidad ha resultado ser un hombre mezquino que se casó con ella por su dinero. Su única hija murió, pero esta joven, gozando de belleza, inteligencia y un espíritu audaz, se hizo con las riendas de su propio destino y se convirtió en actriz. Se casó con un actor, y se condujo por la vida de un modo temerario durante algunos años; tras discutir con su esposo, se divorció y se marchó a París; se bajó de los escenarios e intentó mantenerse trabajando como institutriz y como dama de compañía. Ya sabéis cómo le fue con los Sydney, cómo nos ha engañado a nosotros y, de no ser por este descubrimiento, habría embaucado a *sir* John. Llegué a tiempo para prevenirlo, gracias a Dios. Se ha ido; nadie sabe la verdad salvo Sydney y nosotros mismos. Él guardará silencio por su propio bien; nosotros lo haremos por el nuestro, y abandonaremos a esta mujer a la suerte que con toda seguridad le sobrevendrá.

—Gracias. Sí que le ha sobrevenido, y le parece de lo más dichosa.

Una voz suave murmuró estas palabras y, junto a la puerta, apareció un fantasma que hizo que todos se sobresaltasen y retrocediesen asombrados: Jean Muir apoyándose en el brazo de *sir* John.

—¿Cómo se atreve a volver? —comenzó Edward, perdiendo el control que tanto le había costado mantener—. ¿Cómo se atreve a insultarnos regresando para disfrutar del daño que nos ha causado? ¡Tío, no conoce a esa mujer!

—Cálmate, muchacho, no escucharé ni una sola palabra a menos que mantengas la compostura —dijo *sir* John con un ademán imponente.

—Recuerda tu promesa: amarme, perdonarme, protegerme y no escuchar sus acusaciones —susurró Jean, cuyos sagaces ojos habían descubierto las cartas.

—Lo haré; no temas, criatura —respondió el anciano, atrayéndola un poco más hacia él mientras ocupaba su lugar habitual ante la chimenea, siempre encendida cuando la señora Coventry se hallaba en el piso inferior.

Gerald, que había estado caminando inquieto de un lado al otro de la estancia, se detuvo tras la silla de Lucia, como si quisiera protegerla de alguna afrenta; Bella se aferró a su madre; y Edward, calmándose con gran esfuerzo, entregó las cartas a su tío, diciendo brevemente:

—Léalas, señor, y permita que hablen por sí mismas.

—No voy a leer nada, ni escuchar nada o creer nada que pueda, de un modo u otro, menguar mi respeto y afecto por esta joven dama. Me ha preparado para esto. Conozco la identidad del enemigo que es tan poco hombre como para poner en entredicho su palabra y amenazarla. Sé que ambos la habéis amado sin éxito, y eso explica el trato injusto y descortés que le ofrecéis ahora. Todos hemos cometido errores y estupideces. Perdono a Jean los suyos sin reserva alguna, y no deseo saber nada sobre ellos de vuestros labios. Si ha ofendido en su inocencia, perdonadla por respeto a mí y olvidad el pasado.

—Pero, tío, tenemos pruebas de que esta mujer no es lo que parece. Sus propias cartas la condenan. Léalas, y no se deje engañar de manera tan imprudente —exclamó Edward, indignado ante las palabras de su tío.

Una risa sorda los sobresaltó a todos, y al instante descubrieron su procedencia. Mientras *sir* John hablaba, Jean había arrebatado las cartas de la mano que él había colocado a su espalda —uno de sus gestos favoritos— y, sin ser vista, las había arrojado al fuego. La risa burlona y la repentina llamarada evidenciaron lo que había sucedido. Los dos jóvenes dieron un salto hacia delante, pero era demasiado tarde; las pruebas ya eran cenizas, y la mirada osada y radiante de Jean Muir les desafió con un leve gesto desdeñoso mientras decía:

—¡Aparten esas manos, caballeros! Puede que ustedes se degraden a la labor de detectives, pero yo aún no soy su prisionera. Quizás podían hacerle daño a la pobre Jean Muir, pero *lady* Coventry está fuera de su alcance.

—¡*Lady* Coventry! —repitió la consternada familia en diversos tonos de incredulidad, indignación y sorpresa.

—Sí, mi querida y estimada esposa —dijo *sir* John, rodeando con un brazo protector la esbelta figura que tenía a su lado; y, en ese gesto, en sus palabras, se vislumbraba una tierna dignidad que conmovió a sus oyentes con compasión y respeto hacia ese hombre engañado—. Acogedla como tal y, por mi bien, absteneos de cualquier otra acusación —prosiguió sin tregua—. Sé lo que he hecho. No temo arrepentirme de ello. Si estoy ciego, dejadme en este estado hasta que el tiempo me

abra los ojos. Nos vamos de viaje por una temporada y, cuando regresemos, dejad que nuestra vida transcurra como siempre, sin más cambios que la presencia de Jean, que me llenará de luz igual que hará con vosotros.

Nadie habló, pues nadie sabía qué decir. Jean rompió el silencio, diciendo con frialdad:

—¿Puedo preguntar cómo han llegado a ser esas cartas de su propiedad?

—Siguiendo el rastro de su antigua vida, Sydney encontró a su amiga Hortense. Vivía en la pobreza, la sobornó con dinero y ella le entregaba sus cartas tan pronto las recibía. A la larga, los traidores siempre son traicionados.

Jean se encogió de hombros y miró a Gerald de soslayo, diciendo con su característica sonrisa:

—Pues nunca lo olvide, *monsieur*, y permítame albergar la esperanza de que sea usted más feliz en el matrimonio que en el cortejo. Reciba mi enhorabuena, señorita Beaufort; le ruego que siga mi ejemplo si no desea perder a sus pretendientes.

En ese momento cualquier atisbo de sarcasmo y desafío abandonó su voz y su mirada, y el único atributo virtuoso que aún sobrevivía en la taimada naturaleza de esta mujer resplandeció en su rostro mientras se giraba hacia Edward y Bella, que se hallaban junto a su madre.

—Ustedes han sido amables conmigo —dijo con afecto agradecido—. Les doy las gracias por ello, y les recompensaré si está en mi mano. Ante ustedes reconozco que no merezco ser la esposa de este hombre bueno, y les prometo de manera solemne que consagraré mi vida a su felicidad. Por su bien, perdónenme, y que haya paz entre nosotros.

No hubo respuesta, pero los ojos indignados de Edward se posaron sobre los suyos. Bella titubeó a la hora de extender su mano, y la señora Coventry sollozó como si algún remordimiento se entremezclase con su animadversión. Jean no parecía esperar ninguna manifestación amigable y, comprendiendo que se contenían por el bien de *sir* John, no por el de ella, aceptó su menosprecio como justo castigo.

—Volvamos a casa, amor mío, y olvidemos todo esto —dijo su esposo tocando la campanilla, deseoso de marcharse—. El carruaje de *lady* Coventry.

Mientras daba la orden, una sonrisa surcó el rostro de Jean, pues sus palabras le confirmaron que había ganado el juego. Antes de desaparecer de su vista se detuvo por un instante en el umbral de la puerta, miró hacia atrás y, fijando sobre Gerald esa extraña mirada que él recordaba a la perfección, dijo con penetrante voz:

—¿Verdad que la última escena ha sido mejor que la primera?



## POSFACIO

*LOUISA MAY ALCOTT*  
*LA MADRE DEL «DOMESTIC NOIR»*



**E**n el casi inabarcable océano literario que hoy denominamos género negro —«noir» cuando queremos americanizar la expresión—, las etiquetas se multiplican: «country noir», «gothic thriller», «psychological thriller», «sensation novel», «locked-room mystery», «cozy mystery», «humdrum mystery», «hard-boiled fiction», «domestic noir»... todas ellas con sus correspondientes traducciones al castellano, que ya se ha preocupado de crear nuevas definiciones como «novela gris asfalto», «novela negra de barrio», etc...

Jo March, heroína creada por Louisa May Alcott en su obra *Mujercitas*, fue la joven en la que se reflejaron las inquietudes y sentimientos de la propia escritora. A March le gustaban las «sensation novels», aquellas obras de suspense que escritoras y escritores de la talla de Mary Elizabeth Braddon o Wilkie Collins publicaron en Inglaterra en 1860 y años posteriores. En Estados Unidos, aquella corriente literaria fue acogida por los magazines, donde A. M. Barnard, un escritor desconocido que se ocultaba tras aquel seudónimo, comenzó a publicar las que pronto fueron conocidas como «historias de sangre y truenos».

Louisa May Alcott comenzó a escribir desde muy joven para ayudar económicamente a su familia, pero, para muchos lectores, el punto de arranque de esa actividad literaria se sitúa en el año 1868, fecha de publicación de *Mujercitas*. Sin embargo, Madeleine B. Stern y Leona Rostenberg, dos libreras especializadas en la obra de Alcott que investigaban la correspondencia de la autora en la biblioteca Houghton de Harvard, hallaron varias cartas que modificaban y adelantaban esa fecha. Esas cartas, escritas por los editores Elliott, Thomes & Talbot, revelaban un seudónimo, A. M. Barnard, que, aunque no fue el único que utilizó durante su vida, sí fue el usado por Alcott durante sus primeros años como escritora. Gracias a este alias, del que se desconocía su existencia, salió a la luz toda una obra literaria ajena al mundo creado en *Mujercitas*.

En 1863, Alcott ganó un concurso literario convocado por un periódico con *Pauline's passion and punishment*, obra en la que se mencionaba por primera vez el término «sangre y truenos», iniciando una producción literaria con el seudónimo A. M. Barnard que solo abandonó a partir del éxito de *Mujercitas*. No obstante, antes de 1863 ya había publicado numerosos relatos de forma anónima, a veces reeditados con pequeñas variaciones, con un estilo literario ajeno al utilizado bajo la pluma de A. M. Barnard. En 1848 escribió sus primeras piezas teatrales, destinadas a ser representadas junto con sus hermanas en el hogar familiar. De 1849 data un manuscrito encontrado en la biblioteca Houghton, *The inheritance*, que, tras acreditarse la autoría de Alcott, fue publicado por primera vez en 1997<sup>[17]</sup>. En 1851 publicó su primera poesía bajo el seudónimo de Flora Fairchild... ya fuese con este último alias, con el más fácilmente reconocible de L.M.A., o de forma anónima, se sucedieron más de veinte publicaciones —poesías, artículos, relatos— entre 1852 y 1862.

*Pauline's passion and punishment*, también publicado de forma anónima en 1863, fue el primero de los *thrillers* —o «domestic noir», si se prefiere— escrito por Louisa May Alcott. A partir de 1863 escribió varias obras de «sangre y truenos», que fueron publicadas de forma anónima o bajo el seudónimo de A. M. Barnard: *A whisper in the dark* (1863), *A pair of eyes, or, Modern magic* (1863), *V. V.: or, Plots and counterplots* (1865), *A marble woman, or, The mysterious model* (1865, A. M. Barnard), *The tale of the forest* (1865), *Tras la máscara* (1866, A. M. Barnard), *The abbot's ghost, or, Maurice Treherne's temptation* (1867, A. M. Barnard), *Taming a tartar* (1867), *The mysterious key and what it opened* (1867) o *The skeleton in the closet* (1867).

*V. V.: or, Plots and counterplots* (1865) fue publicado de forma anónima<sup>[18]</sup> en *The flag of our Union*, semanario en el cual A. M. Barnard también publicó *A marble woman* y *Tras la máscara*. Estas tres obras constituyen los *thrillers* más perfectos elaborados por Alcott, a los que habría que añadir *A Modern Mephistopheles, or, The Fatal Love Chase*, remitida al mismo semanario para su publicación en 1866, y que fue rechazada por ser considerada una novela «demasiado atrevida» —tuvo que esperar hasta 1889 para verla impresa en Boston—. El rechazo a la publicación de esta obra ejemplifica el motivo por el que Louisa May publicaba de forma anónima o bajo seudónimo, llegando a afirmar lo siguiente: «Siempre seré una víctima desdichada de las respetables tradiciones de Concord». Sin embargo, fue capaz de absorber la tradición literaria de la ciudad en que vivía, representada en dos de los escritores más increíbles de Nueva Inglaterra, Nathaniel Hawthorne y Edgard Allan Poe, que guiaron sus primeros pasos literarios en el misterio y el suspense.

Concord (Massachusetts) era una comunidad puritana y tradicionalista, una ciudad rodeada de extensos bosques y de una naturaleza primigenia y opresora. El padre de Louisa May Alcott, Amos Bronson Alcott, era un respetado miembro de la comunidad incapaz de llevar dinero a su hogar: educador, vegetariano —cuando aún no se había inventado tal término— y, a la postre, un idealista. Se casó con Abigail «Abba» May, una mujer con la que compartía unas ideas reformistas que intentaba aplicar, muchas veces sin éxito, en las escuelas que dirigió a lo largo de su vida<sup>[19]</sup>. De su padre, Louisa May heredó un marcado espíritu abolicionista y un apasionado respeto por los derechos de las mujeres. Además, las amistades que rodearon a su familia fueron un elemento esencial para que naciera su pasión por la literatura.

Ralph Waldo Emerson —filósofo, creador de la corriente trascendentalista americana, poeta y ensayista— conoció a Amos Bronson Alcott en 1836. La familia Alcott se trasladó a Concord en 1940, manteniendo un círculo de amistad en el que se integró el escritor Henry David Thoreau —defensor de la filosofía de la desobediencia civil, educador, escritor, naturalista y autor de *Walden, o La vida en los bosques*—. Ambos autores encontraron en Amos una pasión intelectual con la que conectaron de inmediato. Bajo el liderazgo de Emerson, la ciudad de Concord se convirtió en el eje geográfico desde el que se expandieron las ideas del

trascendentalismo, una filosofía cuyo ideario estaba basado en la naturaleza. Esas ideas revolucionarias, que a veces no eran entendidas por los padres de los niños a los que Amos daba clase, sí calaron en su hija.

El debate sobre el ideario común fomentó interminables reuniones y conversaciones. Amos Bronson defendía el poder de la palabra: «Toda la belleza y las ventajas de una conversación», escribió, «residen en sus contrastes audaces y diligentes sorpresas... La prosa y la lógica están fuera de ese lugar, donde todo es fluido, mágico y libre». Sin embargo, Ralph Waldo Emerson y Henry David Thoreau impregnaron el intelecto de Louisa May Alcott con el amor por la literatura. Thoreau fue su profesor, y gustaban de hablar sobre la naturaleza mientras daban paseos en su barco, el «Musketaquid», a través de los ríos que surcaban los bosques de Concord; Emerson fue su gran amigo, aquel cuya inacabable biblioteca le proveía de los libros que devoraba y que crearon su alma de escritora.

Los dos escritores eran vecinos de la familia Alcott y, según algunas biografías, fueron objeto de un amor no correspondido por parte de Louisa May. En 1863, Louisa era ya una solterona que había regresado a Concord tras trabajar como enfermera voluntaria durante la Guerra Civil. *Pauline's passion and punishment*, su primer *thriller*, nació posiblemente de aquellas lecturas juveniles de la biblioteca de Emerson... y también de la obra de otro escritor a quien los Alcott vendieron «Hillside», el hogar en Concord en el que la escritora y sus hermanas vivieron muchas de las escenas que luego fueron recordadas en *Mujercitas*.<sup>[20]</sup>

Hablamos de Nathaniel Hawthorne, autor de *La letra escarlata* y primer gran narrador de relatos cortos. Hawthorne no era trascendentalista; su obra está inmersa en lo que se denomina «romanticismo oscuro», donde es el mal, y no la naturaleza, el que guía la mente humana. Es imposible que Louisa May no hubiera leído *La letra escarlata* (1850), una novela que precedió a muchas otras en las que la mujer se convertía en la antiheroína, creando un cliché absolutamente novedoso para su época y que sería repetido años más tarde en las «sensation novels» victorianas, de las que *El secreto de lady Audley*, de Mary Elizabeth Braddon, es un buen ejemplo. Poca discusión cabe en considerar *La letra escarlata* como uno de los primeros *thrillers* literarios. Además, en la protagonista de la novela, Hester Prynne, reside una fortaleza mental, un rechazo a la moral puritana de Nueva Inglaterra, un reconocimiento al poder de decisión de la mujer sobre su vida y la asunción de un nuevo rol de rechazo ante una sociedad patriarcal que quiere controlar la sexualidad femenina, que también se aprecia en las protagonistas de las «historias de sangre y truenos» que escribió Louisa May Alcott.

*La letra escarlata* tenía todavía mucho de novela histórica. Dar el paso a la creación de un *thriller* y, lo que es más, a un «domestic noir», pudo tener que ver con otras lecturas de Louisa May Alcott. En 1842, Edgard Allan Poe, escritor también oriundo de Nueva Inglaterra, había publicado su primer relato con el detective Auguste Dupin, *Los crímenes de la calle Morgue*, al que siguió al año siguiente *El*

*misterio de Marie Rogêt*. Al igual que Hawthorne, Poe lideraba la corriente literaria del «romanticismo oscuro», pero creó los primeros relatos que configuran el futuro de la novela criminal. Combina el relato enigma —el «whodunit» o «quién lo hizo»—, que representan *Los crímenes de la calle Morgue* o *La carta robada*, con la investigación del mundo sórdido del crimen pasional de *El misterio de Marie Rogêt*. Además, crea al primer detective, el caballero francés Auguste Dupin, un modelo que muchos escritores desarrollarían después.

Louisa May Alcott se vio sin duda atraída por estas historias surgidas de la imaginación de Poe, y se convirtió en una de las primeras escritoras americanas en crear a un detective a imagen y semejanza de Auguste Dupin. En *V. V.: or, Plots and Counterplots* (1865), creó a un detective francés como Dupin: lo llamó *monsieur Antoine Dupres*, aunque también usaba el alias de Mr. Dupont; se autodenominaba «el magnífico» y estaba claramente modelado en el Auguste Dupin de Poe. Aun así, Louisa May no fue la única escritora en seguir los pasos del autor nacido en Boston. En *The Dead Letter* (1866), la novelista Metta Victoria Fuller Victor, escribiendo con el seudónimo Seeley Regester, creó al detective Mr. Burton, un eficiente detective que requería la ayuda de una mujer con poderes de clarividencia para resolver un crimen. Harriet Elizabeth Prescott Spofford, por su parte, escribió un relato, *Mr. Furbush* (1865), con un detective protagonista.

En las novelas de Alcott/Barnard se produce la recreación del romanticismo oscuro de Poe y los primeros ejemplos del *thriller* doméstico. Si en el siglo XVIII la heroína era acosada por el mal en un entorno tenebroso como una mansión, un castillo o un convento —como ejemplo, *Los misterios de Udolfo*, de Ann Radcliffe—, en el siglo XIX se accede a un nuevo escenario: el «ambiente doméstico», y el terror es sustituido por el crimen y un asesino que busca apropiarse de una herencia —*El misterio de Notting Hill* (1865)— o asesinar a la protagonista. *La dama de blanco* de Wilkie Collins es el paradigma de este género, la «sensation novel», denominada por algunos «domestic detective fiction». La trama se desarrolla en la casa familiar y se basa en una investigación a lo largo de la novela, como en *La piedra lunar*, del propio Collins, o en *The adventures of Susan Hopley*, la novela de Catherine Crowe que se publicó en el mismo año que el primer relato de Auguste Dupin. La mujer aterrorizada que sustentaba la novela gótica fue sustituida por la mujer que debía enfrentarse al criminal. Fue Anna Katharine Green, la madre de la novela de detectives, quien dio continuidad a la mujer investigadora creando el personaje de Amelia Butterworth y, aunque fue considerada durante años la escritora pionera de la novela criminal en Estados Unidos, el papel fundamental de la obra de Louisa May Alcott como precursora del género es incuestionable. Además, en la obra de Alcott hay una pátina reivindicativa de la mujer y de su papel en la sociedad que convierte su obra en progresista a la vez que pionera y, por ello, en merecedora de un reconocimiento especial.

En *V. V.: or, Plots and Counterplots* (1865), más importante que el personaje que conduce la investigación, Antoine Dupres, es el de la posible criminal a la que investiga, Virginia Varens, una mujer que esconde su identidad y su pasado como actriz. En *Tras la máscara*, posiblemente el mejor «domestic noir» escrito por Louisa May Alcott, la autora rompe moldes y refleja en una novela su personalidad valiente en defensa de la mujer. En esta obra existe una profunda reflexión sobre el papel de la mujer victoriana en la sociedad, y se propone un nuevo modelo femenino que atesora un poder que hasta entonces era un patrimonio del masculino, un poder que se reflejaba en la política, en el acceso a la universidad o en el derecho al sufragio. Louisa May Alcott fue pionera en ejercer el derecho al voto y tuvo que demostrar que sabía escribir para poder ejercerlo. En la sociedad en la que le tocó vivir, la mujer ocupaba un papel secundario, incluidos los ámbitos del hogar o la sexualidad, contra el que Alcott se rebeló. Aceptó firmar bajo seudónimo o de manera anónima, igual que tuvo que hacerlo Mary Shelley con su *Frankenstein*, pero ella sabía que estaba ganando una batalla. El seudónimo de A. M. Barnard no era más que una máscara que debía aceptar para presentar su obra y su visión de la nueva mujer. Esta puede verse obligada a usar dicha máscara como si usara un maquillaje, pero, como sucede con la protagonista de *Tras la máscara*, debe ser consciente del poder que atesora — incluido el poder de su sexualidad— si quiere asegurar su felicidad y su éxito. La máscara es un rol, una fachada impostada. Tal y como expresa la protagonista en la novela, cuando cae el telón, sabe que puede ser ella misma durante unas pocas horas.

Puede que las novelas firmadas como A. M. Barnard supusieran para Louisa May Alcott «potboilers» o «necessity stories», es decir, novelas escritas para cubrir el sustento de su familia, pero es indudable que Alcott sabía que había una tradición literaria anterior a ella a la que dio nueva forma. El lector o lectora de *Tras la máscara* encontrará en la novela el misterio de la *Rebecca* de Daphne du Maurier, trasponiendo a la siniestra gobernanta de Rebecca —la señora Danvers— en la institutriz Jean Muir, un rol femenino tal vez no muy alejado en su personalidad a la institutriz de la familia Hawthorne, mujer de gran personalidad y capacidad literaria a la que Louisa May Alcott conocía de cerca. El lector encontrará en *Tras la máscara* una novela oscura, un *thriller* doméstico de perfecta factura no muy diferente de los que en la actualidad inundan los estantes de las librerías y, sobre todo, una obra que transmite la ideología feminista de su autora con sagaz inteligencia.

Louisa May Alcott, escritora inteligente y reivindicativa —«Estoy tan atareada en luchar por la igualdad de derechos de la mujer en el trabajo que no me queda tiempo para luchar por la igualdad de sufragio», se lamentaba—, pasará a la posteridad por Mujercitas, pero sería injusto no reconocer su papel pionero en la novela de suspense en una época en la que no se había inventado ni el *thriller* ni el «domestic noir», aunque lo apropiado sería recuperar la calificación que la autora concibió: «historias de sangre y truenos».

*Juan Mari Barasorda<sup>[21]</sup>  
Bilbao, mayo de 2018*

# Notas

[1] En 1869, Louisa escribió en su diario: «Todas las deudas están pagadas... ¡gracias a Dios!». <<

[2] Huérfano desde la niñez, fue acogido por la familia Alcott cuando tenía catorce años. <<

[3] Abogada y traductora especializada en traducción jurídica y literaria, colabora con Unión Editorial desde 2013. Apasionada de la Historia, ha colaborado como articulista en la revista *El Reto Histórico*. Una de sus últimas colaboraciones profesionales ha sido con la historiadora Helen Rappaport realizando labores de documentación y traducción para su libro «The Race to Save the Romanovs». <<

[4] Alusión a Elisabeth Félix (1821-1858), más conocida como *Mademoiselle Rachel*, o Rachel Félix, actriz francesa de fama internacional durante la primera mitad del siglo XIX, orgullosa de sus raíces judías y famosa por su apoyo a la emancipación de las mujeres. Estaba considerada la mejor actriz dramática del viejo continente. <<

[5] Juno, equivalente a la Hera griega, representa en la mitología romana a la diosa del matrimonio, de la maternidad y a la reina de los dioses. Era hija de Saturno y Ops, y hermana y esposa de Júpiter. <<

[6] Canción folclórica interpretada por los gondoleros venecianos, aunque también puede referirse a una obra musical que imite ese estilo. <<

[7] Referencia a la «Burke's Peerage», guía de títulos nobiliarios de Gran Bretaña e Irlanda, así como de otros datos de interés de las casas reales europeas. Fue publicada en Londres por vez primera en el año 1826 por el editor irlandés John Burke. En los siglos XIX y XX, la «Burke's Peerage» sirvió como guía para los matrimonios concertados, pues aristócratas de diverso linaje buscaban familias de similar origen para emparentar a su descendencia. Los miembros de la alta nobleza poseen títulos de Par (duque, marqués, conde, vizconde y barón) a los que se refiere frecuentemente como nobles o lores. El resto de la nobleza es englobada en la baja nobleza, con la excepción del *baronet*, que es un título de caballeros hereditario. <<

[8] Holofernes fue un general asirio a las órdenes de Nabucodonosor II. Aparece en el Libro de Judith como rey de Asiria entre el 158 y 157 a. C. En él se relata que el rey de Babilonia, Nabucodonosor, envió a Holofernes a vengarse de las naciones del oeste que habían rehusado ayudar a su reino. El general puso sitio a Betulia y la ciudad casi se rindió, pero finalmente fue salvada por Judith, una bella viuda judía que se introdujo en el campamento de asedio de Holofernes, compartió banquete con él y lo embriagó. Judith lo decapitó mientras dormía. Según relata la Biblia, ella regresó a Betulia con la cabeza del decapitado y los judíos vencieron a los invasores.  
<<

[9] Se denominaba *Roundheads* o *Parlamentarios* a aquellos ingleses que durante la Guerra Civil inglesa (1642-1651) apoyaron el bando y la postura que defendía el Parlamento de Inglaterra frente a la monarquía de la Casa de Estuardo. <<

[10] Referencia a una comedia escrita por John Dryden, estrenada en Londres en 1673 por la *King's Company*. <<

[11] Referencia a Isabel I (1533-1603), a menudo referida como la Reina Virgen, Gloriana o la Buena Reina Bess. Reinó en Inglaterra e Irlanda desde el 17 de noviembre de 1558 hasta su muerte. <<

[12] Referencia a Charles Edward Stuart (1720-1788), pretendiente al trono de Gran Bretaña. Fue un aristócrata escocés perteneciente a la dinastía de los Estuardo y pretendiente jacobita al trono de Gran Bretaña como Carlos III de Inglaterra y Escocia. Se lo conoció popularmente en las Islas Británicas como el «joven pretendiente» y el «Gentil príncipe Carlos», y también como *Bonnie Prince Charlie* (Bonnie significa «bello» en escocés). <<

[13] Alusión a *Come under my plaidie*, canción escocesa que aparece dentro de la recopilación *The Book of Scottish Song*, publicado por Alexander Whitelaw en 1843.  
<<

[14] En la mitología griega, Hércules, tras cometer el asesinato de su amigo Ífito en un ataque de locura, fue vendido como esclavo a Ónfale, reina de Lydia, durante tres años. Ella alivió enseguida el castigo convirtiéndole en su amante aunque, para pasar desapercibido, el héroe debía vestir ropas y adornos femeninos, además de llevar los instrumentos de hilar. <<

[15] Alusión a *Tartufo*, comedia del dramaturgo francés Molière y estrenada en 1664. Este personaje, que en la obra engaña y se aprovecha de la inocencia de otros para conseguir todo lo que quiere, personifica la malicia, la falsedad y la hipocresía. Así pues, Jean Muir se considera la versión femenina del personaje. <<

[16] Según el Libro de Ester, antiguo libro hebreo, Vasti fue la primera esposa del rey persa Asuero. En el Midrash, es descrita como malvada y egoísta. <<

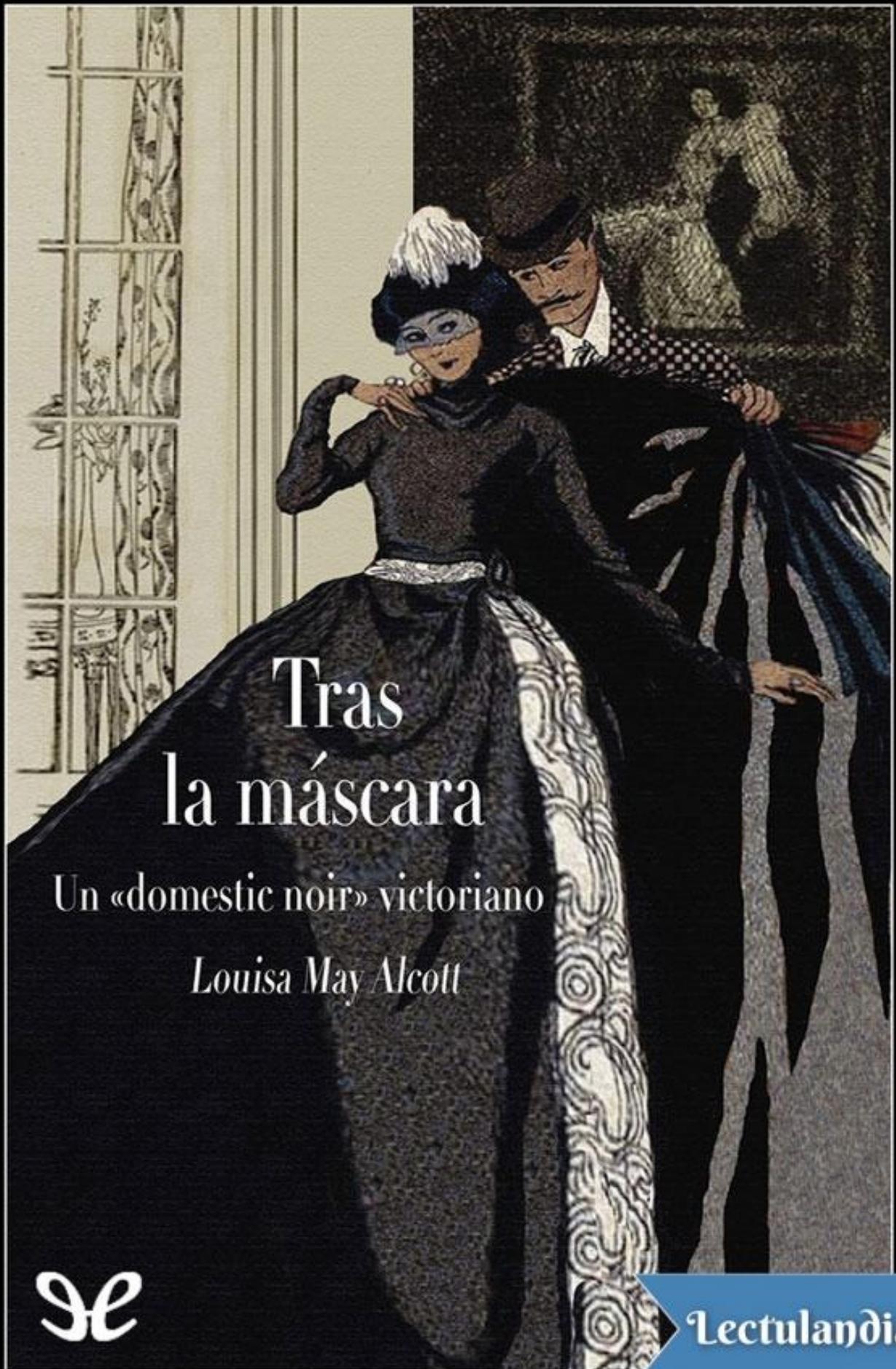
[17] En 1998 fue editada en España por *Ediciones Siruela* bajo el título de *La herencia*. <<

[18] Fue reeditado en 1870 tras el abrumador éxito de *Mujercitas*, atribuyéndose su autoría a «una escritora muy conocida». <<

[19] Margaret Fuller (1810-1850), escritora, periodista y activista por los derechos de la mujer, le acompañó en esta actividad docente de 1836 a 1837 en el colegio Temple de Boston. <<

[20] Tras mudarse. Hawthorne, para disgusto de Amos Bronson Alcott, cambió el nombre de la casa por *The Wayside*, por el que sigue siendo conocido en la actualidad. <<

[21] Lector aficionado a la novela policial. Ha sido Vicegerente de RR. HH. en la Universidad del País Vasco y Director de RR. HH. de la Ertzaintza (policía autonómica). Forma parte del equipo redactor de la revista digital de novela negra y policial «Calibre 38», y es coordinador de los Encuentros literarios sobre género negro «Bruma Negra». <<



# Tras la máscara

Un «domestic noir» victoriano

*Louisa May Alcott*

se

Lectulandia

